

ANTOLOGÍA ARGENTINA

COLECCIÓN

DE

TROZOS HISTÓRICOS CRÍTICO-LITERARIOS

Discursos y Poesías patrióticas de Escritores Argentinos

EN PROSA Y VERSO

Precedidas de breves rasgos biográficos y bibliográficos desde la
época colonial hasta nuestros días

POR

Benigno T. Martínez

Profesor de Historia y Geografía Argentina en el Colegio Nacional del Uruguay

TOMO II

CASA EDITORA

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES

Esquina San Martín y Cangallo

LA PLATA

Boulevard Independencia esquina 53.

ROSARIO

629 - Córdoba - 626

1891

ANTOLOGÍA ARGENTINA





DONACION
DE
E.E. GARCIA VELLER

ANTOLOGÍA ARGENTINA

COLECCIÓN

DE

TROZOS HISTÓRICOS CRÍTICO-LITERARIOS

Discursos y Poesías patrióticas de Escritores Argentinos

EN PROSA Y VERSO

Precedidas de breves rasgos biográficos y bibliográficos desde la época colonial hasta nuestros días

POR

Benigno T. Martínez

Profesor de Historia y Geografía Argentina en el Colegio Nacional del Uruguay

TOMO II

CASA EDITORA

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES
Esquina San Martín y Cangallo

LA PLATA
Boulevard Independencia esquina 53.

ROSARIO
629 — Córdoba — 635

1891

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Premiadas con medalla de oro en la Exposición del Paraná

Apuntes históricos sobre la provincia de Entre-Ríos, I y II tomo. (Agotado el t. I)

El Poraguay.—Memoria bajo el punto de vista comercial en relación con los países del Plata, premiada con medalla de bronce en la Exposición Universal de Amberes de 1885. 2.^a edición

Entre-Ríos.—Memoria descriptiva bajo el punto de vista Agrícola é Industrial.

Censo suplementario.—1879—de la Provincia de Entre-Ríos.

La Argentina.—Ensayos literarios sobre los vates contemporáneos de ambas márgenes del Plata. (Agotada)

Estado social y político de la Europa al finalizar el siglo XV.—(Premiada con *Accesit* en los Juegos Florales del Rosario en 1883).

Los Oradores del Congreso Pedagógico internacional americano de Buenos Aires, 1883.

Memoria acerca de la *conquista y fundación de los pueblos de Entre-Ríos.* (Premiada con medalla de oro en los Juegos Florales del Uruguay en 1884. (Agotada).

El lirismo brasilero.—Traducido y anotado para la Nueva Revista

Misión civilizadora de los españoles en la conquista de América.—(Premiada con *Accesit* en los Juegos Florales de Buenos Aires en 1884).

Nociones de Historia Argentina.—5.^a edición, 1889, texto aproba-

do por los Consejos de la Provincia de Buenos Aires y de la Capital Federal.

Curso Elemental de Historia Argentina, arreglado para los Colegios Nacionales y Escuelas Normales, 1885, 2 tomos.

Curso de Geografía Argentina, para uso de las Escuelas Normales y Colegios Nacionales, 1 tomo.

Lecciones de Geografía arregladas al programa oficial de las Escuelas Comunes, para los grados 1.^o, 2.^o, 3.^o, 4.^o y 5.^o, 1 tomo.

Geografía antigua para el uso de los Colegios Nacionales y Escuelas Normales, 1 tomo.

Lecciones de Geografía Argentina arregladas para las Escuelas Normales y Colegios Nacionales.

Lecciones de Geometría arregladas al programa oficial de las Escuelas Comunes

Lecciones de Aritmética arregladas para las Escuelas Comunes.

Guta de educación ó Índice alfabético de las disposiciones relativas á la enseñanza secundaria y normal.

EN PREPARACIÓN

Apuntes biográficos y bibliográficos de Córdoba.

Historia de Entre-Ríos.—T. III.

Diccionario Bio-bibliográfico de escritores nacidos en los países del habla castellana.

La Argentina.—Segunda serie.

DOS PALABRAS

Todos los países tienen su literatura y el argentino también la tiene, propia, genuina, á pesar de la frase del general Mitre, á quien mucho estimamos; pensamos como Juan Cruz Varela que para crear la literatura *nacional* ni es necesario siquiera que se tomen de la Patria los asuntos que trate cada autor; pero no es esta la oportunidad de discutir un punto para nosotros ya conocido como pronto lo verán los lectores en otro libro que preparamos en estos momentos para darlo á la prensa.

La obra que hoy ofrecemos á los amigos de las letras, y en particular á los mentores de la niñez, tiene precisamente un espíritu eminentemente nacional; es una *Antología Argentina* del género histórico.

En los países del habla castellana, así en España como en América, no todos cultivan la hermosa lengua que inmortalizó al manco de Lepanto, ni la generalidad de sus habitantes la usan de igual manera; de aquí la necesidad sentida en la antigua metrópoli de coleccionar obras selectas, que sirvieran de modelo, como el *Teatro histórico crítico de la elocuencia española* de Capmany; el *Parnaso español* de López de Sedano, el de Fernández y el de Quintana; la *Colección*, de Marchena; de autores selectos en moral, política y literatura; la *Colección de trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos, en prosa y verso*, de don Alberto Lista, destinados especialmente á las escuelas primarias.

Pudiéramos citar la *Floresta* de Wolf, las colecciones de Ochoa, Favoris y Lozano, de Cañete y tantos otros, ó las de carácter más grave como la de Rivadeneira, pero no es oportuno el recuerdo.

En el Plata, como en el resto de América, solo después de esa emancipación se produjeron *Antologías* de distinto género. Con una *Lira Argentina* se iniciaron en Buenos Aires, en la segunda década de nuestro siglo, las *Colecciones de poesías* nacionales, pero la tiranía echó raíces en la ciudad porteña, y en tanto que la robusta lira de nuestros bardos esparcía raudales de armonía allende el Plata, en la patria oprimida solo vieron la luz el *Cancionero argentino*, editado por el doctor José Antonio Wilde, y la *Lira argentina* que contenía ensayos poéticos de escaso mérito.

Los bardos expatriados cantan en Montevideo al gran día de Mayo en 1841 y un volumen inestimable de poesía desbordante de amor patrio, sale de las prensas de la ciudad heroica; otro expatriado, el doctor Juan María Gutiérrez colecciona en Chile (1846) las mejores producciones de los ingenios americanos y la *América Poética* fué saludada con júbilo por los amantes de las letras americanas, como lo fueron más tarde las que bajo el mismo rubro dieron á luz Rafael María Mendive en la Habana (1854) y don José Domingo Cortés en París (1875) en cuya ciudad había publicado el poeta Palma, dos años antes, su *Lira Americana*, obras todas que han superado en lo que á la América se refiere, á los ensayos que en 1857 habían intentado Orihuela en su colección: *Poetas españoles y americanos* (París) y A. J. Witstein en las *poesías de la América Meridional* (Leipzig, 1867). Cortés publicó también en París el año 1875 un volumen con el título *Poetisas Americanas* y otro con el de *Pro-sistas Americanos*, así como en Chile el *Parnaso Argentino*. No citamos otras obras editadas en las demás regiones de América por no ser éste su lugar.

En el Río de la Plata después de la conocida *Biblioteca Americana* del doctor Alejandro Magariños Cervantes (1858-1860) el doctor Juan María Gutiérrez fué sin duda alguna el más asiduo coleccionador y divulgador de nuestros escritores antiguos y modernos; sus publicaciones *Poetas Sud Americanos* (Buenos Aires 1867), y *Pensamientos, máximas, sentencias, etc.*; de argentinos ilustres, publicada esta última en la Biblioteca de Magariños Cervantes, con otras obras del mismo autor, no menos

meritorias, dan testimonio de nuestra precedente aseveración; pero la primera obra que tomó el carácter de *Antología*, fué la que en 1871 publicó Cosson bajo el rubro: *Trozos selectos de literatura de autores argentinos y extranjeros*, como en su género la tiene *El lector Americano* que en 1874 hizo editar el doctor Gutiérrez (cuya obra había escrito y publicado antes en Chile). El lector comprenderá fácilmente que los meritorios trabajos coleccionados y dibujados por Varela en Montevideo; Quesada y Navarro Viola (Revista de Buenos Aires), Gutiérrez y López (Revista del Río de la Plata), el doctor Lamas (Biblioteca del Río de la Plata), Trelles y otros, no son para citarlos en este lugar en que tratamos de dar noticia de las colecciones de carácter especial, como las ya mencionadas de Gutiérrez y Cosson; la *América latina* por Gordón (Montevideo 1880); *Poetas de la América latina* por Arrascaeta (Montevideo 1881); *América literaria* por Lagomaggore (Buenos Aires 1883); *Trozos selectos en prosa y verso de poetas Americanos*, por Coronado (Paris 1885: Igon Hernando de Buenos Aires, editores), y la *Lira Argentina* por J. M. E. (Buenos Aires 1888).

Pero la verdad sea dicha, faltaba en los anaqueles de la biblioteca de nuestro literatos, de nuestros conciudadanos y maestros, una *Antología Argentina* en la genuina expresión de la palabra: faltaba en nuestros Colegios y Escuelas una *Colección de trozos selectos*, destinados no solo á servir de modelo, como composiciones literarias ó como ejemplos para el simple análisis crítico en la cátedra, sino que, á la vez por el tema y las ideas que desarrolle cada autor, inculque en la juventud sanos principios, que la inicie en el conocimiento de los grandes hechos históricos, en el desenvolvimiento de los progresos alcanzados por el ejercicio de las virtudes cívicas, en la vida republicana, y que facilite el estudio de la historia patria al par que el literario.

Nuestros coleccionadores, han producido volúmenes que á nuestro juicio, no obedecieron á un plan preconcebido y mucho menos á un método conveniente al desarrollo armónico de las facultades de los educados; son hacinamientos de trozos literarios ora en prosa, ora en verso, que presentan composiciones tan variadas en su estilo como en el asunto que

tratan, predominando el mal gusto unas veces, cuando no un contraste de principios irreconciliables con la vida democrática y liberales tendencias de nuestro siglo y de nuestra brillante juventud.

Nosotros como educacionistas, pensamos que una *Antología Argentina*, que una *Colección de Trozos selectos*, debe contener más que artículos de un sentimentalismo fingido, más que descripciones exageradas por la fantasía de los escritores, más que juicios laudatorios, composiciones serias, juicios graves, descripciones históricas, relatos desapasionados, narraciones exentas de toda exageración, así como deben preferirse á las frivolidades eróticas, á los exepcticismos prematuros, á las románticas canciones, los himnos á la libertad, las odas que ensalzan los hechos heroicos de nuestros ilustres guerreros.

Una *Antología Argentina* ó una *Colección de Trozos selectos* para nuestros Colegios y Escuelas debe ser sistemática, debe obedecer á un plan uniforme: la enseñanza de la literatura en los buenos modelos en que se presenten, en prosa ó en verso, los grandes hechos de nuestra historia y se ensalcen las grandes virtudes de nuestros hombres ilustres.

Así como el deber del Maestro es inculcar en el corazón de la juventud elevados principios que se armonicen con las instituciones republicanas y que sean provochosos al futuro ciudadano, así también todo libro útil debe propender á la realización del mismo fin. Tal es el criterio que hemos seguido al confeccionar el presente libro.

El Autor.

INDICE

Páginas.	Páginas.
Vicente López y Planes. —Su biografía.....	I
Himno Nacional Argentino....	3
En la victoria de Maipo.....	5
Esteban de Luca y Patrón. —Su biografía.....	11
A los valientes Cochabambinos	13
Juan G. Godoy. —Su biografía	17
A la cordillera de los Andes..	19
La palma del desierto.....	28
José Agustín Molina. —Su biografía.....	31
La jornada de Maipo.....	33
Juan Cruz Varela. —Su biografía.....	45
Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo, el 5 de Abril de 1818.....	47
En elogio de los señores generales don José de San Martín y don Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del río Maipo, el 5 de Abril de 1818.....	51
América.....	59
Campaña del ejército republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó.....	60
Juan Crisóstomo Lafinur. —Su biografía.....	81
A la muerte del general don Manuel Belgrano.....	83
Esteban Echeverría. —Su biografía.....	87
El 25 de Mayo.....	89
El desierto.....	107
¡Salve ó Plata!.....	113
Tucumán.....	118
Florencio Varela — Su biografía.....	121
A la libertad de la Grecia....	123
Al 25 de Mayo de 1826.....	130
Juan María Gutiérrez. —Su biografía.....	133
La bandera de Mayo.....	135
A Mayo.....	136
Luis L. Domínguez. —Su biografía.....	149
A Mayo.....	151
El Ombú.....	166
A Montevideo.....	171
Claudio Mamerto Cuenca. —Su biografía.....	175
A la jura de la independencia.	177
José Rivera Indarte. —Su biografía.....	181
Melodías á Mayo.....	183
José María Cantilo. —Su biografía.....	205
El 25 de Mayo.....	207
Florencio Balcarce. —Su biografía.....	225
La Patria.....	227
El Cigarro.....	231
José Mármol. —Su biografía..	233
A Rosas.....	235
Palemón Huergo. —Su biografía.....	243
El 1.º de Mayo.....	245
Bartolomé Mitre. —Su biografía.....	249

Páginas.		Páginas.	
Al 25 de Mayo.....	251	Gobierno Gaucho.....	304
A un Ombú.....	272	América.....	307
Carlos Guido y Spano. Su		Juan Chassaing. — Su bio-	
biografía.....	275	grafía.....	319
Patagonia.....	277	A mi bandera.....	321
Patagonia.....	281	Ricardo Gutiérrez. — Su bio-	
Al doctor Valderrama.....	286	grafía.....	323
¡ Adelante !.....	292	El Gaucho.....	325
José María Zuviría. — Su blo-		La Victoria.....	330
grafía.....	295	Lázaro el payador.	331
A Güemes.....	297	Olegario Víctor Andrade. —	
Estanislao del Campo. — Su		Su biografía.....	333
biografía.....	301	Al general Lavalle.....	335
A la Patria.....	303		

Vicente López y Planes

NACIÓ en Buenos Aires el 3 de Mayo de 1786. Capitán de patricios durante las invasiones inglesas (1806-1807) cantó las victorias y celebró después en versos inspirados los principales triunfos de las armas independientes.

Fundó los estudios clásicos en la Universidad y los Departamentos topográfico y estadístico de Buenos Aires.

Como hombre de Estado ocupó los más encumbrados puestos, desde la secretaría del Directorio hasta la presidencia de la república fundada por Rivadavia. Caído Rosas se le confió el gobierno provisorio y más tarde el de la provincia de Buenos Aires.

Es autor de las valientes estrofas del *Himno Nacional Argentino*, cuya majestuosa partitura se debe á la inspiración del músico catalán don Blas Pereda.

Falleció el doctor López en Buenos Aires, en Octubre de 1856.



Himno Nacional Argentino

CORO

*Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.*

Oíd, mortales, el grito sagrado,
Libertad, libertad, libertad.
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono á la noble igualdad.
Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva gloriosa Nación,
Coronada su sien de laureles,
Y á sus plantas rendido un león.

De los nuevos campeones los rostros,
Marte mismo, parece animar;
La grandeza se anida en sus pechos;
A su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
Y en sus huesas revive el ardor,
Lo que ve, renovando á sus hijos,
De la Patria el antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el pais se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor;
En los fieros tiranos la envidia

Escupió su pestífera hiel;
 Su estandarte sangriento levantan,
 Provocando á lid más crüel.

¿No los veis sobre Méjico y Quito
 Arrojarse con saña tenaz?
 ¿Y cuál lloran, bañados en sangre,
 Potosí, Cochabamba y la Paz?
 ¿No los veis sobre el triste Caracas,
 Luto, llantos y muerte esparcir?
 ¿No los veis devorando cual fieras,
 Todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, argentinos, :
 El orgullo del vil invasor ;
 Vuestros campos ya pisa contando
 Tantas glorias hollar vencedor;
 Mas los bravos que unidos juraron
 Su feliz libertad sostener,
 A esos tigres sedientos de sangre,
 Fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente Argentino á las armas
 Corre ardiendo con brio y valor ;
 El clarín de la guerra cual truenos,
 En los campos del Sud resonó.
 Buenos Aires se pone á la frente
 De los pueblos de la ínclita Unión,
 Y con brazos robustos desgarran
 Al Ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
 Ambas, Piedras, Salta y Tucumán,
 La Colonia y las mismas murallas
 Del tirano en la Banda Oriental,
 Son letreros eternos que dicen:
 Aquí el brazo argentino triunfó;
 Aquí el fiero opresor de la Patria
 Su cerviz orgullosa dobló.

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió
Y azorado á su vista el tirano,
Con infamia á la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la libertad;
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando,
Les repite—mortales, oíd!
Ya en trono dignísimo abrieron
Las Provincias unidas del Sud,
Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo Argentino, Salud!

En la victoria de Maipo

¡Oh! ¡si hoy mi poderío
La esfera de mis votos igualase
Para cantar el belicoso brío
De la región maipuana
Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría,
De Píndaro, de Horacio y del Mantuano
Aquel estro, grandeza y armonía
Que á los siglos quebrantan,
Y siempre al alma con su magia encantan.

De Eurídice al esposo
La deliciosa voz demandaría,
El mismo Apolo su eco victorioso
Me daría con gusto,
Que siempre ha sido con los héroes justo.

Después al rutilante
Carro del sol en majestad subiendo,
De la cordura y rectitud amante,
Cual Faetón no fuera,
Principiaría la inmortal carrera.

Por delante la aurora,
Más graciosa, más cándida, más bella
Que en el cielo jamás se vió hasta ahora,
Las puertas me abriría
Y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente,
Admirados quedando al presentarse
Fenómeno tan raro y resplendente,
Corriendo á las alturas,
Dejarían talleres y culturas.

Y entre tanto ocupando
Del grande Tauro el hiperbóreo alcázar,
Y el humilde horizonte atrás dejando,
Con ráfagas de lumbre
Más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegar
Deliciosos poemas sembraría,
Que al leerse por el mundo y meditarse,
De Maipo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria

Al cenit más cercano,
Y ya á la vista general del orbe,
Entonara mi canto sobrehumano,
Melodiosos torrentes
Moverían las piedras y las gentes.

¡Oh Patria! tú serías
De mis loóres el sublime objeto:
Tu pasmosa constancia en tantos días
De apremio y de fatiga
Con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha
Cual si no hubiera pueblos generosos,
Nadie en el mundo tu clamor escucha;
Todos te dejan sola
En brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena,
Vertiendo sangre y en sudor bañada,
Con la mano de trueno y rayos llena,

Luchas con tus rivales,
Y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa,
Que en sus pérdidas mismas recobrado,
El tirano otra vez la lid empieza,
Y te arrastra atrevido,
Como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen:
¡Tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! tus conflictos á la par acrecen
Mil monstruos parricidas
Que renuevan atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
Que en sus favores te ha donado el cielo
Para colmo de gloria y regocijo,
Se arroja á la palestra,
Y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte,
El hercúleo campeón se precipita,
Su gran maza levanta,
Y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
De las célebres márgenes del Maipo,
En donde fuiste, oh Patria, coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martín y su legión terrible.

¡Gloria á tantos varones
Que á los más grandes en la guerra igualan,
Y los vencen en muchas proporciones!
En igual circunstancia
No hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por extenso
Con majestuoso acento cantaría,
Y asombrado al oirme el orbe inmenso,
Prorrumpiera cantando,
América y sus bravos alabando.

Después celebraría
Tu rico suelo que llenó natura
De dones abundosos á porfía:
Suelo privilegiado,
Para asilo del mundo destinado.

Y la cruel ibera
También diría, que en cruenta lucha
Arrebatat á todo el orbe espera
Este terreno amigo,
Donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
De do quier hasta el cielo subirían,
Deseando gloria á los independientes,
Y paz pronta y durable
Que á la España negar no sea dable.

Paz que á todos ofrezca
El mercado más fácil y abundante;
A cuya sombra la opulencia crezca,
Y nazcan relaciones
Que hagan felices todas las naciones.

Y entre tanto gozoso
Bajaría el gran carro al horizonte,
Y celajes de un gusto primoroso
Pondrían fin al día
Que te ofrecen mis votos, Patria mía.

Esteban de Luca y Patrón

NACIÓ en Buenos Aires el 2 de Agosto de 1786 en donde estudió humanidades y más tarde ciencias exactas.

En 1810 publicó dos canciones alentando á los americanos á la lid contra los tiranos, y al triunfar San Martín en Chacabuco (1817) cantó esta victoria *con más dignidad y grandeza* que ningún otro poeta. Pocos años después dió á luz el *Canto lírico á la libertad de Lima* (1821).

Se citan de Luca otras composiciones: *Al pueblo de Buenos Aires*, *La Martiniana* (poema sobre las campañas de San Martín), *A los valientes cochabambinos*, *A Bernardino Rivadavia*, y otras, en un notable estudio crítico publicado por el doctor Juan María Gutiérrez en la *Revista del Río de la Plata*.

Luca fué sargento mayor de artillería.

Falleció en los bajíos del Banco Inglés, en Marzo de 1824, al regresar á su patria de una misión al Brasil en la que había ido como secretario.



A los valientes Cochabambinos

En aquel tiempo aciago,
En que de la virtud triunfar parece
Horrible el vicio, amenazando estrago
A la inocencia, y el orgullo crece
Del que á nombre de Dios cubre la tierra
De odios y de guerra,
Se oyeron en el suelo Americano
Tristes gemidos que arrancó el tirano.

Goyeneche, más fiero
Que Mahomet, armada muchedumbre
Por el Perú llevando carnicero,
A los pueblos eterna servidumbre
Decreta enfurecido, y los condena
A pesada cadena,
La cuchilla en la diestra alzando él mismo
Que sangriento le diera el fanatismo.

El libro del destino
Iluso en su favor leer pensaba;
Mas el ágil y audaz Cochabambino
Al presentir el mal, que preparaba
A la Patria, á sus hijos, á sus lares,
Se reúne á millares
De hermanos por el déspota insultados,
Que á la venganza corren denodados.

Por la escarpada sierra
Y los amenos valles se derraman;

Se siente á su furor temblar la tierra
A la voz libertad, que ellos proclaman;
El eco vuelve al monte cavernoso,
Y resuena espantoso
En los oídos del que inicuo ofende
La humanidad, y su clamor no atiende.

Las fieras tribus indias
Acuden todas, que el alarma oyeron,
Y el yugo sacudiendo, que inhumanas
Las leyes de conquista le impusieron,
Siguen al hijo fuerte de Oropesa,
Que veloz atraviesa
Los cerros del contrario, aprisionando
Escuadras, que le esperan asediando.

Las antiguas ruinas
Al belígero acento se conmueven:
Del metal duro de las hondas minas
Con manos diestras á forjar se atreven
Para el combate vengadores rayos;
Y Jove sus ensayos,
Eterno protector del inocente,
Benigno aprueba á la esforzada gente.

El Austro embravecido,
Desde los Andes viene resonando
A traer la nueva, hasta el contrario exido
El pendón ominoso derribando;
Tiembra el tirano de terrores lleno,
Más que si oyera el trueno;
Y venganza retumba
También del Inca la sagrada tumba.

Como la mar undosa
Crece la turba popular, errante,
Que al enemigo estrecha belicosa;
El jefe, demudado ya el semblante,
Mira de fuerza y de consejo escaso

Con terrible fracaso,
Al indignado pueblo, que á arrojarse
Va contra el trono, do pensó encumbrarse.

Hoy escuela de Marte
Es Cochabamba, cíclopes sus hijos,
Que de Vulcano mejorando el arte,
Entre trabajos duros y prolijos,
Activos acicalan las espadas
Que dejarán vengadas
Del adalid las muertes afrentosas,
Con que inundó de llanto á las esposas.

Cadalsos levantados
Contra el fiel hijo de la Patria amada,
Son por sus fuertes brazos derribados;
La justicia les da su heróica espada,
Que al mónstruo de la América castigue,
Y los males mitigue
De pueblos, que aborrecen en sus pechos,
Al impío forzador de sus derechos.

A la menor refriega
De una ciudad acrecen la esperanza,
Que oprime injusta la ambición más ciega;
En además de protección se avanza
El patriota, la virgen le corona
De laurel, y pregona
Con himnos de victoria á las naciones,
La libertad de cien generaciones.

De empresa tan gloriosa
El génio de la Patria es mensajero;
La virtud oprimida vergonzosa,
Que la razón es su esplendor primero,
Vuelve á ocupar el patrio Continente
Y bajando impotente
Al abismo el error, que en nuestro daño
Mantuvieron el tiempo y el engaño.

Vosotros esforzados
Fieles caudillos, Arce y Antesano,
Recibid hoy los votos consagrados
Al valor vuestro por la gente Indiana;
Buenos Aires celebra vuestra gloria,
Y la mayor victoria
Cantar espera en el tremendo día,
Que aniquiléis la horrenda tiranía.

Juan G. Godoy

NACIÓ en Mendoza el 12 de Julio de 1793.

Poeta y escritor satírico, ora en Buenos Aires, ora en su ciudad natal, se dedicó con ahinco al periodismo. Sus primeros estudios *de latinidad* los hizo en Mendoza y su aplicación le valió un empleo á los 12 años de edad, en la tesorería de la Real Hacienda, que lo desempeñó hasta 1809.

En 1822-1824 colaboró en *El Verdadero Amigo del Pais*, que redactaba en Mendoza el doctor Lafinur; fundó *El Eco de los Andes* el año 1824; *El Iris Argentino* en 1826-1827, periódico liberal; en éste último año fundó don Juan Gualberto Godoy un periódico satírico, *El Huracán*, escrito casi todo en verso, que fué suspendido por el gobierno á los pocos meses de existencia. Con este motivo se refugió en Buenos Aires en donde residió hasta 1830, época en que regresó á Mendoza y fundó *El Coracero*, redactado en verso, declarándose en él, Godoy, *coracero* y *unitario*, lo que le valió la emigración á Chile de donde no volvió hasta después de la caída de Rosas.

Desde 1830 hasta 1856 que volvió á Mendoza, se dedicó á la enseñanza y ejerció varios puestos públicos en Chile y Perú.

Se dice generalmente que el poeta uruguayo don Bartolomé Hidalgo fué el creador del género gauchesco.

Antes que él publicara el célebre *Diálogo patriótico entre Chano y Contreras*, había dado á luz el poeta mendocino, don Juan Gualberto Godoy, su *Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo, Francisco Corso, á un anciano que tenta ya noticias de sus aventuras, sentados á la orilla del fuego la noche que corrió hasta el pajonal, lo que escribió á un amigo*.

Fué, pues, Godoy, según Zinny, el primer poeta que ensayó en la república el metro de los *payadores* que cultivaron después Ascasubi, Del Campo y Hernández. Sin embargo, puede

afirmarse que Hidalgo en la Banda Oriental y Ascasubi en la República Argentina, son los verdaderos maestros de ese género literario.

Las composiciones de Godoy pueden verse en *La América Poética* (1840), en *El Constitucional* de Mendoza (1864), en la *América Poética* y el *Parnaso Argentino* por Cortés.

Godoy murió en la nueva ciudad de Mendoza el 16 de Mayo de 1864.



A la cordillera de los Andes

(CANTO)

¡En qué tiempo, en cual día, ó en qué hora
No es grandioso, soberbio é imponente,
Altísima montaña,
Tu aspecto majestuoso!
Grande, si el primer rayo de la aurora
Se refleja en las nieves de tu frente;
Grande, si desde en medio del espacio
El sol las ilumina;
Y magnífico, en fin, si en el ocaso
Tras de la onda salada y cristalina
Su disco refulgente se ha escondido,
Dejando en tu alta cumbre
Algún rayo de luz que nos alumbre,
Aunque no veamos ya de do ha partido.

¿Que mortal atrevido es el que ha osado
A tus excelsas cimas elevarse?
¿Quién es el que ha estampado
En las eternas nieves que las cubren
El rastro de su planta?
El cóndor que en su vuelo
Más allá de las nubes se levanta,
Y que á escalar el cielo
Parece destinado,
Jamás fijó la garra ensangrentada
En tus crestas altísimas en donde
A la tierra argentina el sol se esconde.

¡Que sublime y grandiosa es la presencia
De tu gigante mole inmensurable
En las ardientes noches del verano,
Cuando la luz incierta de la luna
Alumbra una por una
Las hondas quiebras de tu frente altiva!
Al contemplar mi mente
La siempre caprichosa alternativa
De eminencias sin límite patente,
Y de profundidades sin medida,
Absorta y conmovida
Cree estar viendo los pliegues del ropaje
De un fantasma nocturno cuya planta
En la tierra está fija,
Y su cabeza al cielo se levanta.

¿Qué serían los Alpes, el Caucaso,
El Pirineo, el Atlas y Apeninos,
Si se hallaran vecinos
Al agreste empinado Chimborazo?
Sólo tú, Dolhaguer, de las alturas
Que el mortal ha podido
Sujetar á mensuras,
Más alto te levantas;
Pero ¿quién ha medido
El gran Soncomús; ni el Illimani?
¿Y quién del Tupungato inaccesible
La enorme elevación ha calculado?
Cordilleras inmensas donde el hielo
A los fuegos del sol es insensible,
Forman el pedestal donde su asiento
Tiene esta mole, cuya helada cima
Parece que sostiene el firmamento.

Huye sañudo ó iracundo el viento
Y las selvas y torres estremece,
Y su espanto, su furia tanto crece
Que arranca los peñascos de su asiento.
Las nubes sobre nubes amontona;

Y de la tempestad el ronco estruendo
 De valle en valle su furor pregona.
 Rasgan mil rayos de la nube el seno,
 Y el horrendo estampido
 Del pavoroso trueno,
 De la oscura guarida hace que huya
 El león despavorido.
 Mas cuando en las montañas
 De un orden inferior y en las llanuras,
 Todo anuncia el estrago y exterminio
 De las selvas, peñascos y criaturas,
 La tempestad no extiende su dominio
 A la cumbre elevada, incommovible,
 Del siempre encanecido Tupungato,
 Do fluye el éter puro y apacible.

En la edad primitiva de la tierra,
 Cuando el fuego voraz que en lo más hondo
 De sus senos recóndito se encierra
 Más á la superficie se acercaba ;
 Y cuando en cada una
 De tus cumbres altísimas se vía,
 Que en torbellinos de humo, ardiente lava
 El cráter inflamado despedía
 De cien volcanes, cuyas erupciones
 Nuevos montes y valles, nuevos lagos
 Dejaron por señal de sus estragos ;
 Cuando las convulsiones
 Que agitaron la tierra de contino
 A los mares abrieron el camino
 Que después Magallanes descubriera ;
 Entonces ¿ qué mortal hubiera visto
 Impávido y sereno
 Su cabeza amagada por el trueno,
 Y el pie no hallar asiento
 Que seguro le fuera,
 Cuando la tierra estaba en movimiento ?

Si fué en aquella era
En la que la salvaje Patagonia
Una raza habitaba de gigantes,
De más gran corazón que lo es ahora
El hombre envilecido,
Oiría en el rugido
Que la explosión violenta producía,
El Orbe conmoviendo en sus cimientos,
La voz del Grande Espíritu ordenando
A los astros distintos movimientos,
Hacer la división de noche y día
Y las varias sazones arreglando.
En el fuego, vería, que arrojaban
Las cóncavas entrañas
De las crestas y altísimas montañas,
Otras tantas antorchas con que quiso
Iluminar su trono,
El Ente eterno que los mundos hizo.

Si á la tierra bajara
La libertad querida, hija del cielo,
¿Do su trono fijara
El el mísero suelo,
Sino donde el aliento emponzoñado
Del despotismo mancillar no pudo
El aire primitivo?
¿Y cual lugar, en fin, no ha profanado
En su inquieto furor la tiranía?
La corva quilla de guerrera nave
Corta la onda agitada del Oceano,
Y el despotismo fiero que no cabe
En el recinto que ocupar solía,
Extiende su poder al pais lejano;
Nuevas víctimas halla
En que ejercer sus bárbaros furores,
Y el hombre gime bajo el yugo odioso
A que unce las naciones que avasalla.
¡Más que extraño será que la cadena
Lleve el hombre infeliz, del despotismo,

Cuando ni la ballena
 En lo más hondo del salado abismo
 De su influjo fatal se mira exenta,
 Y fuera de su alcance no se cuenta!

El pino, de los bosques ornamento,
 En el recinto oculto y solitario
 La erguida copa ostenta
 Mecida blandamente por el viento;
 Pero el brazo nefario
 La cortante segur al tronco aplica,
 Y en el fugaz período de un instante,
 El mismo que hasta el cielo
 Elevarse orgulloso parecía,
 Sin vida cae tendido sobre el suelo.
 De allí á la húmeda playa
 El esfuerzo del hombre hace que vaya:
 En bajel se transforma y ¡quién creyera
 Que este árbol tan gallardo, tan lozano,
 Que en la remota selva había nacido,
 Exento no estuviera
 Del poder formidable de un tirano!
 Él ordenó que nave se volviera,
 Y nave se volvió, do ahora truena
 El cañón matador cuando él lo ordena.

Empero ¿por ventura,
 La mísera morada
 Al hombre destinada,
 Sería la mansión augusta y pura
 En que la libertad moró algún día?
 No; que á la tiranía,
 El hombre como el bruto,
 Le pagan de dolor triste tributo;
 Los míseros humanos
 Bajo el yugo doquier de los tiranos
 Arrastraron su mísera existencia.
 Do quiera que hombre hubo
 Alzó la tiranía

Su estandarte sangriento en mano impía.
Tan solo en la eminencia,
Do nieves entre nieves amontona
La sabia Providencia,
Cual en los polos fríos
Do ni el viento ni el sol las desmorona,
Y el surtidero son de grandes ríos,
No pueden los tiranos,
Como en los hondos valles y los llanos,
El suelo mancillar con pies impíos.

¡Oh dulce Patria mía! quién creyera
Cuando al salir del sueño de la infancia
Admiradas te vieron las naciones
Alzarte como el águila altanera,
Y que en tu vuelo audaz, con arrogancia,
Humillabas los leones
De Castilla, que tanto respetaron,
Y ante los cuales á su vez temblaron;
Quién creyera, repito, que algún día
Doblases la cerviz al yugo duro
A que te había de uncir la tiranía
Bajo la planta de un tirano oscuro!
Pero todo en tu seno lo ha manchado
Ese funesto aborto del abismo;
Por miles las cabezas ha cortado,
Con la sonrisa aleve del cinismo;
Y en todo lo que abarca
Tu suelo desde el Plata á Catamarca,
Y del pie de los Andes á Corrientes,
Con sangre señalaron su camino
Sus bárbaros tenientes.
Solo la nieve eterna de la cumbre
De ese cordón que ciñe al occidente
Tus inmensas llanuras,
No sostuvo jamás la pesadumbre
De sus plantas impuras.

Mas tus picos nevados
 No así se resistieron
 En otro tiempo, altísima montaña,
 Para no ser hollados
 De aquellos que valientes combatieron
 Por libertarse del poder de España.
 Legiones de mi Patria enarbolando
 El bicolor do el sol su faz ostenta,
 Ví yo escalar tu cima;
 Y el yugo de Fernando,
 Que tres centurias de existencia cuenta,
 Roto le ví caer en Chile y Lima.
 Libertad en tus cumbres se proclama,
 Y desde el cabo helado de la tierra
 Con que el sañudo mar siempre está en guerra,
 A la desierta arena de Atacama,
 De monte en monte se repite el grito;
 Pero la libertad que á tantos dieron
 No alcanzaron jamás ¡oh verdad triste!

Yo saludo las cumbres en que ostentas
 Nieves que una edad cuentan con el mundo,
 Montaña inaccesible,
 Y al contemplar las fases que presentas,
 Desde el valle profundo,
 Que mísero gusano imperceptible,
 Me diera el Ser eterno por morada:
 Al beber de los ríos y torrentes
 Que se desprenden de tu helada cima,
 Y que rugiendo van por la quebrada
 En que Dios encerrara sus corrientes:
 El soplo del Eterno que me anima
 Bendice su Hacedor, y agradecido
 Se postra en su presencia enmudecido

Yo veo en esa mole gigantesca
 La obra de un Ente eterno,
 Y de la eternidad me da la norma.
 Llegará, tal vez, tiempo en que perezca

A la voz de gobierno
Con que los soles y los mundos forma:
Quizás en los arcanos de su mente
Está ya decretado
Que en polvo se disuelva de repente,
Pero mi entendimiento
Débil y limitado
A comprender no alcanza
El Supremo poder que movimiento
Al Universo ha dado,
Fijando el equilibrio y la pujanza
De los cuerpos que pueblan el vacío,
Do ejercen su poder y señorío.
Mas su saber y su grandeza admiro
Cuando el insecto imperceptible miro;
Y siento que su mano,
Que todo lo sacara de la nada,
Ha podido arrojar sobre ancho llano
Una montaña enorme y elevada,
Y á polvo reducirla en un momento
Arrancando de cuajo su cimiento.

Cuando las tempestades
Las razas exterminen de los hombres,
Extinguiendo los nombres
De naciones, imperios y ciudades;
Cuando el fuego del cielo
Por la mano de Dios lanzado sea,
Y descendiendo al suelo
Hecho pavesas por do quier se vea,
Y que los altos montes y collados
Como la cera fluyan liquidados;
Cuando el fiero Aquilón embravecido
Sublevando las aguas del Océano
Las saque del abismo do han yacido,
El escarpado cerro y ancho llano
Bajo sus ondas cubran encrespadas;
Cuando ninguna voz viviente, unida
Al mugir de las olas agitadas,

Deje sentir la vida
Un eco solo que repita el monte;
Entonces esas puntas siempre heladas
Respetarán la furia de los mares;
Y en el vasto horizonte
El punto enseñarán donde algún día
La libertad tuviera sus altares.
Y así como los mástiles indican,
El lugar do la nave ha zozobrado,
Y que mudos publican
El fracaso que allí los ha fijado;
O cual cruz solitaria en el desierto
Anuncia al caminante,
Que en aquel punto ha muerto
Y sepultado está su semejante:
Así esas crestas que orgullosa elevas
Del naufragio del mundo y los mortales
Vendrán á ser las únicas señales
Que puedan consultar las razas nuevas,
Hasta que un gesto del Eterno obrero
La grandeza les vuelva y ser primero.

La Palma del desierto

Palma altiva y solitaria
Que en los bosques te presentas,
O en agreste fado ostentas
Tu gigante elevación:
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje,
¿Es acaso tu lenguaje?
¿Es tu idioma? ¿es tu expresión?

Respondes, quizá, y no entiendo
Tu respuesta, palma bella,
Por más que quisiera en ella
Lo que dices comprender:
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ay, no puedo satisfecho
Tus palabras entender!

De tus abanicos verdes,
Por el céfiro movidos,
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque ¿qué es la voz humana,
Si palabras articula,
Sino el aire que modula
El hombre con precisión?

Si él expresa en sus palabras
Ideas y pensamientos,

¿Quién sabe si tus acentos
Ideas no son también?
¿Ideas que tú á tu moño
Expresas en tu lenguaje,
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaivén?

Pero sea lo que fuere,
Bástame á mí para amarte,
Tan gallarda contemplarte
Tan altiva y tan gentil;
Mas, sabiendo que á las naves
Do truena el bronce horadado,
Jamás una tabla has dado
Ni á una lanza duro astil.

Por tí ningún pueblo llora
Los males de la conquista;
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.
Al contrario al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida,
Es buscar una querida
Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
De flores el campo inunda,
Tu cáliz no se fecunda
Si compañera no ves:
Pero si otra copa erguirse
Divisas á la distancia,
Racimos en abundancia
Se desgajan á tus pies.

Alzarse graciosa he visto
Más que el pino tu cabeza,
Y ostentar su gentileza,
A orillas del Paraná.
He visto el añoso cedro

Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamás al pichón querido
Tu altura le ha sido infiel:
Cuando sin alas implume
No puede arrojarse al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

Ah! si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el cefirillo acaricia
Tu verde copa al pasar;
¡Cuán dulce, cuán delicioso
Es quedarme allí dormido,
Al son del blando gemido
Que repites sin cesar!

Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa,
Ojalá que majestuosa
Tu tronco eleves galán,
Sin que roedor gusano
Haga de horadarlo ensayo,
Sin que lo consuma el rayo
Ni lo quiebre el huracán.

Otra fortuna no envidio
Que descansar á tu sombra,
Bajo la olorosa alfombra
De trébol que hay á tu pie.
No importa que sepultura,
En la bella patria mía,
Me niegue la tiranía,
Con tal que á tu sombra esté.

José Agustín Molina

No hallamos más noticia acerca de este poeta que la anotada por Cortés en su *Parnaso Argentino*. Dice así: "Natural de Tucumán, es uno de los pocos poetas de la Independencia. Obispo de Camaco y vicario apostólico de Salta, fué uno de los sacerdotes más ilustrados de su tiempo y un ferviente partidario de la revolución."

"Ha publicado varias *Canciones piadosas* llenas de unción y sentimiento."

El doctor Gutiérrez cita la *Jornada de Maipo*, del doctor Molina, en su notable compilación de *Pensamientos, máximas, etc.*, tomando una de sus estrofas de la *Lira Argentina*, página 213.



La negra noche lóbrega estendía,
 Sobre el mundo y los crímenes su manto,
 Tercera de la vil alevosía,
 Rival del proceder honesto y santo.
 A su favor la floja cobardía,
 Flaqueando toda, lánguida de espanto,
 Inspira á Osorio la afrentosa empresa,
 De emplear con su enemigo la sorpresa.

Temer la luz del sol, tan favorable
 Al valor verdadero, solo es dado
 Al español abyecto y miserable.
 ¿Qué militar, celoso de su grado,
 No procura en la lid ser espectable?
 ¿Quién no se juzgaría deshonrado,
 De deber su ganancia ó vencimiento,
 A un golpe de traición ó un salteamiento?

Le sale bien, dispersa nuestra jente,
 Más la suerte, tal vez, sirve al intento,
 Mejor que los consejos del prudente.
 “Es verdad, dice el héroe que un momento
 “De descuido, ó más bién un accidente,
 “Que prevenir no pudo el más atento,
 “Ha dado una ventaja transitoria
 “Al tirano, más nunca una victoria.”

Tranquilo, aunque afligido, dá al soldado,
 A todos un ejemplo de firmeza,
 ¡Compatriotas! he aquí nuestro dechado,
 Modelarse por él, mucho interesa:
 ¿Porque un suceso salga desgraciado,
 Desesperarse debe de la empresa?
 ¿Seremos á la patria menos fieles,
 Si tal vez se marchitan sus laureles?

¿Al pájaro medroso imitaremos,
 Que del árbol se vuela en el instante,
 Que agitado, cual nave de los remos,

Al impulso del viento está flotante?
 A extremo riesgo, espíritus extremos.
 Digamos siempre en caso semejante:
 Encorvado está el árbol solamente,
 El volverá á erigirse nuevamente.

“No se ha perdido todo, remediada
 “La principal desgracia está en gran parte,
 “(Prosigue el jefe de la fuerza aliada,)
 “La capital es nuestra, y según arte,
 “Prontamente será fortificada:
 “Ella será nuestro último baluarte,
 “Nuestro sepulcro mísero y glorioso,
 “Si no lo fuere del tirano odioso.”

Yo soy el que la guardo y la sostengo;
 “Cerca de cuatro mil bravos conmigo,
 “Para hacer la defensa última tengo;
 “Más sin dar nuevo ataque al enemigo,
 “No volverán al punto que prevengo;
 “De su marcial ardor soy fiel testigo:
 “Corramos á las armas, ciudadanos,
 “Escarmiente la patria á sus tiranos.”

Así habla en el contraste y mala suerte
 El ínclito del Sud; (raro coraje!)
 Donde quiera de su alma grande y fuerte,
 Tal es el noble, enérgico lenguaje,
 Cuando amagado de la misma muerte,
 A vista de los riesgos y el carnaje,
 Se sostiene en los brazos de su audacia,
 Y lucha varonil con la desgracia.

Engreido Osorio con el buen suceso
 Del diez y nueve, carga á toda prisa.
 ¡Insensato! no llesves al axceso
 Una gloria fugáz que se desliza!
 Te lisonjeó un instante el hado ovieso;
 Esta fué como la última sonrisa

Para tí de la pérfida fortuna:
Pronto lo probarás bien importuna.

¡Cinco de Abril! Tú viste finalmente
Desplegarse en las márgenes ó llano,
Que fecunda el Maipú con su corriente,
El ejército patrio y el hispano.
El hierro de las armas reluciente
Disputa al sol su brillo soberano:
Con su son pavoroso los tambores,
Son de la muerte horribles precursores.

La fiereza, la cólera, el despecho,
La venganza, el orgullo en cada frente
(Rebosando de lo íntimo del pecho)
Están pintados respectivamente.
El general patricio satisfecho
Vé el aparato bélico imponente,
Por el momento ansiando de un combate,
De que pende la América el rescate.

Su corazón se aplaude muy contento
De encontrar en el campo de batalla
Rivales dignos de su heróico aliento:
Donde siempre los quiso, al fin los halla,
(¡Fruto feliz de su envanecimiento!)
Sin parapeto alguno, sin muralla.
Vuelto á los suyos que arden de coraje,
Les dirige, en sustancia, este lenguaje.

“Ved ahí al enemigo, ved al godo,
“Que perpetuarse intenta en nuestra tierra;
“Es necesario hoy día, sobre todo,
“O vencer ó morir en esta guerra:
“De nuestra parte es santa en algún modo,
“Pues la defensa natural encierra:
“Soldados, nuestra patria, su esperanza,
“Su libertad vincula en nuestra lanza.”

Sobre un bruto veloz, más que los vientos,
Que fiero con su carga y vanidoso,
La tierra bate, acaso en sus cimientos,
Desafiando los riesgos animoso,
Por sus bien ordenados regimientos,
Corre de fila en fila presuroso,
A su lado se ven esos guerreros,
De su gloria y laureles compañeros.

Los Balcarce, los Heras, Albarados,
Los Quintana, y cada comandante,
Quienes, cerca del héroe colocados,
Aguardan la señal, y en su semblante
Descubrir, les parece, asegurados,
La esperanza y presagio consolante.
De un triunfo cierto, grande, ventajoso,
Que de la patria el nombre hará glorioso.

Abatido, entretanto Osorio inquieto,
La virtud en su pecho busca envano:
No la hallará, sin duda en el aprieto,
Que no es el patrimonio de un tirano.
Su corazón feroz tiembla en secreto,
No esperando que el cielo le dé mano
Favorable á sus armas, y propicia;
Porque de ellas conoce la injusticia.

Al Dios de los combates invocando;
Nuestro caudillo, al fin, alarma grita:
La hueste, con paso igual marchando,
Sobre la otra á la vez se precipita;
Tiembla el suelo y de polvo levantando
Densa nube, su luz al cielo grita,
Alarmado el Maipú, todo medroso,
Atrás sus ondas torna presuroso.

Al ruido aterrador de dos tambores,
De millares de voces al acento,
Al rodar de los carros sonadores,

Retumban hasta el mismo firmamento,
Los Andes, de la lid espectadores:
A este horrisono estrépito violento,
Del plomo destructor se une el silbido,
Que va en la sangre á ser humedecido.

Por todas partes vuela el fatal hierro,
La pólvora, este don funesto, horrible,
De las furias saliendo de su encierro,
Por mil bocas flamea inextinguible;
Su explosión que conmueve el bosque, el cerro,
Forma una nueva tempestad terrible
De balas que esparcidas á la suerte
En toda dirección llevan la muerte.

Ya se ven los flotantes batallones,
Romperse y apretarse en el instante,
Para cubrir, por sabias precauciones,
Los claros que abre el bronce fulminante:
El trueno cesa ya de los cañones;
La bayoneta, el sable centellante,
Suceden en su vez, que muy más duros,
De cerca lanzan golpes más seguros.

Sus gritos el dolor traga y sofoca,
La muerte es desde aquí feroz y muda,
En silencio en su obsequio allí coloca
Su imperio para hacer la lid más cruda,
Nadie suspira, nadie abre la boca,
Por no cansar á su rival sin duda,
La alegría do oír (extraña cosa)
Los ayes de una queja vergonzosa.

Una bravura igual, hizo dudoso
El combate hasta entonces: la victoria
Volando incierto sobre el animoso,
Ensangrentado campo de la gloria,
De uno y otro partido valeroso,
Pesaba la constancia meritoria,

Y en la sangre, que en ondas circulaba,
De ambos lados sus alas empapaba.

Ángel que aquel combate presidías,
Génio exterminador, que lo inflamaste,
¿De cuál héroe, por fin, las valentías
Con el lauro del triunfo coronaste?
Cuya causa de lo alto protegías;
¿En qué partido la justicia hallaste?
¿Hacia qué lado exenta de venganza,
Se inclinó de los cielos la balanza?

Largo tiempo, cinco horas, el patricio,
Y el godó defendiendo y atacando,
Se disputan el campo. Al fin propicio
Se declara el Eterno á nuestro bando.
Sobre un carro de luz, brillante indicio,
De la beldad, que en él viene triunfando,
Hiere los aires y á la tierra baja,
La que nos ha obtenido la ventaja.

Esta es la reina de ángeles y de hombres,
Del universo entero la Señora,
Dulcísimo y terrible (no te asombres),
Pues de hueste ordenada, y bella aurora,
La dá divino espíritu á los nombres;
Esta es de la nación la protectora;
A quién Chile no solo con devotos
Afectos invocó, más la hizo votos.

Es María ¡Gran Madre! á Dios la gloria,
Pero de un corazón reconocido,
A vos hoy consagramos la memoria.
Si nuestro brazo fué fortalecido,
Si alcanzó su denuedo la victoria,
Obra de vuestro amparo todo ha sido.
Benedicta seas, oh Judit sagrada;
Por quién se vé la América salvada!

Ya el padre sol, que de sus hijos caros
La intrepidez, gozoso presenciaba,
Templando de su luz los rayos claros,
Del zenit á su ocaso declinaba,
Cuando el furor audaz de los avaros,
A quien la rica presa enagenaba,
Cansado de lidiar sucumbe; cede,
Ve que nuestro valor al suyo excede.

El espanto, el terror y aturdimiento
De su tropa alarmada se apodera;
Pasa de fila en fila, en un momento,
Se extiende á toda su falange entera.
Aquí arrojan el bélico armamento,
Allí abaten al suelo su bandera,
Corren, se chocan, jefes y soldados,
Atónitos, confusos, desolados.

Aquel no manda, este otro no obedece,
Al feliz vencedor todos rendidos,
Cual prisionero á discreción se ofrece,
Cual templando los ojos abatidos,
Se arrodilla á sus plantas y las mece.
Cubren miles de muertos, y de heridos
El campo de Maipú, que no presenta,
Más que derrota, confusión y afrenta.

Osorio, el orgulloso, el fiero Osorio,
Que su gobierno intruso y usurpado,
Sobre aquel delicioso territorio,
Con sus violencias solo había marcado:
Este hombre, que en crédito ilusorio,
Venía vanamente esperanzado,
Viendo su altiva presunción domada,
Se abandona á una fuga apresurada.

El miedo no ya piés le da para ella,
Sino alas con que vuela más que una ave,
O con la rapidez de una centella,

A ocultar su vergüenza y pena grave,
Acusa á España, quejase á su estrella,
¿Dónde hallará refugio? No lo sabe.
Osorio, Osorio, enseña á los tiranos,
A respetar los pueblos soberanos!

El español ejército altanero
De este modo inaudito, sometido.
Deja en el campo del combate fiero,
Triunfante, airoso, de laurel ceñido,
Al valiente fortísimo, guerrero,
Al jefe de la Patria esclarecido:
Quien desde el seno del honor y gloria,
Se apresura á anunciar tan gran victoria.

Salud, mi dulce Patria, una y mil veces,
Salud por el mejor de tus sucesos!
¡Cuánto con él te afianzas y estableces!
¡Cuán rápidos serán de hoy tus progresos!
Del mundo el fallo á tu favor mereces,
Pues, no solo convictos, más confesos
Dejas á tus tiránicos rivales,
De las naciones en los tribunales.

Nuevo estado de Chile soberano,
Pueblo eminentemente valeroso,
Acaso superior al espartano,
En virtud, en heroísmo generoso:
Tan noble y liberal, como cristiano:
Tan bravo, como pío, y religioso;
De los pueblos del Sud digno modelo,
¡Sube tu gloria á la región del cielo!

¡San Martín! A tu nombre se arrodilla
De respeto mi voz, calla de pasmo;
Su expresión es muy débil, muy sencilla,
Para tu napoleónico entusiasmo.
El Sud te aclama; el godo se te humilla,
En su boca no se oye ya el sarcasmo,

Ya no somos rebeldes é insurgentes,
Gracias á tus victorias eminentes.

¡Sombras de los Muñecas, los Lucenas,
De los Díaz, Villegas y Beldones,
Que con la ilustre sangre de sus venas,
Llevaron nuestra era de blasones!
¡Sombras amadas! mil en hora-buenas!
En Chile han perecido los tiranos,
Vuestros laureles dieron ya su fruto;
Recibid de venganza este tributo.

Estasiense por fin los corazones,
En toda la extensión de Mediodía,
Sus pueblos todos, todas sus regiones
Resuenen con los gritos de alegría.
Con mil vivas y mil aclamaciones:
Júntese la elocuencia á la poesía,
Y eternicen, de acuerdo con la historia,
De la mayor jornada la memoria.

Juan Cruz Varela

NACIÓ en Buenos Aires en 1794; hizo sus estudios en la Universidad de Córdoba y se graduó allí en teología y cánones (1816).

Fué diputado por Buenos Aires al célebre Congreso de Tucumán y desempeñó otros cargos políticos.

Fundó y redactó periódicos políticos y literarios.

En 1828 el mal éxito de la revolución de Diciembre le obligó á emigrar á la República Oriental del Uruguay, en donde falleció el 23 de Enero de 1839.

Varela, según Gutiérrez, fué el Firteo argentino. Cantó las victorias de Chile, del Perú y la victoria de Ituzaingó.

Publicó las tragedias *Dido* y *Argta* (1823-1834), tradujo algunas *Odas de Horacio* y parte de la *Encida*, citadas aquellas por Menéndez Pelayo en su conocido libro *Horacio en España* (1885).

El doctor Juan María Gutiérrez publicó en 1871 (se circuló en 1877) un *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan de la Cruz Varela*.

En 1879 apareció un volumen de 485 p. en 4.º bajo este rubro: *Poestas de Juan Cruz Varela* y las tragedias *Dido* y *Argta* del mismo autor.



Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo el 5 de Abril de 1818

¿Era que Fove había
Nuestro baldón eterno sancionado
Y que tornara un día
Para siempre á la patria malhadado?
¿Ó nos guardaba la voluble suerte
Llanto sin fin, asolación y muerte?

¿Y tanta y tanta gloria
En ocho años de afanes conseguida,
Ser debió transitoria,
Y, gozada no bien, cuando perdida?
¿El sud, ya libre, volvería al cabo
Del déspota español á ser esclavo?

Los que en Maipo abaron
Una noche tremenda así creyeron, (*)
Noche en que no lograron
Sobre los bravos que vencer quisieron,
Sino aumentar el fuego de venganza,
Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido
Nuestra hueste dispersa, y el Ibero,
De sombras protegido,

(*) En la noche del 19 al 20 de Marzo de 1818, fué sorprendido y dispersado por las tropas españolas, en Cancha-rayada, el mismo ejército que, pocos días después, triunfó completamente de ellos en Maipo.

Empero los Hispanos,
Precipitados de la fuerte altura,
Renuevan en los llanos,
Sin esperanza, la batalla dura;
Que su hado inevitable les persigue,
Y muy más grande la matanza sigue.

No sigue, que allí empieza;
Porque el bruto á la guerra acostumbrado
Se lanza con braveza,
Por el dragón invicto gobernado,
Y tropella y derriba, y el guerrero
Lleva la muerte á do volvió el accro.

¡Iberia! Tus caudillos,
En la lid hasta entonces no domados,
Dejaron los cuchillos
De los libres del sud ensangrentados,
Allí espiró su saña: allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.

Largo tiempo el tirano
Disputa el campo y la tenaz victoria;
Pero disputa en vano,
Que ella, cubierta de esplendor y gloria,
Con guirnalda de lauro inmarcescible
Las sienes coronó del invencible.

¡Oh, San Martín! Tu nombre
De edad irá en edad, de jente en jente
Mientras dure el renombre
Del gran Americano continente,
Y brille de los Andes la alta cumbre
Con nieve eterna y con cercana lumbre.

En elogio de los señores generales don José de San Martín
y don Antonio González Balcarce, por el triunfo de nues-
tras armas á su mando, en los llanos del río Maipo, el 5
de Abril de 1818.

(En el canto que va á leerse también se hace mención de la célebre batalla de Chacabuco. Cuando él se escribió, por insinuación de personas inmediatas al Gobierno, ya todos los poetas de Buenos Aires habían celebrado, de un modo digno, la victoria de Maipo. Parece que la autoridad deseaba entonces ensalzar el mérito del señor Balcarce, que contribuyó no poco á este triunfo, y cuyo mérito habían olvidado nuestros poetas. De todos modos, esta composición, y la que la precede, son, á mi parecer, las que necesitan más indulgencia entre las mías.)

Amados de Caliope, hijos de Febo,
Del Parnaso en las cimas educados;
Perdonad, si los tonos elevados
De vuestro canto á interrumpir me atrevo
 Sé que pulsar no debo
 La pobre lira mía;
 ¿Más quién podrá este día
El ardor refrenar que el pecho inflama?
Veo dos héroes; su renombre solo
Del entusiasmo la sagrada llama
Enciende, y siento que me inspira Apolo.

San Martín y Balcarce, dos guerreros,
A quienes justa nuestra edad aclama;
Y cuyos hechos contará la fama
En la série de siglos venideros

Temblad, temblad, Iberos;
 Vuestro fin se aproxima;
 Que San Martín la cima
 De montes, que su frente han escondido
 En las regiones donde el trueno rueda,
 Amenaza escalar, y destruído,
 Si lo ejecuta, vuestro imperio queda.

Quedará vuestro imperio: en movimiento
 Ya las falanges van; la falda pisan,
 Y la altura también; de allí divisan
 En Chacabuco una bandera al viento.

Como huracán violento,
 Que brama en la alta sierra,
 Los hijos de la guerra
 Fieros se lanzan; el cañón retumba,
 Y ellos la espada fulminante vibran:
 En la cuesta el tirano halló su tumba,
 Y á Chile triste las legiones libran.

El venerando Maipo, que, en la hondura
 De sus puros cristales retirado,
 Era un río sin fama, destinado
 A dar inútil riego á una llanura,
 De su mansión oscura
 Oyó el clamor guerrero
 Y oyó el grito primero
 Que, al desplegar sus alas dió la fama
 A San Martín cantando sonora.
 Alegre entonces á sus Ninfas llama,
 Y sobre el agua alzó su faz rugosa.

Convocólas y dijo: " Yo esperaba
 " Que era de haber un día, en que este imperio
 " Al déspota feroz de otro hemisferio
 " No soy tuyo dijera. Escrito estaba
 " Que á esta región esclava
 " Un génio de la guerra,
 " Desde la opuesta tierra,

“ Mole inmensa de montes traspasando,
 “ Vendría victorioso; y en un día
 “ Siglos y siglos de maldad vengando,
 “ El oprobioso yugo rompería.

“ Su nombre allá en el libro de los hados
 “ En páginas de luz escrito estaba;
 “ Jove empero su nombre reservaba,
 “ Y los tiempos al triunfo señalados
 “ *Cuando sea que osados*
 “ (Dijo el Tonante un día)
 “ *En la alta serranía*
 “ *Ejércitos batallen, sangre corra,*
 “ *Vague muerte sin fin, la fama cante,*
 “ *Llegó el feliz momento en que socorra*
 “ *Al Araucano el adalid triunfante.*

“ Ahí en la cuesta yo sentí fragores;
 “ En Chacabuco las cavernas roncacas
 “ Del monte retumbaron; voces broncacas
 “ Escuché feroces contendores;
 “ Y después los clamores
 “ De la fama se oyeron;
 “ San Martín repitieron,
 “ San Martín es el héroe; Chile vive
 “ Me alzo yo entonces y en la cumbre veo
 “ Al capitán ilustre, que recibe
 “ De manos de Mavorte el gran trofeo.

“ Pero no se acabó: ¿Véis estos llanos;
 “ Delicia un día de araucana jente?
 “ ¿Véis los que, yermos, del arado el diente
 “ Sentido no han, mis laboriosas manos?
 “ Sepulcro de tiranos
 “ A ser vendrán un día;
 “ La ibera sangre impia
 “ Dará fertilidad á mis llanuras:
 “ Un nuevo atleta pisará mi arena,

“ Y otro Marte mayor, lides más duras
 “ Entonces he de ver con faz serena.

“ Balcarce llega ya: mi vaticinio
 “ Es funesto y crüel para el tirano,
 “ Que ostenta su poder en Talcahuano,
 “ Y ha jurado de Chile el exterminio
 “ En vano á su dominio
 “ Ya sujetar intenta
 “ A una nación que cuenta
 “ Con la ayuda de genios denodados
 “ Los libres triunfarán; y en mi llanura
 “ Los momentos á su gloria alzados,
 “ Dirán sus triunfos á la edad futura.” :

Así predijo el venerando Río;
 Luego á la capital su blanca frente
 Vuelve, mira, y aumenta de repente
 Con llanto de placer su raudal frío;
 Cesó el dolor impío
 De las Náyades bellas,
 Y, en vez de sus querellas,
 Los ecos sus cantares repetían
 Por la orilla festivas divagaron
 Y, á una seña del Dios que ovedecían,
 Con el Dios á las ondas retornaron.

En tanto el primer héroe, que gozosa
 La madre patria en sus anales cuenta,
 En Santiago, ya libre se presenta,
 Más no en Santiago su valor reposa
 La legión animosa
 De nuevo al campo guía,
 Y raya al fin el día
 En que se muestra el campeón ausente
 Ansiaban ambos la postrer victoria,
 Y ambos conducen la aguerrida gente
 A do se cubra de más alta gloria.

El tirano también, que, rencoroso,
De Chacabuco la pasada afrenta
Lavar en sangre americana intenta,
Y de nuevo imponer su yugo odioso,
 A Talca presuroso
 Conduce los soldados,
 En Europa educados
En arrastrar el carro de Mavorte,
Y afrontar mil de veces mil de muertes;
Aquí esperanza de su avara corte,
Como allá azote de los Galos fuertes.

Con sus antiguos triunfos engreidos,
A Talca llegan, y en furor aguardan
A los guerreros que á su enojo tardan,
Y á quienes ven sin peleär, vencidos
 Los hijos escogidos
 De la Patria entretanto
 Miraron sin espanto.
La muchedumbre inmensa: ronco suena
El bélico clarín; el jefe manda,
Las huestes paran, y con faz serena
Se espera el día de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna,
Avergonzada ya, borró del año;
Noche de estragos y de horrible daño,
Noche funesta á Chile cual ninguna
 De la traidora luna
 Protegido el Ibero,
 Cual suele tigre fiero
De imprevisto caer sobre la presa,
Marcha en silencio, llega, nadie advierte,
Y los patrios soldados en sorpresa
Circundados se ven de inmensa muerte.

¡Héroes del canto mío! ¡Campeones,
En quienes Chile tiene su esperanza!

¿No impediréis la bárbara matanza?
¿Impunemente morirán legiones?
¿Mañana los pendones
Del opresor de Lima
Verá el sol de su cima
Flamëar, en afrenta de su prole,
Sobre montones mil de cuerpos muertos?
¡Ah! ¡Tanta vida envano no se inmo!e!
Salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martín ajeno
De vil temor á la Fortuna instable.
Y Balcarce, y Las Heras indomable,
Cual nunca ostentan su valor sereno.
Se oye su voz cual trueno,
Y con la diestra fuerte
Repartiendo la muerte,
Y abriendo entre la turba anchos caminos,
La retirada ordenan al soldado;
Y, cediendo un momento á los destinos,
Dejan por fin el campo abandonado.

Su triunfo oscuro al enemigo ciega,
Y su ilusión acrece y su confianza,
Hacia los libres denodado avanza,
Y en el llano los vé que Maipo riega;
Y marcha, y corre, y llega,
Y, de la guerra al grito,
Desde el hondo Cocito.
Muerte y Discordia acuden. De repente
El clamor en silencio se ha mudado,
Uno al otro se mira el combatiente,
Y teme acaso y tiembla el más osado.

Más dió el bronce la seña de matanza,
Y las patrias legiones al momento
Se desprenden, cual rayo, de su asiento,
Que llegaron las horas de venganza.

No, Musa, no; no alcanza
El entusiasmo á tanto
¿Cómo podrá mi canto
Producir una imagen de aquel día,
A la Muerte por Jove abandonado,
Y á los horrores de la guerra impía?
Cante otro génio lo que á mi no es dado.

Mi voz á los dos ínclitos varones
San Martín y Balcarce es consagrada:
Ni yo diré la lucha encarnizada,
Y el destrozo feroz de las legiones,
Las brillantes acciones
Y el estrago horroroso,
Y el triunfo portentoso,
Obra fué toda de ellos. Los Iberos
Los vieron con asombro, batallando
Cruzar por entre el plomo y los aceros,
Trofeos á trofeos aumentando.

Por tres veces la Parca en la matanza
De los dos héroes el morir decreta,
Y, al descargar el golpe, los respeta,
Y dirige á otra parte su venganza
Al cabo la balanza
Se inclinó de los hados;
Redoblan los soldados
El bélico furor, la justa saña;
Sangre y más sangre por do quier se vierte,
Y, donde antes guerreros de la España,
Solo se ven despojos de la muerte.

Triunfamos; lo vió Febo, y, afligiendo
Los brutos de su carro, al occidente
Baja, y al viejo mundo hasta el oriente
El triunfo de sus hijos fué diciendo
El sacro Maipo viendo
Su presagio cumplido,
El curso reprimido

Soltó de nuevo de su linfa pura.
" Vivid, héroes, envidia de guerreros,
" Vivid siempre, exclamó: que en mi llanura
" Distéis sepulcro á mis tiranos fieros."

Y la América allá en la erguida sierra,
Do un génio sigular la vió sentada, (*)
Su faz de llanto en de placer mudada,
Se vió ya la señora de la tierra.
Héroes, mi Musa cierra,
Cierra ya el labio osado;
La Patria, que ha logrado
Por vuestro esfuerzo libertad y gloria,
Y renombre y poder irresistible,
Sabrá immortalizar vuestra memoria
En el mármol y bronce indestructible.

(*) D. Esteban de Luca, en su canto al triunfo de Maipo, pinta á la América como á una Diosa llena de magnificencia que, sentada en la más elevada cumbre de los Andes, domina desde allí nuestras felices regiones.

América

Pendida sobre sábanas de rosas
A la sombra de amor de sus palmaras
Bajo un cielo de eternas piumas
Guardada por los ángeles de Dios,
Una encantada tierra de delirios
Maravilloso mundo de colores,
Dormía entre sus aves y sus flores
Acullada por músicas de amor.

Y es fama que cual hada peregrina
Que del seno del mar surgiera un día
Orlada de joyante potencia
Hiriendo con su luz la luz del sol;
Así la hermosa madre de los Incas
Surgió del seno de joyantes mares,
Y presentóla al mundo sobre altares,
El géneo audaz del inmortal Colón!

Campana del ejército republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó

CANTO LÍRICO (*)

Las barreras del Tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, oscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo;
Partióse al fin el diamantino muro,
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días.
Mil siglos ya volaron
Ante los ojos míos; mil naciones
Con ellos perecieron,
Y otras generaciones
Y otros imperios á su vez nacieron;
Empero á la República Argentina
Salvarse miro de la gran ruina.

(*) *Dedicatoria—Al señor General del ejército republicano, Brigadier D. Carlos Alvear.*

Excmo. señor:

Tengo el honor de presentar á V. E. el adjunto Canto lírico. Él no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodríguez y Rojas, genios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, ó si pulsara López su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serían cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acoger mi Canto lírico como un tributo humilde de mi respeto á su persona y á su mérito. —B. L. M. de V. E.

J. C. V.

Buenos Aires, Marzo 22 de 1827.

Presente allá en las pósteras edades,
Veo que no ha quedado ni memoria
De Griegos y Romanos; otra historia
De admiración embarga al universo:
Otros hechos sublimes, otros nombres
 Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso
Y en páginas eternas; y los hombres
Los pronuncian de asombro penetrados,
 Con respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo.

No suenan las Termópilas; los llanos
 De Maratón no suenan
 Platea y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe;
Que otra gloria perínclita domina,
Y la atención del universo absorbe
Esos hombres ilustres se eclipsaron,
Los de Alvear y Brown los reemplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos,
Enseñan á los reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos
Descended hacia mí, Numen del canto,
Mientras el génio de la Historia corta
La pluma de oro, que á la tierra deje
Cual yo la miro en el momento, absorto
Mientras jaspes, y mármoles y bronces
 El buril no penetra,
 Y á los siglos de entonces
Grabada pasa indestructible letra;
O mientras en estatuas colosales
El mundo no conoce todavía
Esos republicanos inmortales,
Blasón eterno de la patria mía,
Descended hacia mí Numen del canto;
Y si un mortal feliz pudiese tanto,

Mi verso irá por cuanto Febo dora,
Del Austro á los Triones,
Y, leído en las playas de Occidente.
Llevado por la Fama voladora,
Admirará después á las naciones
Que reciben la lumbre refulgente
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba el Nuevo Mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitára
A la Ambición sedienta,
Y la Ambición sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchára,
Usurpadora al llamamiento acude
La venganza sus crímenes prepara,
La Discordia sus bívoras sacude,
Y atruenan sus rugidos el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
Las eternas puertas del infierno,
Con hórrido alarido al mundo espantan,
Y al Brasil se lanzaron,
Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,
Que en el Brasil domina,
Tiende á los bellos campos del Oriente
Una mano alevosa y asesina;
Y con enojo horrible y bronco tono,
"No puede ser (clamó) que el Argentino
Así se burle de la voz del trono,
Y tenga más poder que el del destino.
El mío es dominar un emisferio,
Que tuvo la osadía
De aspirar á ser libre en algun día;
Ni basta á mi ambición mi solo imperio.

Así dijo el tirano: pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caracteres ígneos su delito,
Con caracteres ígneos su escarmiento.
Escrito estaba, y de la voz divina,
El fallo irrevocable, el cumplimiento
Confióse á la República Argentina;
Ella llamó á sus hijos, y sus hijos
El flamíjero acero descolgaron,
Esos mismos aceros que algún día
Las falanjes ibéricas segaron,
Cuando otro rey imbécil nos quería
Arrebatár la independencia cara,
Y que el baldón de América durara,
 Ya tremolante veo
 Aquel mismo estandarte,
Que en otro tiempo vió Montevideo,
 Cuando señudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones
 Ya las voces escucho
 De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los Iberos
En Tucumán, en Maipo, en Ayacucho;
Guerreros argentinos, que llevaron
 Triunfantes sus banderas,
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el ópimo Chile, las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones,
 Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro
El Ecuador las vió, Quito amagada
Miró argentinos, y quedó asombrada;
Y helos de nuevo aquí, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra.

Justo rencor á la nación conmueve,
 Justa venganza cada pecho encierra,
 ¿Y quién es el valiente que se atreve
 A conducir los bravos á la guerra?
 ¿Quién es el General que en sí confía?
 ¿Cuál es más fuerte si el acero blande?
 ¿A quién la Patria sus venganzas fía?
 ¿Cuál es el héroe que á los héroes manda?
 Alvëar se mostró: toda la hueste
 Con víctores festivos le aclamaba:
¡Este es el vencedor, el génio es este!
 Y sus triunfos la hueste presagiaba

La espalda en tanto del inmenso río:
 Las naos brasileras
 Oprimen formidables y altaneras
 En marcial fuego y belicoso brío
 Arda la capital, los campos ardan:
 ¿Más como irán á la oriental ribera
 Los fuertes adalides, que ya tardan,
 Y de cuyo ardimiento solo espera
 La libertad el oprimido Oriente?
 ¡Tardar! No lo consiente
 El marino impertérrito, terrible
 Que sintiéndose intrépido, invencible,
 Se decide á forzar á la victoria
 A que empiece á tejerle la corona,
 Con que muy pronto en Uruguay las sienes
 Le adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil
 Pero no débil desde que el se alzára;
 Y la espumante prora,
 Que divide las ondas cristalinas
 Convierte al enemigo vencedora
 Se arroja de las aguas argentinas,
 Y, en un combate y mil, al mundo enseña
 Que el poder es ser bravo, y que fortuna
 Del sublime valor, que la desdeña,

No tiene en las hazañas parte alguna
Mientras que, vencedor por su destino,
Brown combatía la tremenda flota,
Quedaba libre el líquido camino,

Y á la playa remota
Volaban las legiones

Que al causador de tan inícuca guerra
A mostrar iban ya nuestros pendones
Triunfantes en las aguas y en la tierra.
"Salud, hijos de Oriente valerosos,
Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria!

No basta una victoria
Para hùmillar tiranos orgullosos:

Ya la patria os saluda;
Sus hijos sóis; y uniendo el Occidente,
Su esfuerzo á los esfuerzos del Oriente,
Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda."

Así dijo Alvëar, y en la ribera
Mandó plantar la bicolor bandera

De su nación preclara,
Insignia á la victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,
O Númenes del canto;

Pulsad mi lira con el plectro de oro,
O borro el verso que no alcanza á tanto
Oiga yo resonar. . . Mas ¿qué interrumpe
El eco celestial de la armonía?

¿Quién en voces horrisonas prorrumpe,
Y destruye su grata melodía?

¡Ay! que sonó la trompa

La ronca trompa del feroz Mavorte,
Y en belicosa pompa,

Se desprendió del campo la cohorte.

¡Oh madres argentinas! en el pecho
Estrechad, estrechad al tierno infante,

Que ya no tiene padre en adelante.

¡Esposas! empapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron

Y la Orfandad y la Viudez amarga
 La marcha del soldado precedieron,
 Derramando trás sí miseria larga
 Pero no: presentad á vuestros hijos
 El valor de sus padres por modelo,
 Y dejad á las madres brasileras
 Llanto sin fin, inacabable duelo;
 Que sus hijos están en las hileras,
 Al filo vengador de las espadas,
 Y al altar de la Muerte destinadas.

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos
 Traspasaron el límite anchuroso,
 Que divide la tierra de los libres
 De la tierra infeliz de los esclavos.
 Ahora es tiempo de que el rayo vibres
 Con que nos amagabas jactancioso,
 Cuando inmensas distancias separaban
 Ejércitos y ejércitos, ni Marte
 En tus campos plantaba su estandarte,
 Ni nuestro sol tus águilas miraban
 ¡Tirano del Brasil! ¿Adonde, adonde
 Los ministros están de tu venganza?
 O cual es el lugar en que se esconden,
 Huyendo de la bárbara matanza,
 Ese grupo venal, en cuya frente
 Miró la marca del esclavo impresa,
 Afrentando el valor del combatiente?
 ¡Déspota! Tú, que conservar pretendes
 La posesión de una provincia ajena,
 Tu mismo patrimonio no defiendes?
 ¿Y cuál es el poder de que blasonas,
 Si apenas nuestro intrépido soldado
 El umbral del imperio ha traspasado,
 El suelo del imperio le abandonas,
 ¡Oh Dios! ¡Y un pueblo entero
 Su honor, su suerte, su vivir te fía!
 ¿Quién lo defiende del furor guerrero?
 ¿Son las breñas de la alta serranía

La palestra en que esperan tus soldados
De glorioso laurel ser coronados?
Esas armas, que brillan en la cumbre
Del escarpado monte,
Como la luna con aciaga lumbre,
Cuando pálida sube al horizonte;
Esos brazos inertes,
Con oro vil comprados,
Y solo á la cadena acostumbrados.
¿Son los que has elegido
Para vencer los adalides fuertes,
Qué larga y cruda guerra ha endurecido?
Sí; que yo veo la caverna oscura
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos á buscarlos
Al mismo pié de la dolosa altura
Así el estatuto Griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Solo esperó en la necia confianza
Con que hasta el pié del pérfido caballo
El troyano imprudente correría,
Y, sin prever la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiría
Pero así no será; porque el guerrero
En quien hoy la República confía,
Si es que aprendió de Marte
Frío valor en el combate fiero,
No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevé, dirige, determina,
Y el alma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvëar, tu nombre aumenta
La lista de los grandes Generales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y á quienes glorifica en sus anales
¡Tal premio ha merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia!

Fatal y necesario—Derramado
 Por la extensión desierta,
 Donde horroriza la natura muerta,
 Nada es que el Sol abrasador hostigue
 Al escuadrón valiente,
 Y no haya fresca linfa que mitigue
 La sed rabiosa, implacable, ardiente:
 Su gloria es la fatiga,
 Y la bóveda esplendida del cielo,
 O de la húmeda noche el negro velo,
 El solo techo que al guerrero abriga:
 Marchar es su descanso
 Y áridos arenales sus caminos;
 Pero tienen valor, son Argentinos.

Ábreme tus volúmenes Historia,
 Y muéstrame aquel hombre,
 Que fatigó á la tierra con su gloria,
 Y fatiga tu pluma con su nombre,
 Del Egipto en los vastos arenales
 Le halla mi acalorada fantasía,
 Seguido de franceses inmortales;
 Y se goza feliz la musa mía
 En ver que el mismo verso
 Que esa campaña describir podría;
 La de Alvear también describiría;
 Y atónito observára el universo
 Que del gran capitán el gran modelo
 No envano se ha grabado en la memoria;
 Y que tenemos gloria
 Parecida á la suya en nuestro suelo.

Más ya salen del yermo inhospitable
 Las huestes argentinas,
 Y mostraron su frente deleitable
 De Bayés las bellísimas colinas,
 ¡Brasileros! Mirad los que pregonan
 Su renombre y sus triunfos hazañosos
 Mirad esos soldados que blasonan ;

De que armaron sus brazos poderosos
 Por defenderos hoy, como abandonan
 Al furor militar del extranjero
 Vuestro honor, vuestra vida. ¿Y qué sería
 De vosotros, ó pueblos, este día,
 Si el argentino acero
 Fuese instrumento vil en viles manos
 De la ambición fatal de los tiranos?

¿Qué hacéis, qué hacéis, soldados,
 Que ya no descendéis de la alta cumbre,
 Y, por estas llanuras derramados,
 Ostentáis vuestra inmensa muchedumbre.
 ¿Todo el tesoro que Bayés encierra
 Abandonáis así? ¿No soís testigos
 De que recogen ya los enemigos
 Las ansiadas primicias de la guerra?
 ¿Y están entre vosotros los valientes
 Qué allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
 Y, á la ambición y al despotismo fieles,
 A playas remontísimas vinieron,
 En demanda de glorias y laureles?
 ¡Qué! No hay audacia en el feroz Jermáno,
 Y audacia no hay en el Sicambro fiero,
 Para bajar al llano
 Con ímpetu guerrero,
 Y que triunfe el valor y no la suerte
 En los campos horribles de la muerte?
 ¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
 Defendidos se creen; así, acosada
 Del veloz cazador, temida cierva,
 Más y más se enmaraña en la espesura
 Y aún su pavor conserva
 Ya del venablo y del lebrél segura
 Mirad, mirad la marcha triunfadora,
 Con que avanza la hueste vencedora,
 Conquistando los pueblos del imperio
 Pero ¡que conquistar! despedazando
 Los grillos de aprobioso cautiverio,

Y por todo su tránsito sembrando
 La semilla del árbol, que algún día
 Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
 Del frío Septentrión al Mediodía,
 El suelo que Colón ha descubierto.
 Pero Alvear, siguiendo á la Victoria,
 Quiere que el lauro de la lid le brinde,
 Y envano, envano, San Gabriel se rinde,
 Que un pueblo sin defensa es poca gloria.

Como cuando retiembla el pavimento,
 Del fuego subterráneo conmovido,
 Y el río, en encontrado movimiento,
 O retorna al lugar donde ha nacido,
 O, en curso desusado,
 Baña los campos que no había bañado;
 Así retiembla la campaña en torno,
 Bajo el pié del olímpico caballo,
 Y así en varias y opuestas direcciones
 Corren los formidables escuadrones,
 Ya la falda de la sierra tocan,
 Que inexpugnable al enemigo abriga,
 Y ya vuelven al llano y le provocan,
 Sin perdonar trabajo ni fatiga
 ¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
 Os cubrirán de gloria,
 Y harán que se conserve entre las jentes
 Con respeto y honor vuestra memoria,
 Hoy se ven precisados
 A simular pavor y á retirarse,
 Por probar si se atreven á lanzarse
 De la sierra esos tímidos soldados:
 Más del castigo tiemblen espantoso,
 Con que habrán de pagar en algún día
 La torpe villanía
 De obligar al ardid á un valeroso
 Así dijo Alvear, y á las legiones
 Que ansiaban el momento de venganza,
 Ordenó que siguieran sus pendones

Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde
Ocultó en las montañas su pavora,
De tardío valor haciendo alarde,
Inunda con sus haces la llanura.
¡Infelices! Marchad; la muerte espera;
Para saciar su saña nunca es tarde,
Y ella os vá á sorprender en la carrera.

El sol sepulta en tanto
Su carro esplendoroso en occidente,
Y abandona el Olimpo refulgente
A la callada noche: el negro manto
Cubre la frente de la luna clara,
Y el trémulo brillar de los luceros,
El horror que en el campo se prepara,
Y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
Mil sombras pavorosas divagaban,
Cuyo lamento y míseros gemidos
Las huestes enemigas aquejaban,
Y, por lúgubres ecos repetidos,
Sangre, horrores y muerte presagiaban.

Pero al campo argentino

No así el pavor cubría

En tan terrible noche; de continuo
Alvéar su recinto recorría,
Y ora dispone que escuadrón tremendo
Siga á Lavalle en su feroz avance,
Ora elige el lugar de donde lance
El tronador cañón su globo ardiendo.
Este es el sitio que el infante guarde,
Aquella el ala que primero parta,
Aquí la muerte una falange aguarde,
Allá la muerte otra legión reparta.
Diestro, sereno, activo todo ordena

Para el trance cercaño,
Y la enemiga fuerza de antemano

Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa espectación del día
Hizo cesar el Sol; y el brasileiro,
Que en fuga vergonzosa nos creía
 Atónito, azorado,
Mira á su frente al enemigo fiero,
A espantable venganza preparado.
¡Oh día de prodigios y de horrores!
¡Día de luto, asolación y llanto!
No, no te puede celebrar mi canto;
Perdonadme, terribles vencedores,
 Que este asunto no es mío:
Toma tu trompa, ensalzadora Clio.

Antes que los mortales
La industria de matar adelantaran,
Y el rayo á las esferas celestiales
 Atrevidos robaran,
Y en los hórridos bronces lo encerráran,
Con no menos furor, con menos arte,
 A los campos de Marte
Los feroces guerreros descendían
En silencio espantoso y más de cerca
Más segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó silencio horrible
Reinaba en toda la extensión del campo,
 Y con paso terrible,
 Y con serena frente,
Se acercaba uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
De morir en la lid, si no vencían,
Infundieron valor, dieron fiereza
 A los mismos soldados,
Que en las breñas poco antes abrigados,
Parecía un grupo de indolentes;
Tímidos, pusilámines, indignos,
De matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros Teutones,
De agudas bayonetas erizadas,
Cercadas del cañón; sus batallones
Muros parecen que moviera el arte,
Inexpugnable muro; no hay guerrero
Tan formidable que contra él se estrelle,
Ni rayos suficientes á abrasarle,
Ni fogoso bridón que le atropelle,
Ni pujanza bastante á derribarle.
Solo el patrio soldado,
Que vencer ó morir había jurado,
La tremenda falange
Padiera ver llegar, y no temblara;
Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
Desnudó con que pronto la segara.

Pero el bronce tronó; la muerte fiera
Subió en su carro á la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte
Que ya el audaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y, al ímpetu feroz con que arremete,
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago á la distancia
No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea,
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mútuo furor se despedazan
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces;
Y el puñal fiero y el recorvo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,
Sirvan más al furor de la venganza,
Y en silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza,

Sin elección de muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere; rinde al fuerte;
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningún bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre,
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas;
Brazo á brazo pelea el combatiente,
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Más no ciego furor, razón serena
De Alvear los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena;
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena
La ardiente intrepidez del que ejecuta
De enmedio de la lid llamando á Brandzen,
Allí (dijo) el combate es más sangriento,
Y nuestra patria amiga, este momento
Entre el dolor y la ignominia lucha
No dijo más el héroe que la escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande,
Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu descende:
El rayo está en su mano y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende,
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado tal un día
Allá á los campos de la antigua Troya
Héctor descendería,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,

Una víctima grande señalara
Y Brandzen espiró . . . ¡Golpe terrible!
¡Oh brasileras huestes! Más valiera
Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahõra empezará. “¡Venganza!” grita
El intrépido Paz: “¡venganza!” clama,
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
Y “¡venganza!” Alvëar también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente,
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasilerero
Oponerse pretende al horroroso.
Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza,
Como torrente el escuadrón furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja á su espalda el espantoso estrago,
Y en sólida falange al fin se estrella
La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prisión de fuego;
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
Y del fogoso bruto el ancho pecho
Ciérrase luego; el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete,
Así las olas la muralla embaten,

Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Retroceden y vuelven y furiosas
Con repetido empuje la combaten;
Hasta que se desploma á lo más hondo
La contrastada mole, y victoriosos
Revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desaparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador: en la matanza
También algunos libres perecieron;
Más, cayendo apresores á millares,
Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.
La lid por todas partes entre tanto
Es, como aquí, sangrienta,
Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañón: su fuego
La árida yerba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora inextinguible llama, (*)
Mientras el aire hiende
Globos ardiendo que también lo encienden
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza;
Y el grito lamentable del herido,
La horrible convulsión del que agoniza,
La sangre que en el campo corre hirviendo,
Los miembros de sus troncos separados,
Y á la llama de pábulo sirviendo
Muertos y moribundos hacinados;
Tal es el cuadro que la lid presenta.
¿Y ya no es tiempo, ¡Oh Dios! de que se sienta
De la afligida humanidad el llanto?

(*) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio general del campo en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto, demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos heridos perecieron abrasados, sin haber sido posible libertarlos de las llamas.

Basta para triunfar. ¡Qué! ¿la Victoria
 Vende tan caramente sus laureles?
 ¿Las palmas de la gloria valen tanto,
 Que se compren con muertes tan crueles?

¿Y, en medio del estrago,
 Adónde está el guerrero,
 Cuya presencia triunfa, cuyo amago
 Pavor infunde al enemigo fiero,
 A cuyo brazo el génio de la guerra
 Armara él mismo del fulmíneo acero,
 Para que hiciera estremecer la tierra?
 ¿Lavalle dónde está?—Cual raudó viento,
 Que arrebató en furioso remolino
 Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
 Derribando no más, se abre camino;
 O cual de la alta cumbre de repente
 Las desquiciadas voces arrastrando,
 Rápido se despeña algún torrente,
 Y á los llanos con ímpetu bajando,
 Todo arranca en su curso, todo arrasa,
 Y sobre escombros espumante pasa;
 Así Lavalle y su escuadrón valiente
 Atropellan, derriban este día
 A todos los que hubieron la osadía
 De ponerse insensatos á su frente.
 Muy más allá del campo de batalla
 Los siguen, los persiguen, los acosan,
 Los acaban en fin, y no reposan,
 Y á la lid vuelven que pendiente se halla.
 Llegaron, y al instante
 Disipada la nube que ocultaba
 La faz del sol, que su zenit tocaba,
 Se mostró, más que nunca, radiante.
 De lo más elevado
 De los aires descende de repente
 Un trono refulgente,
 De azul, y de oro, y resplandor cercado.
 Armoniosos cantares

Mil coros celestiales repetían,
 Y las sombras de Brandzen y Besares
 El pedestal del trono sostenían.
 Belgrano estaba en él: su frente orlaba
 El laurel de la gloria,
 Y en su mano brillaba
 La espada que nos daba la victoria
 Cuando Belgrano fué.—“Basta de sangre
 “(El héroe prorrumpió); que este es el día
 “En que en otro Febrero,
 “Rendir vió Salta el pabellón ibero, (*)
 “Y cubrirse de honor la patria mía.
 “Este estrago terrible, este escarmiento
 “Es sacrificio á mi memoria digno,
 “Y digno de la patria el vencimiento,
 “Argentinos triunfad” dijo, y benigno
 A la sién de Alvëar en el momento
 Hizo el lauro bajar que le adornaba,
 Y la visión desapareció en el viento,

En el medio del campo se entroniza
 Entonces el Terror: el brasileiro
 El estrago contempla, se horroriza,
 Y deja el premio del combate fiero
 A quién ganarle supo. El argentino
 También vuelve y se asombra
 De mirar á sus piés la horrible alfombra
 Que el dejó la Muerte por despojos.
 Ella su vista en el estrago ceba;
 Y, no bien satisfechos sus enojos,
 Por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre General! ¡Oh, si mi verso
 Al del cisne de Mántua se igualara!

(*) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día, del año de 1813, el ejército patrio del Perú al mando del general Belgrano, obligó á rendirse en la ciudad de Salta, después de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, á todo el ejército español con sus armas y bagajes, desle su general don Pío Tristán hasta el último soldado.

¡Cómo entonces por todo el universo
Orgullosa mi Musa te aclamara!
Y á la paz vuestro nombre ensalzaria,
Soler, Oribe, Paz, Olavarría,
 Preclaros adalides,
Vencedores en estas y otras lides.
Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
 Fuera por mi olvidado;
Tu al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos (*), que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
 Educádose hubiesen,
Y á sus horrores avezados fuesen,
¡Vivid, vivid guerreros! Las hileras
Que en el campo formáis son hoy la Patria;
Solo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la Victoria, ya de lejos
Os saluda la paz y á los reflejos
 De su lumbre divina,
Triunfante, y de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada,
Ya brilla la República Argentina.

(*) El reglmento de caballería de milicias, conocido generalmente con el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel don José María Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla como el mejor de los cuerpos veteranos.

Juan Crisóstomo Lafinur

NACIÓ el 27 de Enero de 1797 en el pueblo de la Carolina (Sierra de San Luis).

La expedición de Belgrano al alto Perú halló á Lafinur estudiando en Córdoba y su entusiasmo por la causa revolucionaria le hizo abandonar los estudios y seguir la suerte de los patriotas; pero vuelto á Buenos Aires se hizo notar como periodista y poeta.

Afecto al estudio abandonó el sable para empuñar el puntero del maestro, y fundó en Mendoza un Colegio (1822) á la vez que se preparaba para el doctorado en ambos derechos, lo que realizó graduándose en Chile en 1823.

El *Canto elegiaco* (A la muerte de Belgrano); *Canto fúnebre* y la oda á la oración pronunciada por el doctor don Valentín Gómez en las exequias del General Belgrano, dice Gutiérrez, revela todas las dotes y todos los defectos de la musa de Lafinur.

Cortés publica del mismo poeta el canto *A la libertad de Lima*, y otras composiciones de poco mérito.

Falleció en Chile el 13 de Agosto de 1824.



A la muerte del general don Manuel Belgrano

(CANTO ELEGÍACO)

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas lozas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo.
Al ángel entregado de la muerte,
Que á la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal á los tiranos, ni la hueste
Registe de la *Patria* al sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.

Hoy, enlutado su pendón, y al eco
Del clarín angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible,
Que el llanto asoma dó la faz del héroe!
Y el lamento responde pavoroso.
Murió Belgrano, ¡oh Dios! ¡así sucede
La tumba al carro, el *ay* doliente al *viva*,
La pálida azucena á los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
La tierra fría cubra sus despojos,
Que abarcará por siempre: más no puede
Campeón ilustre, atleta esclarecido,
La mano que te roba hollar las leyes
Que el corazón conoce; el jaspe eterno

Tu nombre sustrará á los descendientes
De la generación que te lamenta.
La Patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que la amaga
En anárquico horror: la ambición prende
En los ánimos grandes, y la capa
Da la venganza al miedo diligente.
Aún de Temis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo: el inocente,
El inocente pueblo, ilustre un día,
A la angustia entregado: el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando,
Escapa al atambor: el país se enciende
En guerra asoladora, que lo ayerma;
Asuma la miseria, pues que cede
La espiga al pié feroz que la quebranta.
Y ¿ora faltas, Belgrano? . . . Así la muerte,
Y el crimen y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria.
Y diez años de afán! . . . ¡todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre, en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un día, marchitólas
La nieve del sepulcro. Así os lamente
La legión que á la gloria condugieste:
Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
La maji del honor, y con destreza
Amar le hicistéis el tesón perenne,
La hambre aguiladora, el frío agudo . . .
Suspende, ¡oh musa! y al dolor concede
Una mísera tregua. Yo le he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo,
Ora suyo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza, y triunfa y luego
¿Qué más hacer? . . . El desairar la suerte,
Y ser grande por sí: esta no es gloria,
Del común de los héroes, él la ofrece

En pró de los rendidos, que perdona.
 Ora al genio se presta, y lo engrandece;
 Corre la juventud, y á la natura
 Espía en sus arcanos, la sorprende,
 Y en sus almas revienta de antemano
 El germen de las glorias. ¡Oh! ¿quién puede
 Describir su piedad inmaculada,
 Su corazón de fuego, su ferviente
 Anhelo por el bien? solo á tí es dado,
 Historia de los hombres: á tí que eres
 La maestra de los tiempos: la arca de oro
 De los hechos ilustres de mi héroe,
 En tí se deposita: recogedla
 Y al mundo dadla en signos indelebles.
 Y vos, sombras preciosas de Balcarce,
 De Olivera, Colet, Martínez, Vélez,
 Ved vuestro general, ya es con vosotros,
 Abridle el templo, que os mostró valiente.
 Tucumán! Salta! pueblos generosos!
 Al héroe de Febrero y de Setiembre
 Alzad el postrer himno; más vosotras
 Vírgenes tierras, que otra vez sus sienes
 Coronásteis de flores, id á la urna,
 Y deponed con ansia reverente
 El apenado lirio: émulo hacedlo
 De los mármoles, bronces y cipreces.

(1820).

Esteban Echeverría

NACIÓ en Buenos Aires el 2 de Setiembre de 1805; fué uno de los poetas más fecundos del Río de la Plata en cuya región fundó la escuela romántica á su regreso de Europa en donde perfeccionara sus estudios.

En 1832 dió á luz un poema con el título de *Elvira ó la Novia del Plata*; en 1834 un volumen de poesías bajo el rubro *Consuelos*; en 1837 un tomo de nuevas poesías titulado *Rimas*, y el poema la *Cautiva* que es el pedestal de su fama.

«Reunió al talento, la instrucción y todas las virtudes que deben adornar al ciudadano de una República.»

En Buenos Aires, dice el erudito compilador de sus obras, conquistó gran influencia entre la juventud por la novedad de sus teorías literarias y políticas, manifestadas en sus numerosos escritos, en prosa y verso, que componen cinco volúmenes. (Casavalle, editor, Buenos Aires, 1870).

Condenado por Rosas á morir en el destierro, vivió once años, pobre, en la Troya del Plata, en donde falleció el 20 de Enero de 1851.



El 25 de Mayo

Siglos vivió misteriosa,
Siglos vivió ella ignorada,
Era la perla preciosa,
La virgen inmaculada
De la inmensa creación;—
Los que en el tiempo vivieron
Tal vez en sueño la vieron,
O de su vida tuvieron
Mística revelación.

Original en belleza
Era su suelo fecundo,
Y allí la naturaleza
Se ostentaba como el mundo
En su primitiva edad:
Todo era grande, animales,
Montes, ríos, vegetales;
Do quier se veían señales
De fuerza fecundidad.

Sus incultos habitantes
En la ignorancia vivían;
Pero libres y arrogantes,
Ni extraño yugo sufrían
Ni despotismo cruel;
Natura allí generosa
A su indolencia dichosa
Siempre brindaba amorosa
Deleite y frutos sin hiel.

Tribus nómades sin leyes,
Soldados, corte, lacayos
Había y tronos y reyes
Y numerosos vasallos
Gozando abundancia y paz:
Una sociedad naciente
Nueva forma independiente
Tomando iba lentamente
En aquel suelo feraz.

Grande y bello hubiera sido
Ver robusta y soberana,
Desde estado embrutecido
Una sociedad humana
Sola progresar allí;
Y ver como sin violencia
Su primitiva potencia
Desplega la inteligencia
Libre y señora de sí.

Pero no así sucediera,
Dios la tuvo allá escondida,
Para que en su seno fuera
Atesorando la vida
De otra regeneración;
Y cuando el tiempo llegara,
Bella, magnífica y rara,
En ensueños la mostrara
Al genio alto de Colón.

Dios puso en la cabeza de aquel hombre,
Visionario inspirado sin renombre,
Burlado en los palacios de los reyes,
Una idea sublime que debía
Cambiar del mundo las antiguas leyes:
Su genio reveló una profesión
Grande del porvenir; y al viejo mundo,
Virgen de amor que para amar nacía,
Dió un abrazo fecundo.

Era América bella é inocente,
Que al fin mostrando la hechicera frente
A los pueblos brindaba generosa
Riqueza á un tiempo, juventud y amor;
La Europa corrompida y achacosa.
Se sintió conmovida de estupor,
Viendo ya como nueva maravilla
Salir de entre los mares sin mancilla
A la virgen querida del Creador.

Con ojos lascivos miró su belleza,
Las perlas, diamantes, el oro y riqueza
Que puso en sus sienes la mano de Dios,
Y entonces mostrando la cruz redentora,
Astuta la dijo con lengua traidora:—
“Salud y ventura te traigo yo á vos.”

La cándida virgen le tiende los brazos,
Sin notar que le arman insidiosos lazos,
Ni que abraza furias que no vió jamás; -
Entrambas sonrien, y el hierro enemigo
Europa ocultando, repite consigo:—
“América incauta, mi esclava serás.”

Y esclava suya fué por tres centurias:—
Naciones europeas vomitaron
Sobre aquella inocente y feliz tierra
Del corrompido seno nuevas furias,
Que á hierro esterminaron
A sus inermes hijos; se partieron
La presa conquistada en fácil guerra,
Y en cambio del magnífico hospedaje
Sacrilegos y bárbaros hicieron
A sus dioses y vírgenes ultraje.
Sus monarcas con pérfidos engaños
Padecieron ó muerte ó cautiverio,
Y sometido al fin á otros estraños
De la vasta región quedó el Imperio.

Gimió tres siglos ella; no bastara
Del Inca y Motezuma el gran tesoro
A calmar esa fiebre ávida de oro,
Que á sus fieros verdugos devorara.
Era preciso enriquecer al mundo,
A sus reyes, y príncipes y grandes,
Y que el oro escondido allá en los Andes
Fuese á dar cebo á su deleite inmundo;
Era fuerza que el indio á sus señores
Diese de sangre un hórrido tributo
En precio del vivir, y que sin fruto
Buscase con afán en las entrañas
De sus ricas montañas
Oro para sus crudos opresores.

Y oro de ellas brotaba por torrentes,
Como agua brota en manantial copioso,
Y cada piña del metal precioso
Muchas vidas costaba de inocentes;
Y oro pedía el español avaro
Y vidas mil en su letal abrigo
Se devoraba el oro, sin que amparo
Ni gratitud, hallase
El indio miserable en su enemigo.

Y oro tres siglos al antiguo mundo
De sus entrañas regaló fecundo
El mundo descubierto por Colón;
Y ese oro que la América vertía
Allá en el seno de la Europa impía
Era su sangre dada en redención;
Y en pago de ella solo recibía
Ultrajes, ignorancia y opresión.

Y ese oro iba á dorar la pompa regia
De la raza de próceres egregia,
Que señora de todo allá en la cumbre
Saboreaba los dones y venturas
Destinados á todas las criaturas,

Viendo á sus piés la necia muchedumbre,
Tributar á su orgullo adoraciones;
Y ese oro iba de América en galeones
A fomentar el vicio y la indolencia
De impuras cortesanas y lacayos,
Y á fabricar magníficos serrallos
Do los reyes nadando en la opulencia
Con ojo indiferente, la indigencia
Miraban y abyección de sus vasallos.

Gimió tres siglos al capricho dada
De la fuerza brutal y las pasiones
Sin deberles tampoco una mirada
De compasión que gratitud exita;
Tratáronla como á mujer maldita
Orgullosos y estúpidos mandones,
A quién legaban el poder los reyes
De beberle la sangre de sus venas,
Traficar con el mando y con las leyes
Y doblar su miseria y sus cadenas.

Y los tiempos pasaron y no vieron
En la tierra magnífica y fecunda,
Donde Dios derramó tantos prodigios,
Más que de ruina y maldición vestigios,
Y la ignorancia y abyección profunda
De las miseras proles que nacieron.

Pero Dios quiso que asomase una Era
Para el hombre de luz, y que no fuera
Esclavo envilecido eternamente;
Y la razón humana que yacía
Envuelta en lobreguez y tiranía,
Se levantó por fin independiente,
Anunciando á la Europa de repente
La nueva ley que al pensamiento diera
Profética y audaz filosofía.

No pudieron ya entonces los tiranos
 Contener el progreso
 De la humana razón, ni á servidumbre
 Tenerla condenada y retroceso; -
 Dios quiso iluminar la muchedumbre,
 Alzar del polvo su abatida frente
 Doblando la cerviz á sus mandones,
 Y enseñar su deber á las naciones
 Del antiguo y del nuevo continente.
 Temblaron los señores de la tierra,
 Temblaron los injustos opresores,
 De despecho, de cólera, en su orgullo,
 Al ver la audacia con que hacía guerra
 Ese nuevo poder al poder suyo :
 Arraigado en el tiempo y en la cuna
 De oro do se mecieran sus mayores.

Hubo lucha tenaz, varia fortuna;
 Se conmovió la tierra; empezó el hombre,
 Antes envuelto en ignorancia y fango,
 A conocerse así su noble rango;
 Tomó en odio mortal y menósprecio
 Esos ídolos vanos, cuyo nombre
 Por tantos siglos acatara necio;
 Se dispó el prestigio que rodeaba
 Su regio trono y títulos divinos;—
 Vino el tiempo fatal que en sí entrañaba
 Del humano linaje los destinos,
 Y una voz gigantesca y salvadora
 Se estendió por la tierra repitiendo:—
 “Llegó, tiranos, vuestro fin tremendo;
 “Pueblos oid; señores sóis ahora,
 “De vida y redención sonó la hora.”—

Gloria por siempre á tí, virgen del mundo
 América infeliz; del cautiverio
 Que te impuso la Europa al fin saliste,
 Y en tu escuela aprendió la humanidad.
 Hay en tu vida divinal misterio;—

El sudor tuyo alimentó fecundo
Tres siglos su codicia, y en venganza
Por las tinieblas tuyas difundiste
El lisonjero albor de una esperanza
Precursora del sol de libertad.

Atónita la Europa, el vaticinio
Oyó salir del seno de los mares,
Y tendiendo la vista,
Por la vasta región que á su dominio
Sometió por la espada y la conquista;
Vió á los hijos de América que alzaban
A la augusta razón nuevos altares,
Y dueños de sí mismos y animados
De santo ardor los generosos pechos,
A la faz de la tierra proclamaban
Del hombre y las naciones los derechos.

Sobre el Plata famoso el sol de Mayo
También brillar hiciera
De independencia y redención el rayo;
Y varones heróicos produjera,
Que un alto pensamiento concibieron
Y de fé ardiente y de valor movidos,
A los hombres y pueblos oprimidos
Con eco grande y salvador dijeron:—

Compatriotas llegó el día grande
Precursor del combate y la gloria,
Ha empezado recién vuestra historia,
Váis el rango del pueblo á tomar;
Preparad el acero del libre
Que al valor mercenario anonada,
Preparaos á la lucha sagrada
Y á morir por la patria ó triunfar.

Harto tiempo vasallos sin patria,
Ignorantes y oscuros vivimos,
La injusticia y capricho sufrimos

De vireyes de un rey Español;
Mayo anuncia el severo castigo,
Y os señala una nueva carrera;
Con un hecho inmortal, la grande Era
Va á empezar de la tierra del Sol.

Ya no sufre cadenas el Plata,
Ni en sus playas dominan tiranos;
Libres somos, iguales, hermanos.
Sometidos á idéntica ley:—
Esos pueblos que ayer con desprecio
Os miraban sin rango en el mundo,
Demostrando respeto profundo
Hoy os dicen:—“¡Salud pueblo rey!”

¿No miráis como el hombre se mueve
Por el soplo de Dios impelido,
Como cae el error confundido
A los piés de la augusta razón?
¿No escucháis el estruendo terrible
Que conmueve y agita la tierra,
El clamor de venganza y de guerra,
De anatema, salud, bendición?

Es que la hora tremenda ha sonado
Del brutal despotismo y la fuerza,
Es que el género humano se esfuerza
Por cobrar su moral dignidad:—
Es que allí do hay tiranos y siervos,
O domina una casta triunfante,
Lucha ya con esfuerzo jigante,
Por fundar su poder la igualdad.

Compatriotas llegó vuestro día,
Los destinos que os tocan son grandes;
Tremolar vencedora en los Andes
La bandera de gloria y salud;
El gran pueblo, entre tantos valientes,
Señalado por Dios sois vosotros,

Para dar libertad á los otros,
Y marchar siempre al frente en el Sud.

Y el pueblo oyó con religioso pasmo
La voz de aquellos hombres, y al momento
Penetró su sublime pensamiento,
Sintió hervir en su pecho el entusiasmo:—
Y sus nombres bendijo, una esperanza
Brotó en su corazón lleno de vida,
Y aquella fé que la victoria alcanza
Reanimó su pujanza adormecida,

Y el pueblo entonces se sintió gigante,
Gigante por su unión y fortaleza,
Y al levantar del polvo su cabeza,
Un bello porvenir miró delante.

Y á la voz de los heroes ciudadanos
En masa se movió, formó legiones;
Y armado de fusil, lanza y bridones
Midió la pequeñez de sus tiranos.

Y eran pequeños sí, ante la suprema
Magestad del gran pueblo, en cuya frente
Brillar parece la imperial diadema
De destronado rey, que derrepente
Recobra su poder y libertad:—
Y el pueblo en su bandera lleva escrito
De Mayo el pensamiento generoso,
Brilla en ella su sol esplendoroso
Auyentando las sombras, y bendito
El símbolo se vé de la igualdad.

Y al ruido de la trompa y atambores
Marchó el pueblo á buscar los opresores
La bandera arbolando bicolor;
Lo acaudillan varones señalados,
Los que ayer en su hogar no eran soldados,
Y en pericia descuellan y en valor.

Y ese que osaba desafiar las sañas
Del soberbio león de las Españas,
Ese fuerte en valor é inteligencia,
Que hace el clarín sonar de independencia;
Era entre los del Sud que lo admiraron,
El pueblo iniciador, de alto destino,
Que los heroes de Mayo bautizaron
Con el nombre famoso de Argentino.

Y al frente se puso
De la lucha santa,
Y peligro alguno
Ni temor quebranta
Su fé mi ardor;
Y el genio benigno
De América bella,
Sentado en el Ande
Viendo que era grande,
De la empresa aquella,
Le dijo;—loor!

Y el grito de guerra
Sonó por la tierra,
Y se conmovieron
Así que lo oyeron
Los pueblos del Sud,
Y el genio les dijo:—
Mirad al Oriente
Que albor reluciente
Ya asoma del día
De inmensa alegría,
De gloria y salud.

No véis? el pueblo escogido
Viene ya con sus legiones,
Sus infantes y bridones,
Su bandera bicolor;
Despertad del sueño largo
Si os abruman las cadenas,

Si tenéis sangre en las venas,
Y en el corazón valor.

La lucha es de vida ó muerte. —
Levantáos que no es de bravos
Sufrir como los esclavos
Perpétua degradación;
Mirad bien, que ya bramando,
Despechado en sus enojos,
Con ira y fuego en los ojos
Fiero os acecha el León.

Victoread á vuestro hermano
Porque ya Montevideo
Fué magnífico trofeo
De su bravura en la lid;
Y en Salta huyeron vencidos
Y en el suelo Tucumano,
Ante el genio de Belgrano
Los compatriotas del Cid.

Alzáos; ya los Andes viene
A escalar como gigante,
Enarbolando triunfante
Su bandera en el Perú;
Y San Martín, ambicioso
De imperecedera gloria,
Lo llevará á la victoria
En Chacabuco y Maipú.

Y allí y en Lima la regia
Pisotearán sus bridones
Los castellanos leones,
Amilanados al fin;
Y á la Colombiana diestra
La invensible suya unida,
Les darán la última herida
En Ayacucho y Junín.

Despertad pueblos opresos,
Porque viene el argentino
Derramando en su camino
Germen de renovación;
Y de ese germen regado
Con su sangre generosa,
Nacerá un árbol cargado
De frutos de bendición.

Y ese árbol será de vida,
Y os abrigará á su sombra,
Y cultivada y florida
La tierra en torno veréis;
Y gozarán de sus dones,
Libres de males prolijos
Los hijos de vuestros hijos,
Si vosotros no podéis.

Y ese árbol es el destino,
La venturosa esperanza,
Que luchando solo alcanza
Con tesón la humanidad;
Es la fuente de agua viva
Que su labio refrigera,
El supremo bien que espera;—
Su nombre es la Libertad.

Y cuando ella en vuestro suelo
Eche profundas raíces,
Ilustrados y felices
Y respetados seréis:
Y en la tierra y en los mares
Conquistaréis señorío,
Y de razón poderío,
Y de cañones tendréis.

Y el pensamiento de Mayo
Será tan grande y fecundo,
Como el magnífico mundo

Descubierto por Colón;
Y á gozarlo y estudiarlo,
En el tiempo venidero,
Acudirá el extranjero
Movido de admiración.

Y el genio hablaba aún, cuando ya ardiente
En la punta llevaba de su espada,
De Mayo el pensamiento omnipotente,
El pueblo iniciador;
Y con su noble sangre inmaculada,
En gigantesca lucha encarnizada,
Iba audaz por las tierras de Occidente
Probando su misión de redentor:—
Los tiranos ante él desaparecían,
Y do colonos hubo, aparecían
Un pueblo y otro pueblo independiente,
Al soplo de su espíritu creador.

Y en cuatro lustros su misión heroica,
Rico en varones de virtud estóica,
Prosiguió con tesón el argentino;
Y ora la espada suya en la pelea,
Ora su audaz inmovadora idea,
Timbre de inmortal gloria conquistaron,
O en el Sud derramaron
Rayo de luz y salvación, divino.

Y el gran pensamiento que Mayo produjo
Siguió su carrera del tiempo al través,
A veces sombrío, á veces radiante,
Como el sol hermoso que le vió nacer.

Más el viejo tronco que arraigado estaba
En la fértil tierra volvió á retoñar,
Sus ramas nocivas en torno estendiendo
Del árbol naciente de la Libertad.

Los viejos errores de España eran esos,
La herencia maldita que ella nos legó.
Sus leyes sus dogmas que algunas cabezas
Mezquinas miraban con veneración.

Y entonces empezára la lucha intestina,
La lucha que lloran las madres aún,
Entre dos principios, de muerte y tinieblas
El uno, y el otro de progreso y luz.

Pero en vano quiere tirano monstruoso,
Que formó en su fango la guerra civil,
Refrenar el vuelo de la idea joven
Que inmensa conquista entre sí.

¡Imbécil delira, creyendo que un pueblo
Nacido entre pompa de glorias ayer,
Su orijen olvida, derrama su sangre,
Para ser de un amo juguete otra vez!

En vano, ella tiene bravos defensores,
Como tuvo en tiempo del fiero Español,
Hijos de los hijos de Mayo glorioso
Que por ella saben morir con honor.

Ellos de sus padres siguiendo el ejemplo
Truecan por la espada placer juvenil,
Para que dichas las proles que nazcan
Tengan patria libre, próspera y feliz.

Y el gran pensamiento que Mayo produjo
Su dogma en la lucha sagrado será;
Y el sol que hoy derrama su lumbre en el Plata
Hermanos, iguales libres nos verá.

Oh América! virgen pura,
Que ignota siglos vivistes,
Como huerfana hermosa;
En buen hora apareciste

Prodigio de la creación
En su designio profundo,
Dios que te hizo maravilla,
Te derramó sobre el mundo
Como perenne familia,
De vida y transformación.

Gigantesca de repente
Por sobre el vasto Océano
Asomaste tu la frente,
Y al verte el género humano
Se estremeció de placer;
Porque tal vez presentía
Que el oro que en sus entrañas
Encerraban tus montañas
Y el sudor tuyo debía
Transformar todo su ser.

Tú á sus ojos sonreiste
Como un angel de esperanza,
Y en su negro cielo fuiste
Como el iris de bonanza
En medio á la tempestad;
Tu luz disipando errores
De la envejecida ciencia,
Descubrió arcanos mayores
A la humana inteligencia,
Envuelta en oscuridad.

Asia de las luces cuna
Africa, Europa hoy brillante;
Cada pueblo, ora en fortuna,
O en adversidad fluctuante
Cumplieron su alta misión;
Cada cual papel activo
En el drama progresivo
De la humanidad produjo,
Y en sus destino influjo,
Tuvo su vital acción.

El tuyo está señalado.—
Tu á vivir has empezado
Como hija de Dios postrera;
Vasta, infinita carrera
Tienes en el porvenir;
La humanidad que sin tino
Marcha buscando un destino,
Espera que tú en el mundo,
En cada siglo fecundo,
Nueva luz harás surgir.

De la vejez impotente
La ceguedad es herencia,
De la juventud ardiente
La robusta inteligencia,
La fuerza y la potestad;
La vieja Europa achacosa,
Ébria de ciencia y orgullo,
Marcha en tinieblas dudosa;—
Todo el porvenir es tuyo,
Virgen de fecundidad.

No importa que ella te ultraje
Poco generosa y noble,
Y tu amistad y hospedaje
Pague con perfidia doble,
Burlando tu buena fé;
Débil eres y por eso
Hace de injusticia alarde;
Más que no irrite al exceso
Al León, que nunca es tarde,
Si se alza á luchar de pié.

Aunque no tengas como ella
Príncipes, corte, vasallos,
Ni el aparato de aquella
Turba de necios lacayos,
Que cerca el trono de un rey;
Nutres raza de hijos bravos,

De un paraíso señores,
Que luchando á los esclavos
De soberbios apresores
Sabén imponer la ley.

Y en vez de su aristocracia
Orgullosa é indolente,
La popular Democracia
En tu suelo independiente
Se levanta colosal;
Y su espíritu elabora
La potencia creadora
Que haciendo guerra á los reyes,
Dar nueva base á las leyes,
Debe del mundo moral.

Oh Europa! no estés tan vana
De tu gloria y poderío,
Ni tu cabeza liviana
Entregues al desvarío
De ambicioso frenesí;
Mira que el tiempo que vuela
Las fábricas del orgullo
De un soplo al pasar asuela
Y que del imperio suyo
Es cuando se labra aquí.

Piensa que en estas regiones,
Libres hoy por la victoria
De tus soberbios pendones
Trofeo han hecho de gloria,
En más de una heróica acción;
Y que aunque fortuna ingrata
Á su noble raza oprime,
Darte pueden en el Plata
Más de un ejemplo sublime,
Más de una dura lección.

Esos pueblos que hoy desprecias
En tus vanidades necias;
Mañana gigantes bríos,
Y cañones y navíos
Tendrán y regia altivez;
Y sus banderas unidas
Se pasearán por los mares
Respetadas y temidas
Y cuenta á Reyes y Czares
Irán á pedir tal vez.

Oh América! Dios destino
Te marcó al nacer grandioso;
Marcha audaz por tu camino,
Sigue en tu labor penoso
De progreso y libertad;
Quizá aunque humilde te veas,
Teatro magnífico seas
Donde el genio en lo futuro
Descifre el enigma oscuro
Del mundo y la humanidad.

El desierto. (*)

Ils vont. L'espace est grand.

HUGO.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El Desierto
Inconmensurable, abierto
Y misterioso á sus piés
Se extiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno
Pone rienda á su altivez!

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Do quier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Do quier cielo y soledades
De Dios solo conocidas,
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al tiempo ligeras,
Lo cruza cual torbellino,

(*) Fragmento de *la Cautiva*.

Y pasa; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta esperando el día,
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¿Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! — Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Solo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus olas de aromas llenas,
Entre la yerba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Solo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
O las nubes contemplando
Como estático y gozoso,
El Yajá, de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
À los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando

Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió . . . y luego, violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató, sonoro,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Con animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Veíanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Solo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

Oid!— ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino;
¡Mirad!— Como el torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma,
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde vá? ¿de dónde viene?
De qué su gozo proviene?
Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar alrededor?
Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando: — “ ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

“ Ya los ranchos do vivieron
Presa de las llamas fueron,
En el polvo abatida
Su pujanza tan erguida. .
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio

Sus mujeres, sus infantes
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.”

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crugiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad;
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría magestad.

¡Salve ó Plata! (*)

Salve ó Plata! en tu presencia
Multiplicarse yo siento
Sublimarse mi existencia,
Lo que hay de humanal en mí;
Y ora quieta, ora iracunda
Se muestre, hirviendo la vida
Rebosar en mí fecunda,
Como rebosa ahora en tí.

Y toda vez que el Pampero
Sobre tus espaldas monta
Y arrojar espuma fiero,
Bramar te hace de furor;
Y te azota, y tú soberbio,
Tú indomable te agigantas
Por millares de gargantas
Lanzando eco atronador.

Tú á mis ojos representas
De la pasión y del hombre
El afán y las tormentas
Y la convulsión febril;
Y el incesante murmullo,
Y el tesón infatigable
Y de su indómito orgullo
La pujanza varonil.

(*) Fragmento del *Angel caído*.
Antología Argentina II

Cuando agitado te miro ,
El corazón se me ensancha,
Alegre y libre respiro
De cuidado mundanal;
Y todo olvido, y mi mente
En su inspiración sublime
Abarca, concibe, siente
Lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
No hallan aire mis pulmones,
Solo entre fango diviso
Las reliquias del *no ser*; —
Misteriosa y escondida
Tú me revelas la fuente
Del deleite y de la vida
Que no tiene ni hoy ni ayer;

Esa inagotable fuente
Que insaciables, delirando
Mi corazón y mi mente
Van buscando en el vivir;
Cuya agua solo el abismo
Insondable de pasiones
Calmar podrá, que en mí mismo,
Palpitante siento hervir.

Oh! la tierra me fastidia
Con sus mezquinos afanes,
Con su miserable envidia,
Con su odiosa ingraturd,
Con el humo de su gloria,
Con sus frívolos amores,
Con su ambición irrisoria,
Con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura
De su gozo y sus deleites
Que refrigerio ni hartura

Jamás á mi labio dán;—
Todo cuanto toco en ella
Apetezco y acaricio,
Y hasta el beso de la bella
Que busqué con tanto afán.

Junto á tí mi pensamiento
Algo tiene de divino,
En todo ser y elemento
Columbra el soplo de un Dios;—
Y la vida de la muerte
Surgir ve,—armónico el orden
Del aparente desorden,
La luz viva del caos.

Tu voz! oh Plata estupendo!
Gigantesca, habla un idioma
Que me deleita y comprendo,
Que nunca en el mundo oí;—
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece,
Un arrullo que adormece
Lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
Cabalgar sobre tus ondas
Y de tus entrañas hondas
Los misterios descubrir;—
O en el raudito torbellino
De la tormenta engolfarse,
En su atmósfera bañarse
Y de su vida vivir!

Me place con el Pampero
Esa tu lidia gigante
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis piés;
Y la espuma y los bramidos
De tu cólera soberbia

Que atolondran mis setidos
Llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma
Dormir, como suele á veces
Dormitar, tranquila mi alma
Ó mi vida material:—
Cuando la luna barniza
Tu faz de plata, y jugando
El aura apenas te riza
La melena de cristal.

Me places como el Océano,
Tu rival en poderío,
Cuando lo surcaba ufano
En mi albor de juventud,
Con el corazón de luto
Pero con alma nutrida
De sávia fértil de vida
De fé y sueños de virtud.

Me places cual la llanura
Con su horizonte infinito,
Con su gala de verdura
Y su vaga ondulación,
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente
Para aturdir de mi mente
La febril cavilación.

Y te quiero ¡oh Plata! tanto
Como te quise algún día,
Porque tienes un encanto
Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamás en tu cielo ví.

Te quiero como el recuerdo
Más dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué y ya no es;
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones,
Que ví en sueño alguna vez.

Oh Plata! al verte gigante
Me agiganto, iluso siento
La emoción y arrobamiento
De un inefable placer;
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta,
Y en inmortal trasformarse
Mi perecedero ser.

Si algo pedirte pudiera!
Si me oyeses, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera,
Mi cuerpo entregarte, sí,
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre,
Ni preguntase quien fuí.

Tucumán (*)

¿Conocéis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del creador,
De cuyo virgen seno sin medida
Fluye como el aroma de la flor
La balsámica esencia de la vida,
Y se palpa su espíritu y su aliento
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,
En el cielo, en la luz, en la hermosura
De su vária y magnífica natura?
Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona régia donde crece
El camote y la rica chirimoya,
Y el naranjo sin cesar florece,
Entre bosques de mirtos y de aromas,
Brindando al gusto sus dorados pomos.

.....
¡Cómo admirarla lograréis sin verla,
Ni por bosquejo alguno conocerla
De pluma ó de pincel! Cuando el invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene al raudal eterno
De vida á amortiguar en sus entrañas,
Una virgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida
Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,

(*) Fragmento del poema *Avellaneda*.

Flamantes y vistosas;—
Duerme y no duerme, sueña,
Oye soñando el plácido murmullo
Del festín y la danza, el alborozo
Del expansivo y hechicero gozo,
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido rostro se diseña,
Como si el fresco animador volviera
Á respirar de perfumada brisa,
Después la primavera
Con su templado sol y sus rumores
Su concierto de pájaros cantores
Á electrizar sus miembros adormidos
Llega y bañar en lumbre sus sentidos;—
Y la virgen despierta
De su sueño fugaz y se levanta
Radiante de alegría y de frescura
De gracia y de hermosura;
Y á engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,
Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores,
Y á perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores:—
Hasta que el sol de la estación ardiente
Subir hace á su frente
Todo el intenso ardor, toda la vida
Que entre su seno inmaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su joven y magnífica belleza.
Tierra de promisión y de renombre,
Engendra en sus entrañas virginales
Cuanto apetece y necesita el hombre
Para vivir feliz;—en animales,
En frutas y productos tropicales,
En colosal vegetación.—En vano
El adusto verano

La quema con su sol; el Aconquija
Que entre las nubes fija
La nevada serviz, de sus raudales
El tesoro derrama y la fecunda,
La baña con su frigidos alientos
Y sus campos sedientos
De fresca lluvia y de vigor inunda,
Entonces ella delumbre
Y de brillantes galas revestida,
Bajo la azul techumbre,
Cual magnífico templo se presenta
Del infinito ser que la dió vida
Y su eternal espíritu alimenta.
Cuán bella entonces es! al pensamiento
Cuán inspirada de luz y arrobamiento!
Cuánto de eterna nutrición le ofrce!
La mirada de Dios bañar parece
Sus selvas virginales y sus montes,
Sus campiñas y claros horizontes
Y trasformar con su inefable hechizo
Aquella tierra en otro paraiso,
Paraiso de gloria y esperanza,
De pura, inagotable bienandanza.

Florencio Varela

NACIÓ en Buenos Aires el 23 de Febrero de 1807; hizo sus primeros estudios en el Colegio de la Unión del Sud fundado por el director Pueyrredón y cuatro años después los continuó en la Facultad de jurisprudencia en la Universidad, graduándose en ella á los 20 años de edad; desde entonces comenzó á distinguirse como literato y publicista.

En 1829, siguiendo la suerte de sus hermanos mayores, se vió obligado á emigrar á Montevideo á la caída del gobierno de Lavalle. En esa ciudad adquirió fama en el foro y renombre en las letras; fundó el periódico *El Comercio del Plata*.

En 1830 publicó un folleto con el título de *El día de Mayo*, conteniendo cinco de sus mejores poesías de las cuales figuran dos en la *América Póctica*, publicada por el doctor Gutiérrez en Chile. En el mismo año publicó otros folletos en prosa que, al decir de su biógrafo, estaban impregnados de las sanas ideas de la escuela económica moderna.

Desde entonces abandonó la poesía para dedicarse al foro y á la política.

El gobierno oriental declaró la guerra al tirano Rosas, uniéndose á aquellos emigrados argentinos y á la escuadra francesa que bloqueaba el Plata. Con este motivo escribió Varela un notable opúsculo político: *Sobre la convención de 29 de Octubre de 1840, desarrollo y desenlace de la cuestión francesa en el Río de la Plata*.

Por causas de salud pasó á Río Janeiro (1841) en donde se dedicó á recoger materiales para la *Historia de su país*. Á fines de 1842 regresó á Montevideo en donde publicó un folleto político: *Sucesos del Río de la Plata* (1843).

Fué enviado á Inglaterra poco después, en misión especial del gobierno de la defensa, y volvió á Montevideo para dedicarse de lleno á la política; hizo varias publicaciones de sumo interés, y cuando más servicios prestaba

á la causa de la libertad, el general sitiador de la plaza envió un asesino que lo ultimó por la espalda en la vía pública el 20 de Marzo de 1848.

El doctor don Luis Domínguez coleccionó en 1859 los *Escritos políticos, económicos y literarios del doctor don Florencio Varela*, precediéndolos con su biografía, escrita por el compilador; forma parte esta obra de la *Biblioteca Americana* publicada por el doctor Magariños Cervantes.



A la libertad de la Grecia

Se abrió á mi vista la remota historia,
Y en sus ricos anales
La ruina, los trastornos ó la gloria
De mil naciones admiré. Asombrado
Ví brillar en sus páginas de fuego
El nombre y las hazañas inmortales
Con que ilustró su edad el noble griego.
Allí á Leonidas contener miraba
El torrente impetuoso
Con que el altivo Persa se avanzaba
A buscar en Termópilas su ruina.
Allí ví de Temístocles alzado
El brazo poderoso,
Y en Platea abatir y en Salamina
El terrible coloso
Con que Jerjes al mundo amenazaba.
¡Cómo mi mente en entusiasmo ardía
Al ver tantas azañas! Pero, abierta
Otra página aún más luminosa,
De Licurgo y Solon veneré el nombre,
De Homero y de Demóstenes, dictando
Leyes que hicieran venturoso al hombre,
Ó en caudaloso metro celebrando
Las glorias de la Grecia, ó los derechos
Del ciudadano, en el senado augusto,
Con elocuencia varonil mostrando.
Allí en Atenas y en Esparta el templo
Miré, do florecían
Las ciencias y las artes, que de ejemplo
Alguna vez al mundo servirían,

Y de grandes modelos. — ¡Gloria á Grecia!
Clamó mi labio, de entusiasmo lleno;
¡Gloria sin fin al ilustrado Heleno! —
¿Más Grecia dónde está?—También la historia
Los progresos fatales
De la ignorancia vil y el fanatismo
Registra con dolor en sus anales,
Y consagra llorando en la memoria
La esclavitud de un pueblo generoso,
Doblado bajo yugo ignominioso.
Mirad ¡ay! á la Grecia. De repente,
Desde el inculto fondo del desierto,
Lánzase á Europa el Árabe insolente,
Y en una mano el Alcoran abierto,
El hierro asolador con la otra esgrime;
Y en torrentes de sangre anuncia al hombre
La ley de Meca, y de Mahoma el nombre.
Europa toda amedrantada gime
Bajo aquel yugo estúpido y sangriento;
La peste se propaga, y en el Asia
El Novator feroz fija su asiento.
El Turco vagabundo en el instante
Ciego se postra ante el audaz profeta,
Y con ruda piedad intolerante,
La nueva ley que idólatra respeta
Con el hierro iracundo
También anuncia al azerado mundo.
La Grecia luego se ofreció á su vista,
Y á la Grecia voló: con torpe insulto
Las leyes de conquista
Feroz le impuso y profanó su culto.
¿Qué valió resistir? Como las olas
Del Océano sañoso,
Cuyo ímpetu la roca no quebranta,
Así lánzose el musulmán furioso
Sobre el mísero griego;
Sejó la cimitarra su garganta,
Y su rica campaña asoló el fuego.
¡Y la Grecia es esclava! — ¡Ay! ¿Qué se hicieron

Sus antiguas hazañas? ¿Cómo pudo
 Apagarse la antorcha luminosa
 Que aún hoy la senda del saber nos muestra;
 La antorcha que en otra época dichosa,
 Hizo á la Grecia universal maestra?
 Todo, todo pasó. ¿Más por ventura
 La sangre que heredaron
 Los hijos de Milciades y Leonidas,
 Sin sublevarse de ira entre las venas
 Consentirá la servidumbre dura?
 ¿Arrastrará por siempre las cadenas
 Una nación que en perdurable gloria,
 Recuerda en cada sitio una victoria,
 Y en cada tumba un héroe? No — Bramando.
 De indignación, Botzáris se levanta;
 ¡Fuera tiranos! grita, y á su acento,
 Renace el valor griego en el momento,
 Y la infame cadena se quebranta.

Y arde en furor el musulmán entonces,
 La Grecia inundan sus terribles haces,
 Las campañas feraces
 Retiemblan al estruendo de los bronces,
 Y desastrosa guerra
 Truena en los mares, cual tronó en la tierra.

¡Ay de la humanidad! La temblorosa
 Ancianidad, el ternezuelo infante,
 La inmaculada virgen y la esposa
 Envueltos caen al golpe fulminante
 De la cuchilla idólatra: atronando
 Pérfida mina estalla;
 Y en escombros volando
 La mísera ciudad, el Turco mira
 Allanarse del muro la ancha valla,
 Y del estrago con placer se admira.
 ¡Bárbara atrocidad! Pero si el hado
 Puede de un pueblo decretar la ruina,
 La humillación amás, y el que con gloria
 Entre escombros parece sepultado,
 Para nunca morir vive en la historia,

Y deja al mundo de su fama lleno.
Así clamaba el desgraciado Heleno,
Y ardiendo se lanzaba
Tras el pendón de libertad glorioso,
Que en sus manos Botzaris tremolaba.
Aquí se estrella en la feroz falanje,
Y, si muere matando,
Cae con placer bajo el filoso alfanje.
Allí entre las murallas estrechado
Por el brutal Bajá, solo en la tierra
Lucha contra las plagas de la guerra.
Gran tiempo el muro á su defensa sirve;
Pero el golpe feroz y redoblado
Sucumbe Missolonghi contrastado.
; Qué importa? Se estrellaron, se rompieron
Bramando las legiones otomanas;
Y si después la fuerza y la fortuna
El laurel, no la gloria, les cedieron,
Subre ruinas no más, á sangre y fuego,
Logró Ibrahim plantar la media-luna,
Pero no al yugo sujetar un griego.
¡Llor á Missolonghi! Los valientes
Que en sus gloriosas ruinas perecieron
Piden venganza aún. Pero no envano
La griega sangre se vertió á torrentes
En tan tremenda lid; también mezclada
A raudales hirvientes
Corrió sangre otomana en cien batallas;
Y también desolada
La orgullosa y feroz Constantinopla
Clamor de muerte en torno á sus murallas
Oyó vagar mil veces, y los lutos
Que entonces sus murallas revistieron
Digno olocausto para Grecia fueron.
Y mientras horrendo Marte
Siembra por todo el funeral estrago,
Y, al flamear de mortífero estandarte,
La ruina truenada se oyó el amago;
Mientras la humanidad despedazada

Alza el clamor á la celeste esfera,
 Del Eterno implorando la clemencia;
 ¿Será que Europa entera
 Tolerará con fría indiferencia
 La desastrosa ruina
 De los hijos de Esparta y Salamina?
 ¿No es que el caudal honroso
 De luces, con que brilla el europeo,
 Con empeño afanoso
 Lo bebiera en las fuentes del Liseo?
 ¿No es de Grecia su gloria? ¿En sus escritos
 Los sabios no pagaron
 De alabanza el tributo respetuoso
 Á la nación ilustre que imitaron?
 Todo, todo es verdad: ¿y como ahora
 Á la faz de la Europa en voz doliente
 Favor la Grecia escarnecida implora
 Y el escarnio de Grecia ella consiente?
 ¿Y siempre será así? No: que aún vivía,
 Para honor de Inglaterra,
 El hombre grande á quien el siglo llora,
 Y llorarán los libres de la tierra;
 El Ministro ilustrado, en cuya mano
 El poder fué consuelo al oprimido
 Y freno al opresor. ¡Eterna gloria,
 Llanto sin fin á CANNING! Era digna,
 Digna era de su nombre esclarecido
 La generosa empresa
 De protéjer al griego desvalido.
 Él en su mente la abrigó primero,
 Y si al bajar á la callada huesa
 No la vió realizada,
 Y no dejó la humanidad vengada,
 Tal vez á su llamado se formaba
 Entonces ya la liga que aquel día
 El Cielo en su justicia destinaba
 Á humillar de los Turcos la osadía.
 Y este día lució: que al fin sintieron
 Los monarcas de Europa en sus oídos

Del oprimido griego los gemidos,
Y un freno al opresor poner quisieron,
Su voz, alzada entonces, preparaba
Una tregua al furor: el crudo acero,
Tras tantos años de combate fiero,
La primer vez entonces se envainaba;
Y, en la fé de la tregua reposando,
Crédulo el griego á descansar se daba.
¡Y era muerte el descanso! ¿Cuándo, cuándo
La fé se alberga en los feroces pechos?
¿Cuándo de las naciones los derechos
Respetaron los bárbaros? Bramando
De furor, y sedientos de matanza,
El idólatra aleve se abalanza
Sobre el tranquilo é indefenso griego;
El acero y el fuego
Propagan la cruel carnicería,
Y los mónstruos, con júbilo batiendo
Las manos todavía ensangrentadas,
Se aplauden de su infame alevosía.
Al escándalo horrible conmovida,
Estremecióse Europa, y al instante
Alzóse á la venganza apercebida.
Entonces vióse numerosa flota
Surcar el ancho mar, que, furibundo,
De las tres partes del antiguo mundo
Las altas costas bramador azota;
Y, sostenido el Dios por sus Tritones,
Alzó la frente desde la honda arena,
Por ver flamear al viento los pendones
Del Ruso habitador del yermo helado,
Del hijo audaz del Sena,
Y el Bretón en los mares afamado.
Hélo al Turco á su vez. ¡Sombra terrible
Del Marino de Albión! No se ha perdido
De tus heroicos hechos la memoria;
No se perdió el ejemplo de osadía
Que al mundo diste un día,
Al sucumbir en Trafalgar con gloria.

Aún tienes sucesores, y el destino
 La suerte de la Grecia hoy ha confiado
 Al Jefe formidable
 Que hará eterna su fama en Navarino.
 ¡Día de destrucción! Rabia implacable
 Las escuadras dirige: en un momento
 Entre el humo y el fuego
 Se envuelve todo en torbellino ciego:
 La muerte por mil bocas arrojada
 A ninguno respeta;
 Abrese el mar al espantoso trueno,
 Y sepulta las naves en su seno.
 ¡Allah! clamaba el hijo del profeta;
 ¡*Por tos fieles allah!* pero era envano,
 Que el cielo no responde á sus blasfemias,
 Y da victoria al pabellón Cristiano.
 ¡Salud, nobles Helenos! Esa liga
 Que en medio de la Europa se levanta,
 Será el apoyo de la causa santa
 Que sostuvistes con tenaz fatiga.
 ¿Ni como abandonaros? ¿O en su boca
 Suena de Dios el sacrosanto nombre
 Solo para con él destruir al hombre,
 Sin que brillen las armas en sus manos
 Para librar del yugo de Mahoma
 Una nación de mártires Cristianos?
 ¡Ah! tal no puede ser: acaso en breve
 Lucir veremos la feliz aurora
 De nuestra libertad; y los desastres
 Que la afligida humanidad hoy llora
 Cesarán para siempre. Pero en tanto
 Sabed que hay, de este lado de los mares,
 Una nación que os apellida hermanos,
 Donde la libertad tiene su templo,
 Y que sabrá, siguiendo vuestro ejemplo,
 Sucumbir sin rendirse á los tiranos.

Al 25 de Mayo de 1826

ODA

Otra vez raya el día, el grande día
En que la patria á su esplendor naciera;
Y el mismo sol que su eternal carrera
Desde la creación sigue inmutable,
Diez y seis años ha que mira al cabo
Libre é independiente
El mismo continente,
Que tres siglos enteros miró esclavo.

Quién tanta gloria obró? Cuál fué la mano
Que tronzó la cadena envejecida,
Que este mundo ligaba al otro mundo,
Atado al pié del trono de un tirano?
El noble americano
Un día se cansó de vejaciones,
Se avergonzó del nombre de colono;
Y, al golpe de su brazo, á lo profundo
Cayó con el tirano hundido el trono.

Mayo miró romperse las prisiones:
Mayo miró el prodigio. Desde entonces,
En vez de la cadena ignominosa
Que con el mundo opuesto nos unía,
Nos unen hoy á todas las naciones
Los vínculos honrosos
Del comercio y la industria. ¡Cuánta gloria
Preparó un solo día,
Un día afortunado
Para vengar ultrajes reservado!

Y este día es el de hoy. La triste Iberia
Hoy más que nunca los desastres siente,
La ruina y la miseria
Que su orgullo tenaz le ha preparado.
En el suelo de América ha agotado
Su poderío ingente;
Y con que contener no tiene ahora
A la rueda inclemente
Del carro en que se arrastra entre sus pueblos
La civil disensión asoladora.
¡Pobre España! Contempla en este día
Como los hijos de Colón celebran
Su gloria y Libertad: y tu entretanto
Por lanzar de tu seno á la anarquía
Te fatigas en vano;
Y no lo lograrás mientras tu brazo
No acabe por el pérfido tirano
Que en tu vida se ceba,
Y al precipicio sin piedad te lleva.

Pero tú serás libre cual nosotros,
Déjate conducir por los que miran,
España por tu bien; por los que aspiran
Á salvarte del fin triste y sangriento,
Que, si te obstinas, por tu mal te espera.
Mira al rico Bretón, en el momento
Que sintió que la América rompía
El último eslabón de su cadena,
Como reconoció nuestros derechos;
Y los hijos del Sena
Á seguir este ejemplo se preparan.
Síguelo tú, y verás en el instante
Que tu impotencia desvalida amparan
Contra tus despiadados opresores;
Síguelo tú también y que otro Mayo
Mire apagado de la guerra el rayo,
Mire al fin extinguidos los rencores
Que por tu injusta saña
Ardieron entre América y España.

Y lo verá otro Mayo; y tal vez sea
Nuevos triunfos del fuerte americano;
Y nuevos escarmientos de un tirano,
Que aún nos provoca á la feroz pelea.
En el centro de América se ostenta
Un trono, de delitos circundado,
Y el vil usurpador que en él se sienta
Caerá dentro de poco; ya no es dado
Más tiempo al despotismo
Alzar en nuestro suelo su estandarte.
¿Pero que mucho? Sí en el seno mismo
Del Brasil ya se lanza
De Libertad el grito, y se reparte
Doquier su fuego santo, que no alcanza
Á sofocar el débil poderío
De su opresor injusto: ya tus hijos
Se acuerdan de que son americanos,
Y aspiran hoy á ser nuestros hermanos.

Sí, pueblos, lo seréis: la causa vuestra
Nuestra causa será: de nuestras manos
No caerán los aceros que empuñamos,
En tanto que entre escombros sepultados
El trono y el tirano no se vea,
Y por la luz de Mayo hoy os juramos
Triunfar ó perecer en la pelea.

Juan María Gutiérrez


NACIÓ en Buenos Aires el 6 de Marzo de 1809. Durante sus estudios se distinguió en las matemáticas y en *humanidades*, como entonces se decía.

En 1843 abandonó su patria á causa de las persecuciones de que era objeto por los sicarios de Rosas y recorrió el viejo mundo, estableciéndose á su vuelta en Chile en donde dirigió la Escuela Naval.

En 1851 pasó al Perú haciendo estudios literarios y por fin, caído el tirano, volvió á su patria para ocupar los elevados puestos de Diputado en la Asamblea Constituyente de 1853, Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación y Rector de la Universidad de Buenos Aires, en cuyo empleo fué jubilado en 1873.

En *El Correo del Domingo* publicó la novela *El Capitán de patricios* y varios rasgos biográficos de escritores notables como Echeverría, Luca, Varela (J. C.) y otros. También publicó unos *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina* (Buenos Aires, 1860); *Pensamientos, máximas, sentencias, etc., de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina; Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos, anteriores al siglo XIX* (1865); *Orígenes del arte de imprimir en la América española* (1865); *Composiciones selectas escritas por poetas sud-americanos, tanto modernos como antiguos* (1867); *Noticias históricas, etc., sobre la enseñanza pública* (1868); *Poesías por Juan María Gutiérrez* (1869); *Obras de Florencio Balcarce* (1869); *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan de la Cruz Varela* (1871). Redactó con Lamas y López la *Revista del Río de la Plata* (1872-1877). En 1874 editó las obras de Echeverría, tradujo la *Vida de Franklin* por Mignet y la de *Washington* por Guizot. Escribió también textos elementales de Geografía é Historia americana.

Falleció en Buenos Aires el 26 de Febrero de 1878.



La bandera de Mayo

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón,
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cuál águila en acecho se alzaba sobre el mundo
Para saber qué pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos
La libertad clavaba donde clavaba el pié.

Al cóndor de los Ándes las alas no pudieron
seguir en sus victorias al pabellón azul;
Ni la pupila impávida del águila un momento
Pudo mirar de frente su inestinguible luz.

Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
De nuestra gran familia el apellido es él:
Dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas,
Mañana en torno suyo se abrazarán también.

Valparaiso, Mayo 25 de 1846.



Á Mayo ⁽¹⁾

Triunfos y glorias en la lira mía
Deben hoy resonar. Cese el gemido
Que en torno al polvo del campeón caído
Lanzára el alma en pavoroso día.

Vengan hoy á mí sién palmas vérdosas,
Porque el mústio crespón que anuncia llanto
Nubla la mente que levanta el canto
Al nivel de victorias portentosas.

Palma á mi sién! mas palma entrelazada
Con albas cintas en azul teñidas,
Colores que á la vez son bien queridas
Del cielo hermoso y de la patria amada.

Palma á mi sién, recogimiento á mi alma
Sublime majestal á la voz mía,
Dad ¡oh Dios mío! dispensador del día,
Como dais tempestades y dais calma.

Todo es tuyo, Señor, en mi creencia:
Prodigios de los hombres y conquistas,
Creaciones de vates y de artistas,
Son obra tuya no de humana ciencia.

Jamás alcé mi pensamiento al cielo
Á contemplar las luces de tu gloria,

(1) Esta poesía fué laureada en el certamen poético de Mayo, celebrado en Montevideo el año 1841.

Sin tener, Señor, en la memoria
Y sin mirar complacido al cielo.

Y cuando pude comprender un día
Lo que hicieron los próceres de Mayo,
Ya comprendí también que ardiente rayo
De tu luz divinal les dirigía.

Por eso al destello
De rayo tan bello,
Marcharon seguros
Á quebrar los muros
Que al genio y riqueza,
Con torpe vileza,
La mano ponía
De la tiranía.

Alzaron potentes la voz
La voz, y las gentes
Las voces oyeron.
Son ellos, dijeron,
Que traen en la frente
La lumbre esplendente
De la libertad.
Marchemos! marchad!

Los tiernos infantes
Que en llanto, anhelantes,
Las madres dejaban;
Donceles que amaban
A ángeles del cielo
No á séres del suelo,
Deleites huían,
Gozosos venían.

Y en vano la mano
Del tiempo, al anciano
Las sienas le hiela,
En vano, que vuela

Llevando en los ojos
Venganza y enojos;
Pues siente con pena
Que arrastra cadena.

Tal cual oprime en círculos inestables
El ancho Paraná sus frescas islas
En belleza y verdor inimitables,
Y en voluptuoso abrazo
Parece que les presta su regazo;
Así la muchedumbre
Cerca á los hombres que inspirados vienen
Del alto pensamiento,
De alzar el monumento
De libertad que meditado tienen.

Y aquella muchedumbre,
Pasmada mira y silenciosa escucha,
Como que espera ver brotar la lumbre
En medio á las tinieblas con que lucha.

“No más de hoy tiranía:
No más vasallos ni pendones regios
Crucen las calles de la patria mia
Con servil y demente regocijo.”
Así una voz profética les dijo,
Y el pueblo con silencio la escuchaba
Y á proseguir, atento, la alentaba
Y la voz prosiguió: Sois escogidos
Para llevar un mundo en las espaldas,
Y derramarlo en las plateadas faldas
Que dilatan los Andes engreidos,
Y en los desiertos de la inmensa Pampa,
Y en los pasmosos ríos de la estampa
Del rostro del Señor se vé riendo
Y de ese mundo cual de fértil grano
Que bajo el surco el labrador encierra.

Irán otros naciendo
Cada uno libre, ilustre y soberano
Benedicidos del cielo y de la tierra
Grande es vuestra misión. No os amedrente
El altivo poder de la España,
Ni el odio de esos ricos infanzones
Que llevan corazón en las entrañas
Duro como el metal de sus blasones.

Soplaréis en la frente
Del rey soberbio que temblando vemos,
Y ese coloso de poder humano,
Ese dueño mentido de la vida
Burla provocará con su caída;
Y al que cual sierva grey obedecemos
Pigmeo mediremos con la mano.
Los pueblos crecen como el hombre crece
Y en la vida de un pueblo son los siglos
Lo que en el hombre el círculo de un día:
Para ellos la razón tarde amanece
Tras larga noche de tiniebla fría,
En que creen en mentiras y vestigios.

Así nuestros pasados,
Vivieron ante el trono arrodillados,
Creyendo ilusos que de Dios venía
Esa barra de hierro con que hería
Un hombre ungido en la apocada frente.

Más hoy omnipotente
Se alza la magestad de un pueblo entero,
El vestirá las armas del guerrero
Y á la luz de la gloria caminando
Y á la luz de la gloria reflejando,
Ofuscará los falsos resplandores.

De la real diadema;
Hombres libres tendrá por servidores
Y el astro de los Incas por emblemas,

Así una voz profética les dijo,
Y el pueblo silencioso la escuchaba
Y á proseguir, atento, la alentaba,
Y la voz prosiguió: Llevemos fijos
Dentro del alma un santo pensamiento.

Un magnánimo intento:

Somos desde hoy pontífices y reyes

El faro que pisamos

Y que al nombrar la historia

Se dará el apellido de Victoria,

Es en este momento la aleatoria

Urna que encierra los benditos nombres

De los que han de dar leyes

Á los presentes y futuros hombres,

Bajad la vista y contemplad la infancia

Que alegra al suelo como flor caída

Del árbol de esperanzas y de vida;

Miradla y recordad nuestra ignorancia,

Disipemos la noche de su alma.

Ilustrando su mente

Y dándola á beber en la ancha fuente

Que fecundiza del saber la palma,

Infundid en su seno

Santo amor de virtud y de justicia

Y odio implacable á la infernal malicia.

Corroedor veneno

Es el saber sin la virtud. El vicio

Suele el incienso mundanal propicio

Encontrar bajo techos altaneros,

Como bajo el azahar de naranjeros,

En lecho de zahumados vegetales,

Descansar espantosos animales

En los bosques de América la bella.

Mas la virtud hermosa

En medio de la tierra tenebrosa

Brilla como en los cielos una estrella.

Así una voz profética les dijo ,

Y el pueblo con silencio la escuchaba,

Y á proseguir, atento, la alentaba,

Y la voz prosiguió: Largo y prolijo
 Fué el largo dominar del despotismo:
 Código de egoismo
 Con ultrajantes leyes nos regia
 Y en menos nos tenía
 Que á bestia dócil la altanera España.
 Mas no á venganza ni ardorosa saña
 Os aliente mi voz y es de cobarde
 Teñir en sangre la coyunda rota,
 Hacer que el fuego del furor en que arde
 Cubra el campo inferir de la derrota,
 Y aguzar en los grillos
 El filo vengador de los cuchillos.
 Piedad y compasión por el vencido!
 Generosos y humanos
 Respetemos el llanto del caido
 Y á los hombres miremos como hermanos.
 Así cuando la enseña despleguemos
 Y al aire puro sus colores demos,
 Los pueblos más lejanos.
 De amor riendo y de placer henchidos,
 Hélos ahí, nos dirán, los escogidos;
 Y vendrán á nosotros atraidos
 Por esa luz que la virtud derrama
 Inflamando los pechos con su llama.
 Vendrá del polo el hombre endurecido
 Y el rudo habitador de las montañas;
 Y el invierno aterido
 Que les heló la sangre en las entrañas,
 Verán trocado en dulce primavera
 Bajo este cielo que el Señor nos diera.
 Y, creéis que él hiciera
 Rios cual mares y mineros de oro,
 Y llanos de verdura deliciosa,
 Y las fragantes brisas del desierto,
 Y ese ruisenío azul de nuestro día,
 Y esas mujeres del amor tesoro,
 Para solo saciar la codiciosa
 Sed de un imperio á las virtudes muerto,

Pero vivo al placer y altanería?
No, que cuando la mano
Se abrió de Dios bondadoso y soberano
Y puso entre las nubes de occidente
A su América virgen é inocente;
Dijo. Bendito suelo,
Tú del mundo caduco y enviado
Serás la primavera y el consuelo
Como hijo de ese padre ya cansado.

Cesó el discurso del varón prudente. . . .
Contempló con amor la muchedumbre,
Y de sus ojos y apacible frente,
Brotaron rayos de divina lumbre.

Y luego absorto en actitud sublime
Dió rienda al pensamiento soberano;
Vió en lo futuro el pueblo que redime,
Y complacióse en la obra de su mano.

Sin duda entonces, en su potente seno
Ondas de gozo férvidas bullían,
Plácidas cual la risa de Dios bueno
Cuando los mundos y la luz nacían.

Pero, tal vez, como celaje espeso
Que cruza el cielo y entristece el día,
La duda vino á descargar su peso
Y el placer de aquella alma turbaría.

Que siempre sigue el alto pensamiento
Religioso pavor de incertidumbre,
Y el corazón que abraza un grande intento
Trepida cual de un astro la bislumbre:

Más no desmayo en su mirar mostrará
Que era tan fuerte como su obra el justo,
Y el varón no temiera ni temblára
Llevando el pecho amurallado al susto.

Así Colón un día
 Tuvo la inspiración de un pensamiento
 Y con esa constancia y ardimiento
 Que da al pecho la fé de quien confía,
 A los ignotos mares dió la proa;
 Volvió la espalda al trono de la aurora
 Y su altanera frente
 La fijó en los misterios de occidente.
 La envejecida tradición le muestra
 En los pilares de Hércules escrita,
 Cifra fatal que la ambición limita
 Y cierra allí los lindes de la tierra.
 Le muestra, pero en vano
 Que él alza ya su prepotente mano
 Y más pujante que el mentido Alcides
 Se prepara á las lides
 Que vá á ofrecerle el irritado océano
 Falta la estrella al polo,
 Y la barra imantada, misteriosa,
 Cual de pavor turbada y temblorosa
 Abre torcida y estraviada vía.
 Ya los cansados linos
 Silban, y crujen los nadantes pinos, ,
 Y la onda hinchada pavorosa truena;
 Y la algazara del motín resuena,
 Y todo es confusión . . . Pero una frente
 Se levanta radiosa é inspirada
 Y de calma y de fé toda bañada
 Descuella en medio á la alterada gente
 Y les vuelve la paz mostrando un mundo.

No en vano entre dos fajas de victoria
 Colocaron al Sol nuestros mayores,
 Y miraron el rostro de la gloria
 A la luz de sus fúlgidos claros.

No en vano espiaban su primer destello
 Para encender el bronce de la almena,

Para humildosos inclinarle el cuello
Libre ya del pesar de la cadena.

Porque es astro de vida y de esperanza
Y esperanzas y vida infundió Mayo:
Si las luces del sol dan la bonanza
La libertad alienta con su rayo.

El pensamiento de Mayo
Fué una sublime esperanza
De dicha que no se alcanza
Sino en volcar del tiempo:
Porque las obras humanas
Crecen entre las espinas
O trócanse luego en ruinas:
Que desbaratan los vientos.

Maldito! maldito el hombre
Que al oír bramar la tormenta
Que las pasiones fomenta
Con soplos enardecidos,
Cruza las manos al pecho
Desmayando en la esperanza
De ver lucir la bonanza
Y el porvenir prometido.

¿Qué son en la eterna vida
De pueblos que ayer nacieron,
Los instantes que perdieron
Por extraviados caminos?
Qué son las gotas de sangre
Que salpicaron el suelo?
¿Qué son el llanto y el duelo
Que alguna vez padecemos?

Qué son, sino un pobre grano
De la ancha playa de un río,
Bebe gota de rocío
Que se mezcló con los mares?

Qué son sino leves nubes
Desatadas por el viento,
Acrecentando un momento
La sombra en las tempestades?

Bendito! bendito el hombre
Que espera y marcha brioso
Por un sendero espinoso
Confiado en el porvenir,
Y fuerte de fé y constancia
Ni se queja ni maldice
Al oír voz que le dice:
¡Adelante, proseguid!

Y habrá quien reniegue del gran pensamiento
Sublime, esplendente, como el firmamento
Que Dios sonriendo gozoso formó?
Habrá quien mezquino la mente apocada
No enalce á la altura que está reservada
Al pueblo que en Mayo—soy “¡soy libre!” exclamó?

No ve en lo futuro cruzar por los mares
Azules pendones llevando á millares
Los frutos ópimos de un mundo feliz?
No mira naciones hasta hoy altaneras,
Rendir debeladas sus regias banderas
Y al hijo del Inca doblar la cerviz?

No mira en palacios y en pobre cabaña,
No mira en los llanos y en la alta montaña,
Cual linfa tranquila la vida correr?
No escuchas los himnos que suben al cielo
Cantados por libres que cuajan el suelo,
Así que la aurora comienza á nacer?

No mira ondulante la inmensa llanura
Con mieses doradas, con rica verdura
Que en dulces afanes la frente regó?
No advierte ya mudos los ecos de guerra,

Y en vez de cañones rodar por la tierra
Pacífico invento que el arte formó?

No mira la prole robusta y hermosa,
Cual frutos benditos en torno á la esposa
En ciencia y virtudes y en años crecer?
Y al padre, que toma, gozoso en el brazo
Su hijuelo postrero que abriga el regazo
No ve cual le baña de amor el placer?

Revuelve en su mente la historia pasada
Con sangre en el bronce por siempre grabada
Pensando en los padres de entonces y en él;
Y suelta en suspiros la dicha del seno
Diciendo: yo gozo de día sereno
Porque otros bebieron el caliz de hiel.

En pecho preclaro y en mente lucida,
La fé resplandece con llama encendida
Mostrando los tiempos que están por venir;
Infunde colores fecundos al suelo
Y pintan su lampo la curva del cielo
Con iris variados de bello lucir.

Nada faltó á tu gloria ¡patria mía!
Cuando armada en guerrero te mirabas
Y la azulada enseña encaminabas
Donde más resplandece el rey del día.

Entonces por diadema de tu frente
Llevabas mil pendones empolvados
Y bélicos trofeos conquistados
Al extranjero audaz en lucha ardiente.

Aclamábante, entonces, poderosa,
Las salvas del cañón en las almenas,
Los himnos de tus hijos sin cadenas
Y la voz de tus vates armoniosa.

Voz de tus vates queridos
 Que cuerdas de oro pulsaron
 Y á las gentes te mostraron
 Velada de resplandor:
 Que con las chispas del genio,
 En la memoria del hombre
 Dejaron tu santo nombre
 Escrito como el de Dios.

Sí, fué la voz de tus vates
 Para anunciar tu grandeza,
 Para anunciar tu belleza,
 Para anunciar tu esplendor;
 Como es el eco del trueno,
 Como es del mar el bramido,
 Para anunciar el temido
 Enojo del Hacedor.

Oh! sí, la voz de tus vates
 Fué un torrente de armonía
 Que solo por tí corría,
 Solo tus plantas besó;
 Y su linfa cristalina
 Que á nada humano tocaba,
 Solo á tí te reflejaba
 Con entusiasmo y amor.

Allí te miraste, oh! madre,
 Cual madre alguna se viera,
 Levantada hasta la esfera
 Donde brilla eterno el sol.
 Era tu gala la gloria,
 Y nubes te coronaban
 Del incienso que quemaban
 Hombres libres en tu honor.

Ay! esos vates queridos
 Que tanto lustre te dieron;
 Todos, todos perecieron

Sin renegar su misión;
Unos cayeron envueltos
En el polvo del combate,
Otros al terrible embate
Del infortunio y dolor.

Murieron, pero dejaron
La fama que no perece,
Como esa luz que anochece
Vuelve con más resplandor;
Su muerte fué cual la nube
Que ofusca un momento al día,
Y redobla su alegría
Cuando se disipa al sol.

Descansen en el seno omnipotente . . . !
Ya nuevos bardos alzan su cantor,
Perfumando de aromas el ambiente,
Puras como la mirra del altar.

Suenan hoy en los liros, inspirados
Himnos al mes de gloria y libertad,
Que escuchan los mortales admirados
Pendientes de su gracia y magestad.

Y yo también sobre la sién de Mayo
Quise una flor humilde deponer:
La mano del dolor la arrancó al tallo;
Qué otra ofrenda el proscripto ha de ofrecer!

Montevideo, 1841.

Luis L. Domínguez

NACIÓ en Buenos Aires el año 1810. Poetalírico por excelencia, ha producido estrofas como las tituladas *El Ombú*, *A Montevideo* y *El 25 de Mayo de 1810* en su aniversario de 1844.

En 1839 había publicado ya algunas poesías, y emigrado en Montevideo se mostró buen periodista, colaborando en los diarios que combatían la tiranía de Rosas.

Después de Caseros volvió á Buenos Aires y redactó *El Orden* (1856).

Fruto de sus investigaciones históricas es la *Historia Argentina*, que ha interrumpido, no publicándose más que el tomo primero, que comprende el período colonial; el mérito de este libro estriba principalmente en la rectitud de la crítica histórica y en la verdad de los hechos en él consignados. La segunda edición apareció en Buenos Aires el año 1862 y la tercera en 1870.

El Sr. Domínguez fué Ministro de Hacienda, diputado provincial y nacional, desempeñando después el cargo de Ministro plenipotenciario en varios países americanos y actualmente (1888) en Europa.



A Mayo

EN MONTEVIDEO, EL AÑO 1844

*Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobió,*

(HIMNO ARGENTINO.)

I

No era el cañón guerrero el que tronaba
Cuando el sol de este día se elevaba;
No era el cañón que guarda los umbrales
Del templo de las leyes orientales,
Y sujetó á la furia del torrente
Que á tragarlos venía en su corriente.
Era el grito gigante con que expresa
Su libertad un pueblo y su grandeza;
Era el eco de bronce de la historia
Que pregona de América la gloria;
Era la voz tremenda que retumba;
Era que el sol de Mayo se mostraba
Y la América toda le adoraba.

Y otra vez, sol hermoso, yo te adoro!
Otra vez en tu honor la musa mía
Pulse las cuerdas de la lira de oro,
Y en ofrenda te lleve su armonía.
Á ese sol que los Incas adoraron
Cuando suyo era el suelo que pisaban,
Cuando extranjeros gritos no turbaban
El aire que sus padres respiraron;
A ese sol que la sangre Americana
Que el acero español vertió á torrentes,
Bebía con sus rayos más ardientes

Porque brotase un día más lozano:
Á ese sol que miró de sus alturas
Germinar y nacer el pensamiento
Que dió á mi pátria varonil aliento
Para rasgar sus viles ataduras;
Dios de América; á tí ¡oh sol de Mayo!
Otra vez cantará la musa mía;
Y al calor vigoroso de tu rayo
Loñ tonos templará de su armonía.

II

Bien conoce el mundo entero
Tu historia, grandioso día;
De mis padres el acero
En cien campos la escribió
Y si no supiera leerla
Esos *sabios* de la Europa
Vayan á España á saberla
Que á su pesar la aprendió.

Era un ser que se escondía
Entre los mares América,
Que Colón cautivó un día
Para la grande Isabel.
Luego víctima inocente,
De infernales ambiciones,
Dobló mísera la frente
Bajo el yugo más cruel.

Más al fin el pecho noble
Por la libertad latiendo
Vigorosa como el roble
Sus cadenas destrozó;
Y aquel león castellano
Que á la América assolaba,
Fué arrojado en el Océano
Y á su España se volvió.

Bien conoce el Universo
 Á Bolívar á Belgrano,
 Á San Martín; ni mi verso
 Nombra primero al Perú,
 Do nuestros padres cortaron
 Los magníficos laureles
 Que en las banderas colgaron
 De Ayacucho y de Maypú.

Y conoce el mundo entero
 Las hazañas prodigiosas
 El espíritu guerrero
 Del continente del Sur,
 Y el genio audaz que guiaba
 Á Castelli y á Moreno,
 Y que á López inspiraba
 Y á Varela y Lafinur

Y es sabido también en todo el mundo
 El pensamiento colosal, profundo,
 Que en el silencio y calma meditaron
 Esos que en Mayo *¡Libertad!* clamaron.

Derramando destellos refulgentes
 De aquellos pensadores y altas frentes,
 Por el hermoso Americano suelo
 Difundía una luz como del cielo;
 Y á la voz *Libertad y Democracia*.
 Con candor virginal, llena de gracia,
 Comenzó andar la América la bella
 Por una fácil y florida huella
 Que guiaba á encantado Paraiso
 Donde todo era paz y dulce hechizo.

Mas una de sus hijas, la primera
 Que el eslabón despótico rompiera,
 En la marcha perdiendo el buen sendero
 Se encontró, por su mal, con un guerrero

Que á un bosque de laureles al instante
La señaló diciéndola: ¡adelante!

La ninfa fascinada ó atrevida
Al bosque penetró . . . quedó perdida!
Allí todo fué caos y tinieblas;
De lágrimas y sangre había nieblas:
El suelo porque andaba á tropezones,
Era un erial do mil revoluciones
Como horribles serpientes venenosas
Rodaban enroscándose furiosas.
Los ayes del dolor más penetrante,
Conturbaban el aire cada instante;
Y cuando ya cansada, en agonía,
Al borde del sepulcro poesía,
Del moribundo en la postrera rabia
Pronunció en un quejido: Rivadavia!...
Y cual cediendo á celestial prestigio
En el caos terrible obró un prodigio.
Rasgóse el tenebroso, espeso manto;
Y al través de las nubes de su llanto,
Divisó por los cielos como un rayo.....
Era tu luz divina ¡oh sol de Mayo!
Era tu luz hermosa y primitiva,
Que en la cuna quedara ya cautiva,
Que el genio y la virtud salvan ahora
Porque otra vez te muestres en tu aurora.

Entonces, Buenos Aires, las naciones
Con respeto miraron tus pendones;
Entonces resonó por todo el mundo
El pensamiento colosal, profundo,
Que en el silencio y calma meditaron
Esos que en Mayo *Libertad* clamaron;
Y demandaste á la serena historia
Lugar eterno de brillante gloria.

III

Más ay! que en los pajonales
De la Pampa solitaria
Está creciendo en maldades
En sed de sangre feroz,
El tigre que aguza el diente
Para morderte, mi patria,
Y desgarrar inclemente
Tus miembros con furia atroz.

Y arrojar á sus cachorros
Tu bello cuerpo en pedazos
Y de tu sangre en los chorros
Sus gargantas emparar;
Y así con rabia maldita
Ebrios de horror y ruina,
Alzar furibunda grita,
Y entre crímenes marchar.

Y salió al fin de la Pampa
Bajo disfraz de cordero
Para mejor á la trampa
Á la víctima atraer;
Y mi patria desdichada
En las garras asquerosas
Del tigre, del monstruo Rosas
Incauta vino á caer.

Y cuando en mortal desmayo
La vió el hipócrita gaucho,
Á la cincha del caballo
La arrastró sin compasión,
Y allá en la pampa salvaje
Con las uñas carniceras
Tuvo el bárbaro coraje
De arrancarla el corazón.

Y alzándolo por los aires
En el sangriento cuchillo
Exclamaba:—Oh! Buenos Aires!
En donde está tu poder?
Y clavado en duros hierros
À carcajadas riendo
Lo mostró impío á los perros
Zuzándolos á morder.

Y en la picota infamante
Escribió por más escarnio:—
Acércate caminante
Aquí está la *Gran Ciudad!*
Y en la aurora del gran día
Iba su chusma salvaje
À cantar en parodia:
Oid mortales: Libertad!

Las banderas y trofeos,
Las ricas glorias del Plata,
Con los sarcasmos más feos
Intentaba deslucir;
Porque los que eran gusanos
Cuando otros eran cóndores,
Quiere: con fango, villanos,
À los cóndores herir.

Y la fecunda simiente
Que nuestros padres sembraron
Y á nosotros nos legaron
Para sus frutos coger,
El tigre con cruda saña,
Incapaz de anonadarla,
Sofocaba con zizaña
Donde empezaba á nacer.

Pero la semilla hermosa
Bajo de tierra escondida,
Con el tiempo más nutrida,

En perfecta madurez,
 Esperará un nuevo rayo
 Del calor vivificante
 Que tuviste, Sol de Mayo,
 El inmortal *año diez*.

Y tu, vestiglo, demonio,
 Te volverás á tu infierno,
 Y tu nombre será eterno
 Recuerdo de odio y de horror;
 Y las viejas al nombrarte
 Tomarán sus crucifijos,
 Y con tu nombre á sus hijos
 Pondrán las madres pavor.

Esclava así la que nació señora,
 Segunda vez sobre sus fierros llora,
 Y llora con dolor la hija del Plata,
 Porque el tirano que sus brazos ata
 Si no es de aquella raza de extranjeros
 Que,—mercaderes, frailes y guerreros,—
 Cargados de cadenas se venían
 Y cargados de plata se volvían;
 Que la ley predicaban del Dios hombre
 Para mandar como amos en su nombre;
 Es un hijo bastardo de su suelo
 Que—alma de fango, corazón de hielo—
 No recibió de Mayo la influencia,
 Renegó, miserable, su creencia,
 Y encarnó en él el último latido
 Del despotismo Ibérico vencido.

Por eso le miramos incesante
 Ir socabando el pedestal gigante
 De la Revolución;— por eso todo
 Cuanto en pié resistió, con sucio lodo
 De sarcasmo y blasfemia ha deslustrado;
 Por eso, ¡oh Buenos Aires! te ha humillado;
 Por eso tuvo la infernal audacia

De desdorar la santa democracia,
 La plebe embrutecida levantando
 Y sus tropas pasiones fomentando,
 Para que hundida en asqueroso vicio
 - Se derrumbe al horrendo precipicio
 Mientras él sin el freno de las leyes
 Remeda imbécil los feudales reyes;—
 Por eso es que confisca y que destierra;
 Por eso vive en fratricida guerra;
 Y por eso el cuchillo más horquero
 Degüella sin piedad al extranjero,
 A la débil mujer, al ciudadano;—
 Y por eso su imagen de tirano
 Al templo fué á pedir adoraciones,—
 Y por eso sobre él mil maldiciones!!!

IV

Ardiendo un día en fiebre de matanza
 Concibe ese tirano la esperanza
 De oprimir con su pié la bella frente
 De la joven República de Oriente,
 Y uncida con su hermana al mismo yugo,
 Continuar sus proezas de verdugo.

Vinieron sus hordas;
 Los campos llenaron;
 Con sangre marcaron
 Su marcha triunfal.
 Soberbios clavaban
 Sus lanzas de guerra
 Gritando: "Esta tierra
 Ya no es Oriental.

Do están los que intentan
 Probar nuestros sables?
 Querran miserables
 La suerte seguir

De Lavalle y de Acha
Y de tantos otros
Que contra nosotros
Osaron venir?

Sabéis nuestra historia?
Ved á nuestra espalda
Cual es la guirnalda
De nuestro valor.
Doquiera estuvimos,
Cabezas rodaron,
Doncellas alzaron
Inútil clamor

Quién oye, y no tiembla,
Nuestra voz de guerra?
Rendirse! Esta tierra
Ya no es Oriental”
Y así los salvajes
Gritando, corriendo,
Venían blandiendo
Su agudo puñal.

Montevideo, y tú, dócil el cuello
Entregarás al bárbaro degüello?
Tú tan dichosa, y rica y adorada
Serás por esas hordas profanada?
No eres tú por ventura la barrera
El único baluarte en quien espera,
La libertad del Plata perseguida
Guarecerse y salvar su hermosa vida?
Tu Genio tutelar, tu Angel de guarda
El incendio voraz dejará que arda,
Que devore y arruine tu belleza,
Y que á Rosas presenten tu cabeza?

No será, pese al tirano!
Que con el bélico arreo
Yo le ví, Montevideo,

A tu Genio tutelar
Salir bizarro á tu frente,
Blandir la pujante lanza
Y *Libertad y venganza*
Con voz robusta exclamar.

Y le ví cruzar tus calles
El patriotismo encendiendo
Y en las masas infundiendo
La conciencia del valor.
Y gritar: "El que nace hombre
no ha nacido para esclavo;
Y el que es libre ha de ser bravo
Si á los grillos tiene horror.

Y al mirarse solo y débil
Sin cañones, ni metralla,
Sin baluarte, ni muralla,
Para poder resistir,
Las audaces creaciones
VÍ del Genio de esta tierra
Para hacer gloriosa guerra
Hasta vencer ó morir.

Á los ricos les decía:—
Qué vale sin Patria el oro?
A su altar vuestro tesoro
En holocausto llevad.
Cámbiense vuestros metales
Por las armas victoriosas,
Que han de dar la muerte á Rosas
Y á la Patria Libertad.

Y decía á los que fueron
En otro tiempo cañones:—
Sacudid mudos leones
Tan vergonzosa quietud;
Vivid y bramad como antes,
Lanzad el rayo y el trueno,

Y al tronar de vuestro seno
Húndase la esclavitud.

Y decía á los extraños:
Al defender mis derechos
Salvaré todos os techos
Que mi egida cubrirá.
Y decid: Si en medio al Plata
Alcanza á un barco el Pampero
Indolente el pasajero
La borrasca mirará?

Y á los suyos les decía
Mostrándoles su bandera:--
Eterna gloria os espera
Si la hacéis pura batir.
El *pensamiento* de Mayo
Sostenéis con los aceros,
Que de Mayo los guerreros
Os legaron al morir.

Y si Dios dijo allá arriba: --
Montevideo sucumba,
Laureada baje á la tumba
Como Cangallo bajó;
Y al pasar frente á sus playas
Diga el nauta con asombro:--
Bajo ese mísero escombros
Un pueblo heróico cayó!

Y así iniciando un grande juramento,
Con tremendo clamor atronó el viento
El grito colosal de un pueblo fuerte
Que repetía: *Libertad ó muerte!*

Sol de Mayo, detente en el espacio
Y mira de tu espléndido palacio
Que aún cultiva tu América querida
El que tu germinaste, árbol de vida.

Ven á ver el esfuerzo sobrehumano
De un pueblo que combate á su tirano;
Y rompe al fin la nube de escarlata
Que tu lumbre ha eclipsado sobre el Plata.

Y tú, Ninfa hechicera de este río,
De Reyes y tiranos codiciada,
Nunca pudiste de ceñir la espada
Que no debieras esgrimir jamás.
Roto una vez de servidumbre el yugo
Para siempre envainar debió el acero
El pueblo que aspirase al verdadero
Lauro envidiable de progreso y paz.

Más la herencia fatal de sus abuelos
Agobiada de América los hombres;
Y al quererse arrojar, en sus escombros
Debía á cada instante tropezar;
Y de ahí, la anarquía y sus horrores,
Y de ahí, la ambición y el egoísmo,
De ahí, Montevideo, el negro abismo
Que encontraste á tus piés al despertar.

Tú, tan rica otro tiempo y tan hermosa,
Una arena eres hoy de lidiadores,
Tu cintura de espumas y de flores
En otras de cañones se mudó.
Los labios de tus bellas que vertían
Dulcísimas palabras amorosas,
Hoy solo expresan su pavor á Rosas,
Su pena por el bravo que espiró.

Conoces el autor de tu desgracia?....
Mira, madre infeliz, hacia el Cerrito
Do su tienda plantó tu hijo maldito
Infamado con marca de traidor;
Y verás las cadenas que te guarda
Al pié de la bandera degradante,

Que revela *la nada* del farsante,
De ese esclavo con aires de señor.

Incapaz de virtud, él no creía
En la heroica virtud de tus campeones
Y al ruido no más de sus cañones
Ya el imbécil rendida te creyó:
Más el Genio que guarda tus destinos
Calada la visera, lanza en mano,
Al frente se lanzó de tu tirano
Y con voz varonil ¡atrás! gritó.

Y como si una mano irresistible
Enclavádole hubiera en el Cerrito
Obedeciendo al formidable grito
Quince lunas le hallaron siempre igual:
Y tu le hayas también, oh Sol de Mayo,
El viejo despotismo sosteniendo
Y á este pueblo de libres defendiendo
Tu pensamiento grande é inmortal.

Y encuentras que los hijos de la Europa
Combatiendo á la par de tus leales
Fijaron un grande hecho en tus anales
Que inmensos resultados ha de dar;
Y que á América toda le repite;
“No hay más rey, ni más trono que el eterno;
“Como á furias que aborta el mismo infierno
“Á los reyes del mundo has de mirar.”

Qué! los reyes de Europa no fueron
Los que á América hicieron rendir?
De esos reyes también no aprendieron
Los tiranos que hoy la hacen gemir?
Y no han sido sus únicas leyes
Las brutales del sable y cañón?...
Pues entonces tiranos y reyes
Enemigos de América son.

A los hombres de Europa, en los brazos
 Como á hermanos debéis acoger;
 A los reyes de Europa á balazos
 Si sus leyes os quisieran poner.
 Y si aún alza un tirano la frente
 Bella América ejemplo tomad
 De este Pueblo de gloria esplendente
 Que aún muriendo dirá: Libertad!

De este Pueblo que vé á su verdugo
 Preparando el horrible dogal,
 Que vé el hacha sangrienta y el yugo
 En las manos de la horda brutal;
 Y él su lanza clavando gallardo
 Cuando el Sol de este día alumbró,
 Tomó el arpa solemne del Bardo
 Y al gran día de Mayo cantó.

NOTAS

*Vayan á España á saberla
 Que á su pesar la aprendió.*

El autor de estos versos, escribe con pena toda palabra que pudiera herir el pundonor de la *Jóven España*. Para que á esta parte de su composición no se quiera dar un sentido torcido, declara que solamente habla con la España en la época de opresión y atraso, que se prolongó desde el reinado de Felipe II hasta el de Fernando VII. La España de hoy, es nuestra hermana. Los vínculos que nos unían ha recibido consistencia perdurable, desde que los hijos de ambas regiones combatimos en las mismas filas bajo las banderas de la Libertad.

*Yo le ví, Montevideo,
 A tu "Genio tutelar."*

Este Genio tutelar no es el símbolo de ninguna persona. No! La resistencia de Montevideo, no es para el poeta la gloria exclusiva de ningún hombre. El *Genio tutelar*, no es más que la expresión, pálida por cierto, del espíritu de este pueblo heroico.

*Y decía á los que fueron
En otro tiempo cañones.*

Para artillar las fortificaciones de esta plaza, que en los momentos de la invasión estaba desguarnecida de cañones, se arrancaron los que servían de postes en las calles de la ciudad, y con ellos se montaron más de cien piezas.

*“ No hay más rey ni más trono que el eterno:
Como á furias que aborta el mismo infierno
Á los reyes del mundo has de mirar:”*

La buena acogida que obtuvo esta idea de mi canto á Mayo, prelado con el *accessit* en el memorable *Certámen poético* de 1841, me allenta á reproducirla aquí cuasi en los mismos términos que entonces. Ellas y las siguientes estrofas, son sentidas expresiones de queja contra el abuso de la fuerza que hacen siempre en América los grandes poderes Europeos, que represento bajo el nombre algo inexacto de *los reyes*.

El Ombú

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente,
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, — Patria hermosa, —
Tiene su pampa grandiosa;
La Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura estendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar,
Es la Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas,
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmalta modestas flores
De aromáticos olores

Y de risueño matiz. —
El bibí, los macachines,
El trébol, la margarita
Mezclan su aroma esquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos;
Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su horfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho;
Si la peste amaga el rancho,
Sobre el techo el buo está;—
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma,
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

El ombú! - Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó,
Más su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roida,

Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar como derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero,
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor:
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pié.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se vé.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominios dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror es el ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio!
Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido;
Á su pié se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!

Á su sombra melancólica
En una noche serena
Amorosa cantilena

Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;
Ó tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos
Pone en paz á dos esposos,
Ó en las carreras es juez.

Á su pié trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
Á correr el avestruz
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

A Montevideo

Semejante á Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella....

(E. ECHEVERRÍA.)

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
Ó entre floridas barrancas:
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.
Saludánlos en su paso
La meláncolica pava,
El-pica flor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y les arrojan flor del aire,
Arcma y flor de naranja;
Así siguiendo su senda
Sobre sus lechos se arrastran;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

El Plata? y es verdad. Ancha llanura
De bruñido metal que nunca acaba
Parece el río, cuya diestra lava
De Buenos Aires el soberbio pié.

Cuya izquierda tendiendo hacia el oriente,
De una joven beldad la falda toca;
Beldad guardada por gigante roca
Que el Plata inmenso desde lejos ve.

Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera nombre,
Cuando en medio del mar al verla un hombre
Monte veo, del mástil exclamó.

Enfrente de ese monte nació un pueblo
Con un cinto de muros y cañones,
Do clavaron tres reyes sus pendones
Que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron, los reyes rica joya,
Y un día en sus coronas te ostentaron,
Y al mirarte otro día solo hallaron
En vez de joya duro pedernal.

Entonces adornaste la diadema
De la joven república de oriente,
Que te muestra á los pueblos en su frente
Desde el Cerro su eterno pedestal.

Ahí está Montevideo
Estendido sobre el río,
Como virgen que en estío
Se ve en lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda
Y tu cintura, la mar.

Ciudad coqueta, sonries
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel,
Y les pagas las ofrendas

Que ellos traen á tu belleza,
 Con tu campo, y la riqueza
 Que derrama Dios en él.

En tu puerto á centenares
 Mécese los masteleros
 Como bosques de palmeros
 Que sacude el vendaval.
 Y si en él se ve de noche
 Navegar rápida vela,
 Parece garza que vuela
 De algún lago en el juncal.

En las noches sin estrellas
 Tenebrosas del invierno,
 Cuando el mar es un infierno
 Que al marino hace temblar,
 Tú, benéfica, iluminas
 Sobre tu roca gigante
 Un fanal que al navegante
 Seguro norte va á dar.

En otro tiempo los reyes
 Levantaron alta valla
 De impenetrable muralla
 Para oprimirte, Beldad.
 Pero el hierro del esclavo
 Sacudiste de tus brazos,
 Y los muros á pedazos
 Derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,
 Del Plata blanca sirena,
 Y tu entraña, una colmena
 Cuya miel es el amor.
 Feliz el labio que guste
 De tu miel, ciudad de amores,
 Que tus hijas son las flores
 Que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza,
Son estrellas en belleza,
De la vida el iris son.
Por ellas, solo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria recreo,
De mis sueños ilusión.

Y si tú crees en los sueños,
Escucha, oh pueblo, uno mio:
Yo soñé que veía al río
Salir de su ancho cristal,
Y que á tí y á Buenos Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal!

Si eres solo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamás el triste día
Que te borre de mí.

Pero no! que en los cielos está escrita
En la página de oro del destino,
La unión del Oriental y el Argentino
Que en mis ensueños ví.

Claudio Mamerto Cuenca

NACIÓ en Buenos Aires en 1812.

Educado en su ciudad natal se graduó de doctor en Medicina y Cirujía en la Universidad en que después desempeñó el puesto de catedrático.

Amante de las musas rindióles fervoroso culto pero vióse obligado á entregar á las llamas muchas de sus composiciones por temor al dictador Rosas; sin embargo salváronse muchas poesías y algunos dramas que coleccionó en tres volúmenes el poeta uruguayo don Heraclio C. Fajardo (1867.)

Cuenca como todos los emigrados argentinos formó en las filas del ejército grande, cayendo en el campo del honor al pié de los heridos en la memorable batalla de Monte Caseros el 3 de Febrero de 1852.



A la jura de la independencia

(ODA)

¿Qué gritos de alegría
Se levantan del suelo americano,
Que del Sud y del Norte al Mediodía
Publican su contento
Retumbando en la bóveda su acento?

¿Qué fulgor de repente
Esparciendo su luz clara y radiante
De los hijos del sol al continente
Se extiende por la esfera
Do la alma libertad se ama y venera?

Qué prodigio se muestra
En la etérea región ante mis ojos
Que asombrando su luz la razón nuestra,
Empaña el rostro hermoso
Y los rayos de Febo luminoso?....

Cual rayo discurriendo
En esplendente y cristalina nube,
Distingo que los aires ir subiendo
Al temido guerrero,
Que en los campos de Marte fué el primero.

La fama en raudo vuelo
Hasta el templo le lleva de Mavorte,
Que en lo más alto del cerúleo cielo
Espera la venida
Del que ha dado á su patria gloria y vida.

Girando estrepitoso
 El quicio celestial á su llegada,
 Sobre un trono de gloria magestuoso
 Al mismo Marte enseña
 Que el hablar á Belgrano no desdeña.

Se adelanta pausado
 Hasta el trono de Dios el gran guerrero,
 Y Él le coloca de Belona al lado,
 Sobre Alejandro y Ciro
 Cuyo bélico esfuerzo ya no admiro.

Sonó la trompa fina
 En dulcísímcas sonas modulando,
 Y el cóncavo celeste luego trina
 El eco repitiendo
 De Belgrano inmortal con ronco estruendo.

Un rayo soberano
 De los hijos de Dios entonces brilla
 Sobre la Patria del guerrero indiano,
 Que ha sido la primera
 En llegar á la lid región guerrera.

“ Varón esclarecido
 Que llevaste, le dice, tus pendones
 De victoria en victoria conducido
 Sobre huestes contrarias
 Que humilló tu valor en lides varias;

“ Tú que alzaste del Plata
 En la orilla argentina el grito santo
 De muerte ó libertad, que se dilata
 Corriendo prontamente
 De nación en nación, de gente en gente;

“ Contempla tantos bravos,
 Que el valor de tu diestra ha libertado
 De humilde servidumbre, al ser esclavos

Del español austero
Si no triunfase en Tucumán tu acero.

“ Las huestes aguerridas,
Que opusiere Tristán á tus legiones
Por tu espada en vil polvo convertidas,
Son los timbres primeros
Que te harán inmortal entre guerreros.

“ Por tanto de mi mano
Esta corona ceñirá tu frente,
Á cuyo aspecto temblará el tirano,
Que oprime el hemisferio,
Que vé en cadenas aherrojado Hesperio.

“ Recorre sin demora
La extendida región que al bien abierta,
Do en Mayo el astro de la luz se alora,
Y dále independencia
Que alcanzaron su esfuerzo y resistencia.”

Bajando en blanca nube
Hasta el suelo argentino el gran Belgrano
Pregona independencia, al cielo sube
Apacible y sereno
Dejando el orbe de su gloria lleno.

Los libres á millares
De todas partes concurriendo entonces
Al suelo tucumano, en sus altares
Juraron prontamente
Sostener á la Patria independiente.

¡Salve, Patria dichosa,
Que rescatada para siempre fuiste
Del extraño poder y suerte odiosa
Por el valor probado
De tantos héroes que en tu suelo has criado!

No más del torvo ceño
Te verás insultar de opresor fiero,
Ni tendrán tus riberas otro dueño,
Que tus hijos queridos
Libres, iguales, y á tu grito unidos.

Hoy miran tus pendones
Coronados de bélicos trofeos
Absortas y suspensas las naciones
De ver la bizzarria
Con que auyentaste á tu opresor un día.

Del Plata en los cristales,
Que los libres del mundo concurriendo
Encuentran libres de tal nombre tales,
Viviendo independientes
Y sirviendo á la patria reverentes.

Renaciendo la España
De la antigua opresión de sus tiranos
Se prepara á olvidar la cruda saña,
Que un tiempo alimentaba
De volver otra vez á hacerte esclava.

Mas hoy recibe en tanto
De un hijo de tu suelo, Patria mia,
De entusiasmo y amor el dulce llanto
Con que humedezca el ara
Que de Julio en honor mi mano alzara.

Claudio Manuel Cuevas.

José Rivera Indarte

NACIÓ en Córdoba el 13 de Agosto de 1814.

Desde 1834 se dedicó con abinco al periodismo fundando en Montevideo *El Investigador*, y en 1839 se hizo cargo de la redacción de *El Nacional* de la misma ciudad.

La índole del escritor resalta más que en ninguna otra de sus producciones, en su libro *Rosas y sus opositores* (impresión de *El Nacional*, año 1843) que se reimprimió en Buenos Aires desaparecido el tirano. (I. v. 8.º de 378 ps.)

En 1853 se publicaron en Buenos Aires las Poesías de Rivera Indarte con una biografía crítica por el General Mitre. (I. t. 400 ps.)

Como poeta fué juzgado de varios modos, pero lo cierto es que sus versos tienen eco en el alma porque salen del corazón.

En 1844 apareció en Buenos Aires una edición de las *Tablas de sangre*.

Su nombre pasa á la posteridad y será consignado siempre entre los más esclarecidos de la literatura argentina.

Rivera Indarte falleció de una afección pulmonar el 19 de Agosto de 1845 en la ciudad de Desterro' en la isla de Santa Catalina (Brasil).



Melodías á Mayo

Omni terra psallat tibi: ps unum
dicat nomini tuo.

(SALMO L. V. C. IV. V. 3.)

I

Entre las flores de la paz hermosa
Cuando encanta la música al oído,
Y nos sonríe suerte venturosa
De nuestra casa en el hogar querido:

Quando la patria libre de tiranos
Se alza con gloria y palmas en las sienes
Y fecunda su seno nuestras manos,
Y nos brinda el *amor* con dulces bienes.

No se comprende bien el pensamiento
De creadora libertad sublime,
Que destroza cadenas que tormento
No causaban al pueblo, y lo redime.

Y de las rosas del placer lo eleva,
Y del apostol el sayal le viste,
Y por tinieblas y afición lo lleva
Guiado por la fé que al alma asiste.

Mas si el hado nos vuelve á la coyunda,
No ya en sedas y aromas disfrazadas,
Sino entre el llanto que la tierra inunda,
Con alevos cuchillos ataviada:

Y á respirar tornamos en encierro ,
Y á encorvar con temor la erguida frente,
Y nuestros brazos aprisiona el hierro,
Y el mundo nos contempla indiferente.

Ó si en bélico campo disputamos,
Á los tiranos nuestra patria amada,
Y egoismo en la tierra cosechamos
Que fué en sangre de mártires regada.

Brilla la idea del divino Mayo
Y al contemplarla estática mirada,
Al corazón reprenden su desmayo
Ejemplos de constancia acrisolada.

Tal en lóbrega cárcel nuestros ojos
Admiran con pasión la luz fulgente ,
Y al gustar pan ajeno, con sonrojos
Aprendemos á amar la patria ausente.

II

Muros excelsos do la enseña ondea
Que el patriota de Mayo pidió al cielo,
Teatro ilustre de inmortal pelea
Que admira á pueblos y ensangrienta al suelo.

Muros de patria, almenas de victoria
Do la proscripta libertad se abriga,
Y hechos ingratos borra la memoria,
Y el pecho noble su dolor mitiga.

Muros donde varones esforzados
El santo dogma de igualdad defienden,
Y que heridos, con miembros destrozados,
La lanza empuñan, el cañón encienden . . .

Dad al poeta inspiración augusta
Para cantar las glorias del gran día
De honor y libertad;—y alta y robusta
Vibre su voz magnífica armonía.

Así en triunfo veais, muros dichosos,
Á vuestros piés á la opresión caída
Y entre los ramos de la paz hermosos
Crecer las flores de la dulce vida.

III

El vergel dulce aroma de la tierra
El hallazgo del genio de Colón,
Que tesoros espléndidos encierra
Y frías selvas con ardiente Sol.

La América infeliz al par que hermosa,
Con su pampa, sus ríos y su mar,
Con sus cielos de nacar y de rosa,
Con sus montes de excelsa majestad;

Ayer dormida en sábanas de lirios,
Hoy despierta se aburre de su paz,
Del amor le fatigan los delirios
Y palpita su seno con afán:

La abruman sus dorados eslabones
Ve las horas correr con inquietud,
Y su idea se lanza á las regiones
Donde los grillos caen de esclavitud:

Á su existencia virgen algo falta,
Que esconde el misterioso porvenir
Y ora triste se abate, ora se exalta
Y grita como loca y llora al fin.

Á sus amos por ella venerados,
Cortesianos del Rey de otra nación,
Hoy les clava altanera ojos airados
Y palabras murmura de irrisión.

Y mira con desdén las viejas glorias
Que carcomido ostenta su blasón,
Y aplaude las magníficas victorias
Que cosecha el francés libertador.

Todo ante el joven siglo se conmueve,
Suena potente el grito de *igualdad!*
Y antiguos tronos como arista leve
Ó ruedan ó comienzan á temblar.

¡Santa igualdad! palabra portentosa,
Que en la Cruz escribiera el Salvador,
Suele negarte el alma tenebrosa
Pero nunca sensible corazón.

En bandos de odio y de implacable guerra
El mundo entero dividido está,
Y solo ociosa en la convulsa tierra
Viste galas América de paz.

No que la falten bríos ni pujanza,
Sino luz que la guíe en su misión,
Pues con poner su espada en la balanza
La vencería al punto en su favor.

Las sombras de su error no hay quien sacuda,
Carece su alma de ardorosa fé,
Y si quiere tocar sus grillos, duda,
Y se prosterna incrédula á su Rey.

En cólera encendióse y los britanos
Que en mal hora ofendieron su beldad
De rodillas, vencidos á sus manos,
Imploraron perdón y libertad.

Y soñando con bélicas quimeras
De laureles la frente se ciñó,
Y alfombraron su templo las banderas
Que el altivo britano la rindió.

IV

Dios en alcazar de estrellas,
En trono de luz velado,
De serafines cercado
Se eleva en la inmensidad:
Y á sus piés giran los orbes
Innúmeros como arenas,
Y al par las horas serenas,
La noche y la tempestad.

Á su semejanza el hombre
Formó desde su alto carro,
Al que era mísero barro
Hizo espíritu inmortal:
Por la tentación vencido
Sobre la cruz afrentosa,
Vertió su sangre preciosa
Y la rescató del mal.

Y puesto para su guarda,
Un ángel que por él vela,
Cuando la luna riela
En el anchuroso mar,
Ó el sol tras la noche umbría
Ostenta su luz, sereno,
Ó sobre vientos sin freno
Cabalga el negro huracán.

Y cada hombre y cada raza,
Los pueblos y las naciones
Los campos y las regiones
Tienen su ángel guardador,

Que cuenta todas sus horas,
Que aparta los fieros males,
Y tesoros celestiales
Para ellos pide al Señor.

Y es de la América el ángel
Más bello que dulce aurora,
Que campo do flores dora
Con nácares y arrebol:
Tiene las alas azules,
Aureola de azahar y de oro
Paz de altísimo decoro,
Y su morada en el sol.

Cuando la mano del tiempo
Señala la hora primero,
En que la natura entera
Surjió de la creación;
Los serafines custodios
Elevan raudo su vuelo
Á las esferas del cielo,
Y entonan himnos á Dios.

Y cantan sus melodías
El frío horror de la nada,
Y de la tierra creada
La belleza y esplendor,
Y á la alta misericordia
Imploran para ella dones,
La paz de los corazones,
El reinado del amor.

EL ÁNGEL

La América tan hermosa
Por tu inspiración hallada,
De pueblos está habitada
Que adoran tu santa ley ;

Mas no han visto en su palabra
Que quien bendice tu nombre,
Igual, no esclavo de otro hombre,
Es de lo creado Rey.

EL SENOR

El libro de mi palabra
Todo el porvenir contiene,
Y cada siglo que viene
En él halla su verdad.

EL ÁNGEL

Su inteligencia es perfecta,
Su corazón está sano
Y nunca manchó su mano
El delito ó la impiedad;
Nación madre de naciones
De inmenso mar circuida,
Rica de esplendor y vida
Se aduerme en esclavitud.

EL SEÑOR

De la redención la aureola
Ciña su cándida frente,
Brille mi luz en su mente,
Sea altiva su virtud.

EL ÁNGEL

Esconde siempre esa aureola
En cada joya una espina:
Tenga tu piedad divina
De América compasión.

EL SEÑOR

Es ley que con pena el hombre
Su pan coseche en la tierra,
Ni brota el bien que ella encierra
Sin lágrimas de expiación.

—

Turbó al serafín la angustia,
Pero luego la esperanza,
De dicha que no se alcanza
Sin la prueba de aflicción;
Cual rayo de sol naciente,
Luciera en su rostro angélico:
Y el vuelo tendió á occidente
De la nueva precursor.

V

Á la orilla del Plata magestuosa
Se eleva Buenos Aires, patria hermosa,
Con mujeres más lindas que las hadas
Al salir de sus grutas encantadas,
Con guerreros de audacia y alma fiera
Que han clavado en los Andes su bandera.
Besa sus piés el río de aguas claras
Puras y dulces con virtudes raras,
Que de lejano monte misterioso
Baja hasta el más inmenso y poderoso
Y ciñe en su camino con sus brazos,
Como á guirnaldas con azules lazos,
Mil islas alfombradas de verdura,
Que respiran esencias y frescura.
Y de sus muros á la blanca espalda,
Se vé la pampa océano de esmeralda,
En ella el gaucho altivo y generoso
Cabalga sobre potro impetuoso,
Y al avestruz alígero persigue.

Ó á sus vacadas á los pastos sigue;
En ella el indio de color tostado
De independencia tipo exagerado,
En las lagunas á la nutria espía
Ó medita incursión de alevosía;
Inmensidad que al alma que la mira
Con religión y con tristeza inspira.

Nunca el sol coronado de esplendores
Sus playas dibujó con más primores,
Como de Mayo en el solemne día
Tan fatal á la vieja tiranía.
Porteños, Orientales y Peruanos
Chilenos, Caraqueños, Mejicanos,
De climas y provincias apartadas,
Pero en dulce hermandad siempre ligadas,
Y todos en América nacidos,
Se encuentran en la plaza reunidos
Que hoy adorna sensible monumento
De Mayo para honrar el pensamiento;
Una de altos destinos contenía,
Tribuna de combate y profecía.

En el templo Domingo enclavadas
Aún estaban las balas disparadas
Á los tercios ingleses que vencidos
En su iglesia se entraron atrevidos,
Y que en pavor sus armas se entregaron
Cuando heridas las torres vacilaron.
El porteño cercado de trofeos
Orgullo siente y bélicos deseos.

Muda la catedral esa mañana
Hizo oír al cabildo su campana,
El Virey y sus próceres altivos
En el Fuerte se miran pensativos.
El pueblo y el Obispo convocados
Están en el salón con los togados,
Y emprenden controversia los señores
Con oscuros y humildes oradores,
¿Cómo viene del pueblo á la presencia
El que ayer lo miró con insolencia?

¿Qué revés de fortuna ó qué portento
Le ha enseñado humildad en un momento?

LIBERTADOR

De España el Rey ha sido aprisionado
Por el gran Napoleón: audaz soldado
Que la francesa libertad ha hundido
Y la imperial dadema se ha ceñido,
Que lleva tras sus pasos la victoria
Y á la Europa humillada por su gloria.
Á la España sin Rey ninguno rige
Sino aquel de su pueblo que ella elije,
Y pretensión sería bien extraña
A América negar lo que hace España.

OBISPO

Sobre América tiene señorío
Porque ha sido conquista de su brío.

LIBERTADOR

Hicieron á los indios sus esclavos
Nuestros padres, injustos aunque bravos;—
Dios absuelto los haya de ese crimen
Y descienda la paz á los que gimen:
¿Y serán sus trofeos esplendentes
No de sus hijos, si de sus parientes?
Con su sangre nos dieron su fiereza
Y ante nadie bajamos la cabeza.

TOGADO

El que los lazos de la unión desate
Ese la fuerza de la España abate,
A su opresor aleve la abandona,
Y de Isabel le entrega la corona.

LIBERTADOR

Por cierto que no es hoy nuestro problema
El salvar una vieja diadema,
Á rodar por él condenada
Porque al pueblo español es muy pesada.
Ni raquítica unión que ya no amamos
Y nos sujeta á vergonzosos amos,
Detendrá nuestro libre pensamiento
Que ya raudó circula por el viento.
De la Europa el Océano nos separa,
Y natura en su ley como sol clara
Á dos pueblos así no ha dividido
Que á vivir en un vínculo han nacido,
Esa unión por estéril la dejamos
Y con la humanidad nos abrazamos.

No es que de España odiamos el origen
Ni insensibles á daños que la aflijen,
Le neguemos amiga simpatía,
Cuando hiere su pecho guerra impía;
Ni de su honra y fama es un agravio
Lo que dice á sus déspotas mi labio.
América en su seno cien Españas
Engendrará que emulen en hazañas
Á la madre común: la independencia
Encumbrará la hispana descendencia,
Que Dios en los tesoros de su gracia
Nos dió el germen de activa democracia:
Sus prometidos frutos esperemos
Y con fé nuestra herencia cultivemos.

Probó el Togado á hablar, más pena aguda
Dejó á su lengua cual de mármol muda,
Y la faz abatida con sonrojos
Se inundaron de lágrimas sus ojos.
Y el sol en su zenit con rayo ardiente
Del orador iluminó la frente,
Como si se gozara en su victoria
Y alumbrase de América la gloria,

Y la palabra excelsa y atrevida
En el pueblo cayó maná de vida,
Y reposando de placer intenso
Su aplauso resonó cual trueno inmenso.

VI

No con gala curial está vestido
Ni de obediente guardia circuido,
Sino con grillos en los piés, sentado
En el banco del crimen el Togado
Con desdén ya no brilla su mirada,
Sino en la tierra con dolor clavada
Y en miserable capa arrebujado
Se vé por centinelas vigilado.

Triste el Libertador subió á la silla
Cubierta con dosel, do la cuchilla
De inexorable fallo está pendiente
Sobre el que era ayer juez, hoy delincuente.

Y airado el pueblo en actitud severa
Del escarmiento la sentencia espera,
Que aniquile él caudillo de traiciones
Que acechó con doblez sus corazones
De servil sumisión regenerado
En ley de libertad se ha bautizado,
Y de su boca salvación no espere
El que á su alta deidad agravio infiere :
Para largar sus teas la discordia
Solo espera tu voz, misericordia.

Y así el libertador habló á aquel hombre
Á quien llamó primero por su nombre:
“ La joya de tu Rey has defendido ,
“ Desventurado y no traidor has sido.
“ La justicia común no te dá muerte
“ Sino la rueda de la instable suerte;
“ A polvo te reduce el anatema
“ Que sepulta en la tumba tu sistema
“ De vieja tiranía los prestigios

“ Los disipa el terror con sus prodigios.
“ De libertad el germen en la tierra
“ Necesita los surcos de la guerra,
“ Y el pueblo no desprecia á sus tiranos
“ Si sangre de ellos no tiñó sus manos;
“ Va á rodar tu cabeza por el suelo,
“ En su alto tribunal nos juzgue el Cielo.”

Clavó en su juez la vista el condenado
Ni se supo si en ira ó resignado,
Pero aquella mirada incomprensible
Cual una maldición cayó terrible,
Y en su marcha el sonar de sus cadenas
Heló la sangre á todos en las venas.

VII

Elijó por bandera el Argentino
El blanco imagen del candor divino,
Con záfiro que el cielo americano
En las calmas despliega del verano,
Y por armas el Sol que el Inca amaba
Y que cual Dios y Padre veneraba.

Y la virgen enseña tremolando
Por bosques y llanuras van cruzando
Fuertes y tumultuosos batallones
Que preceden veloces escuadrones.
Ciudadanos de aliento generoso
Que visten armas y huyen el reposo,
El negro que la patria ha libertado
Con el mestizo de valor probado,
Y aventureros cuyo pecho ardiente
Ansia de luchas y de glorias siente;
El ejército forman voluntario
Volcánico, incansable, temerario.
Parece una serpiente de mil brillos
Que bajo el sol extiende sus anillos.
La española milicia mal resiste
A su coraje audaz, cuando la embiste

Deja sembrados montes y desiertos
Con los heridos cuerpos de sus muertos.
Se opone en vano el arte á su pujanza,
Las pilas rompe el bote de su lanza
Al grito de *á la carga*, inexorable
Como en montón de mieses corta el sable,
Y del Libertador el entusiasmo
Hiela al realista con terror y pasmo,
Y huyen los que en Bailén con iras fieras
Las águilas vencieron altaneras.

De Castilla los bravos infanzones
A veces debelaron sus legiones,
Y vino á oscurecer nube importuna
El radiante esplendor de su fortuna
A veces la discordia con venenos,
Sembró locura en los patricios senos,
Y su coraje contra sí volvían
Y sus trofeos con baldón perdían.
El corazón patriota desmayaba
Más la opresión sus iras redoblaba,
Y América á los golpes del martirio
Despertaba con saña del delirio,
Y al tomar su desquite en la contienda
Cual furia de huracán era tremenda.

Y no solo los campos de sus lares
Su valor ilustró, los anchos mares
Surcaron sus belijeros navíos,
Mostrando las hazañas de sus bríos,
Y el Pacífico, el Plata, las Antillas
Vieron saltar las naves en astillas
Que del Rey tremolaban las banderas
Ó rendirse con mengua prisioneras,
Y hasta en el mar del Asia de Buchardo
Se hundieron ante el ímpetu gallardo.
Libres el Plata y Chile de tiranos
Su clarín escucharon los Peruanos
En la antigua Colombia vencedora,
En Iguala de Méjico Señora;

Sus estandartes con potente brazo
A las crestas subió del Chimborazo,
Y de Ayacucho la inmortal victoria
Con lauro eterno la ciñó de gloria.

VIII

Cuando la espesa humareda
Se disipó del combate,
Y la sangre del rescate
La tierra ya no tiñó:
De la América los pueblos
En dura lid vencedores,
Se coronaron de flores.....
Y la orgía comenzó.

Que en pos de larga vigilia
Y de abrumante tarea,
Busca solaces la idea,
Placer y disipación;
Como el que tuvo su mente
Por el temor oprimida,
Ama lanzarla sin brida
Y aún extraviar su razón:

Pasaron horas bien largas
En singular devaneo,
Pero saciado el deseo
La hartura trajo el dolor,
Y los sorprendió la aurora,
Y en confusión tropezaron,
Y sin amor se apartaron
Gastada toda ilusión.

En su descuidada herencia
Cebáronse ávidas manos,
O turbulentos tiranos
La hicieron campo de lid,

O exóticas teorías
Con los añejos errores
Chocándose, de dolores
La oprimieron infeliz.

Y en confusiones perdidos
Sin la luz de la experiencia,
Vacilando en su creencia
No encontraron la verdad;
Porque á domeñar las olas
Y á ser experto nauclero,
No aprenderá el viajero
La noche de tempestad.

Más de una edad va corrida
En la sangrienta experiencia,
Costosa nos es la ciencia,
De provecho nos será;
Pero en el crisol de penas
Que enciende atroz tiranía,
Quién como tú patria mía,
Sufrido dolor habrá.

Marchitas tus bellas glorias
Con hierro de oprobio ardiente
Marcada la pura frente,
Sufres torpe esclavitud,
Y sangre de ilustres hijos
Salpica tu noble seno,
Y tienes cárcel de cieno
Do reinó la excelsitud.

Pero una palabra suena
Que aún más que tu lejanía
Es amarga ¡oh patria mía!
A este pobre corazón:
Que dice — “ Ya está apagada
“ Su virtud de patriotismo,

“ Su renombrado heroísmo
“ Fué una sombra que pasó. ”

Desmíentelos, patria mía,
Con tus acciones bizarras,
Y las sanguinosas garras
De ese tigre, tu baldón
El sol de tu fausto Mayo
Alumbra entre tus despojos,
Y no se cierren mis ojos
Sin ver rota tu opresión.

Salúd ¡oh Montevideo!
Templo de Mayo glorioso,
Alcázar fuerte y hermoso
De su dogma y de su ley:
Conservas los mismos bríos
Con que humillaste Leones,
Dorados verdes pendones,
Y cetros de altivo Rey.

Conservas el alma noble
Que distinguió á tus guerreros,
Cuando con fuertes aceros
Defendieron la Igualdad,
Y en la cruzada de Mayo
Los vió la soberbia Lima,
Tregar su más alta cima
Heraldos de Libertad.

Conservas el mismo arrojo
De tus treinta y tres campeones,
Que de audaces corazones
Y con almas de volcán,
De tu santa independencia
La palabra proclamaron,
Y tus sienas coronaron
Con aureola divinal.

De la América eres la única
Que en el rostro haya escupido ,
Al tirano maldecido
Que es su asombro y su baldón:
Tú eres la única que miedo
No ha tenido á su pujanza,
Y que ha arrojado su lanza
De Rosas al corazón.

Tú eres la sola simpática
Con el pueblo generoso,
Cuna de Mayo glorioso
Y apóstol de libertad;
Le has acogido proscrito,
Sus desgracias has llorado
Y tu sangre derramado
Con la suya en hermandad.

Salud ¡oh Montevideo!
Que ya alzada, ya cayendo,
A Mayo estás defendiendo
Tu independencia con él,
Y ni te muestras soberbia
En la fortuna dichosa,
Ni en la hora dolorosa
Abates la última sien.

Lidia que tu premio es grande
Y segura tu victoria,
Antes que manchar tu gloria
Prefieres ser ataud:
Sufre y lidia porque el mundo,
Descubierta la cabeza,
Diga al ver tu alta nobleza
¡Montevideo, salud!

IX

En llanto no siempre rebosan los ojos
Ni el pecho respira con ansia y afán,
La frente no siempre caldean sonrojos,
Ni el reino es eterno de crudo pesar.

Dios puso en el hombre cual germen precioso
La lágrima suave que da el corazón,
Si cae en la tierra cual riego piadoso
Su aroma despide remuneración.

Mezclado con sangre tu lloro ha corrido,
Ya acoge tus ruegos el Sumo Hacedor,
Tus miserables llagas él ve condolido,
Y vierte sobre ellas el óleo de amor.

¿No veis en los cielos del ínclito Mayo
La aureola brillante de blanco y azul,
Que el sol ilumina con fúlgido rayo,
Raudal de dorada, magnífica luz?

De América ahuyenta pasiones severas
Al genio que sopla feral división,
Y borra padrones que marcan fronteras
É inspira deseos de plácida unión.

Los aires conmueve magnético voto
De ver un Senado de pueblos surgir,
Que anude los lazos que el crimen ha roto
Y extinga la hoguera del odio civil.

Y á pueblos que tienen idéntico origen
Idioma, costumbres, igual porvenir,
De inquietos caudillos que marchan y aflijen
Los salve y los guíe por senda feliz.

El velo de engños rasgó la desgracia
América anhela los bienes de paz,

Tu ley de progreso noble democracia,
Que el orden hermana con la libertad.

No más las colinas de dulce verdura
La sangre del hombre regar se verá,
Ni airadas legiones la extensa llanura
Con rabia de muerte feroces buscar.

Mujeres hermosas, placer de la vida,
De hoy más nuestros niños con gozo estrechad,
Que ya sus cabezas cuchillo homicida
De alevos tiranos, herir no podrá.

Para eso sus padres el cáliz bebieron
Que ingrato destino preparó con hiel;
Para eso en combates su sangre vertieron
Ó en lóbrega cárcel y martirio cruel.

Cual ellos creyeron, América existe
Con leyes, con orden, con santa igualdad,
Y de activos pueblos sus regiones viste
De la humana raza la fecundidad.

Cual ellos desearon sus mares y ríos
Que el mundo codicia de Reyes vedó,
De todas naciones potentes navíos
Los surcan cargados de rica labor.

Cuál ellos creyeron los ópimos frutos
Que brota de América el suelo feráz,
Son bien de sus hijos, no indignos tributos
A imbéciles reyes, á corte venal.

Cuál ellos desearon, no doblan su frente
Sus nobles varones á extraño Señor,
Y altivas banderas de brillo esplendente
Que el mundo saluda, de América son.

Por eso de Mayo la idea ensalcemos
En grande, inspirada, sublime canción,

Por eso de Mayo los viejos honremos
Con alto homenaje de gloria y amor.

X

Tus glorias ya canté, divino Mayo,
Y solo un beneficio pido á Dios,
El odio del tirano de mi patria
Y al espirar un rayo de su Sol.

NOTAS

Porteños, orientales y peruanos

Como algunos han pretendido que la revolución de 1810 fué una gloria exclusiva de Buenos Aires, y que por consiguiente solo debe celebrarse allí, he querido significar, enumerando los pueblos en que estaba dividida la América española, que los patriotas reunidos en la Plaza de Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810, representaban no solo á esta ciudad sino á toda la América. Ellos creaban intereses que hubieran periclitado á no haber cooperado en su favor toda la América, ó si no hubieran vencido en toda la América. Buenos Aires no fué sino tribuna del pensamiento americano, que se elevó radante, y que pasando por sobre todas las contradicciones alcanzó la palma del triunfo. La fiesta de Mayo es americana.

Hicieron á los indios sus esclavos Nuestros padres injustos, aunque bravos.

La cuestión entre los indios y los conquistadores españoles es muy distinta de la que surgió en 1810 entre españoles europeos y españoles americanos. Nosotros hemos sido continuadores de la iniquidad de la conquista, y cuando saboreamos sus frutos mal podríamos maldecir de los que los sembraron. Nuestro deber era disminuir las malas consecuencias de la conquista, y respetar los derechos que ella holló para hacer olvidar el origen de nuestra posesión, y aún no hemos cumplido con ese deber.

Los hispano-americanos formando en 1810 una sociedad joven, progresiva y de grande porvenir, que tenía medios y necesidad de existir por sí misma.

Se inundaron de lágrimas sus ojos

Toda la escena de este diálogo es en el fondo rigurosamente histórica. No hallando el Sr. Villota, Fiscal de la Audiencia, como contestar á los argumentos que le hacía el porteño Dr. Passo, enmudeció confundido y derramó lágrimas de despecho en presencia de toda la Asamblea.

José María Cantilo

NACIÓ en Buenos Aires por los años de 1816.
Estudió farmacia en la Facultad de Ciencias Médicas de la Capital.

Emigrado en Montevideo durante la tiranía de Rosas ejerció su profesión á la vez que cultivaba las letras, ora en galana prosa, ora en inspiradas rimas que le conquistaron un lugar merecido entre los poetas de su tiempo. Fué redactor del *Comercio del Plata* y fundador de los periódicos *El Siglo* y *La Verdad* (políticos) y *El Correo del Domingo* (literario).

En el *Parnaso Argentino*, por Cortés, se insertan las poesías *La niña Marta* y *Las Flores*.

Al iniciarse la campaña contra el tirano del Plata, tomó las armas y vencido aquel se estableció en Buenos Aires en donde fué electo diputado provincial, senador después y diputado al Congreso nacional más tarde.

Falleció el doctor Cantilo, en la Capital, el año 1872.



El 25 de Mayo

EN MONTEVIDEO

Libertad! ó con gloria morir

(HIMNO ORIENTAL)

Cantar de Mayo el pensamiento hermoso
Es de sus bardos la misión sagrada,
Ora se alce su sol esplendoroso,
Ora le anuble lid encarnizada.

Bien en el templo de la gloria sea,
O en medio de los campos de batalla;
Que ya pulsó la lira en la pelea
Sin temor de mortífera metralla.

Al lado del guerrero valeroso
Templa el poeta su inspirada lira,
Y como aquel acero poderoso
Empuñar en las lides se le mira.

Nunca el poeta del glorioso Mayo
Ha desertado su misión sagrada,
Y dó le halló al nacer su puro rayo
Allí su voz le canta entusiasmada.

Y preconiza la envidiada gloria
De los que en otro Mayo se elevaron,
Y corona con lauro de victoria
La sien de los valientes que triunfaron.

Ó entona al cielo dolorida endecha
Pidiendo paz á Dios para el caido,
Que de la gloria por la senda estrecha
Por su destino se encontró vencido.

Solo no se oye cual se oyera un día
Allá en la orilla del undoso Plata,
De Lafinur y López la armonía
Que reverente el pensador acata.

Que los himnos que alzaron en un canto
Los que sus huellas térvidos siguieron,
Ahogáronse al gemir de acerbo llanto
De las víctimas, ay! que sucumbieron.

Y el que canta la gloria Americana,
Y consagra los écos de su lira
A la alma libertad, su soberana
Libre ha de hallar el aire que respira.

Pierde el cielo su azul puro y hermoso
Cuando la tiranía alza su vuelo,
Pierden los campos su verdor frondoso,
Cúbrese todo de luctuoso velo.

¿Dónde ha de hallar inspiración creadora,
Y entonación sublime sus acentos,
Si negra noche, y más siniestra aurora,
Traen á su oído míseros lamentos?

Sí, la lira del vate americano
Si ha de vibrar con plácida armonía,
Huye de la mansión de vil tirano
Que respirar allí la mataría.

Por eso tus bardos, ¡oh pueblo argentino!
Huyeron, siguiendo de extraño destino
Sendero fatal;
Que allí fuera un crimen cantar las victorias
Que en tiempo te dieron espléndidas glorias,
Renombre inmortal.

Por eso dejaron la tierra querida
Dó suave corriera la plácida vida,

La vida infantil,
Y en brazos se echaron de incierto destino
Siguiendo el estrecho y oscuro camino,
Donde hay penas mil.

Te dejan y buscan propicia otra tierra,
Dó nadie á los cantos de gloria se aterra;
Donde hay libertad;
Y es esa la tierra de Oriente famoso
Que abierta de Mayo el templo glorioso
De gran Magestad.

Oh! duro destino fué, patria, dejarte,
Y solo á lo lejos poder contemplarte
Postrada gemir;
Y en vez de otro Mayo la plácida aurora,
Y que ella no marca la última hora
De tanto sufrir! ...

*
* *

Por eso al cantar de Mayo
El glorioso pensamiento,
Lanza la lira un lamento,
El alma una imprecación;
Porque su vívido rayo
Se refleja en las cadenas
De ese pueblo, cuyas penas
Escarnio de Mayo son.

Y cantar hoy las victorias
Que alcanzamos en un día,
Cuando alza la tiranía
Su sangriento trono allí.
Fueran galas irrisorias
Echadas sobre su llanto,
Fuera magnífico manto
De un orgullo baladí.

¿Cómo pulsar hoy la lira
Cantando días pasados,
Cuando en el polvo arrojados
Nuestros laureles se ven ;
 Cuándo sangriento respira
Un maldecido tirano,
Cuya sacrílega mano
Los arrojó con desdén;—

 Cuándo en el pendón glorioso
De inmortales tradiciones,
Estampó sus maldiciones
E impió le profanó;
 Y es hoy padrón vergonzoso
De humillación y de ultraje,
De oprobioso vasallaje,
Del pueblo que domeño?

 Cantar las glorias de Mayo
En entusiasmado coro,
Cuando silencioso lloro
Un pueblo vierte por él!
 Cuándo en lánguido desmayo
Se levanta por la esfera,
A alumbrar en su carrera
Quizás un crimen cruel!

 No véis?..... ya asoma del Plata
Por las ondas cristalinas,
Y á las playas argentinas
Su primer rayo llegó;
 ¿Dó está el pueblo que le acata
Palmas batiendo á millares?
 ¿Dó los cívicos cantares
Con que un día le esperó?

 Oís?..... silencio profundo
Solo encuentra su venida;
Parece que allí la vida

Para siempre se extinguió!
Y ese es el pueblo que un mundo
Conmoviera con su aliento,
Desde el sólido cimiento
En que tres siglos durmió.

Ese es: hoy yace tendido,
Parece cuerpo sin vida,
Porque es profunda la herida
Que lleva en el corazón:
Si los pueblos que han vencido
Contemplarle allí pudieran,
Lástima al verle tuvieran:
Solo inspira compasión.....

Y cómo con voz sonora
Cantar triunfos de otros días,
Oyendo las agonías
Del pueblo que los logró?
No: lance el poeta ahora
Maldiciones al tirano
Que su corona profano
En el cieno le arrojó.

Guarde el bardo su instrumento
Trozando sus cuerdas hora,
Que se escucha tronadora
Del combate la señal;
Que el sol de Mayo sangriento
Se levanta por el cielo,
Y á su luz rojiza el suelo
Muestra agonía mortal.

Guarda el poeta su lira
Y audáz vuelve á la pelea,
Y en la sangre que allí humea
Beba excelsa inspiración:
Oh! como la muerte inspira
El silbo de la metralla,

El polvo de la batalla,
El estruendo del cañón:

Ver entre nubes de fuego
Desplegada la bandera,
En medio á erizada hilera
A compás de un tambor;
Y oír víctores que luego
Alza el soldado triunfante,
Marchando siempre adelante
Con más denodado ardor!

Allí debe, sí, el poeta
Tomar sus inspiraciones,
Que hay hermosas vibraciones
Que no existen sinó allí:
Es magnífica paleta
Que bella luz atesora,
Hoy que ha de cantar la aurora
Del grandioso Mayo aquí.

Aquí, oh! tierra de Oriente,
Escollos de esos tiranos,
Que ultrajar quieren profanos
Tu sagrada majestad:
Afrontándolos, valiente
Diste magnánimo ejemplo,
Y no mancharán el templo
Que alzaste á la libertad.

Que tu fuiste la escogida
En este vasto hemisferio,
Para afirmar el imperio
De la preciosa igualdad.
Tú nunca fuiste vencida,
Y hoy en un combate á muerte
Vas á decidir la suerte
De la opresa humanidad.

Tú que aún ostentas divinas
Las fajas de tu bandera,
Tan pura como antes era
De mi patria el pabellón;
Y tus hijas peregrinas
Pueden lucir sus colores,
Que dan al guerrero ardores
Y al poeta inspiración....

¡Mi patria!... junto con ella
Tus hijos sangre vertieron;
Los peligros dividieron
En victoria ó rota cruel;
Pero no fué igual la estrella
Que para las dos lucía,
Aunque ambas frentes un día
Ciñera un mismo laurel.

Por eso mil de sus hijos
A tu seno se acogieron,
Y tu vida te ofrecieron
Contra el tirano común;
Miserias, males prolijos
Ellos firmes arrojaron,
Pero así al mundo mostraron
Que no han desertado aún.

No, vive Dios! no cejaron
Ante su tirano impío,
De la empresa que su brío
Esforzado acometió;
Y quince años de esta lucha
Sin duda al mundo probaron
Que la joya que heredaron
Su brillantez no perdió.

Esa joya tan preciosa,
Que costó á nuestros mayores
Imfortunios no menores,

Ni menos ingrato afán;
Que al recibirla sus hijos
En su seno la guardaron,
Y transmitirla juraron
A los hombres que vendrán.

¡ Gloria á los hombres valientes
Que su fé no apostataron,
Y que otra vez se lanzaron
A salvar la humanidad!

¡ Gloria á ellos! si cayeran
En esa misión hermosa,
Nos mostrarán luminosa
Senda de inmortalidad.

¡ Gloria á ellos! que en sus pechos
No marchitó la desgracia
De la santa Democracia
La fructífera raiz;
Y aunque doblaron la frente
A destino impenetrable
No abatieron ante el sable
La belicosa cerviz.

II

Cuando nuestros mayores meditaron
De libertad el pensamiento hermoso,
Vieron de las Españas el coloso;
Y ante su gran poder no se arredraron.

Valientes y esforzados se creyeron
Que era santa la lid que provocaban,
Por eso los peligros no miraban
Cuando al campo de gloria descendieron.

Era la senda oscura y escabrosa,
Funestos los escollos del camino,
Pero con firme paso y alto tino
Su misión realizaron portentosa.

Empero allá en su mente conmovidos
Vieron el porvenir sin alegría,
Porque á mares la sangre correría
De los hijos de Mayo más queridos;

Vieron el huracán de las pasiones
Sacudir medio mundo en su cimiento,
Y feroz la anarquía alzar al viento
Sus odiosos maléficos pendones.

Elevarse del cieno los señores
Por criminales pérfidos caminos,
Para regir del pueblo los destinos,
Trocándose después en opresores.

Opresores que toda su creencia
Era mostrar un sable bien tajante,
Y á sus plantas hollador palpitante
Del buen patriota la modesta ciencia.

Y en su mente con pena traslujeron
Que nuevos pueblos por demás valientes,
Al arrojar sus amos insolentes,
Amos también del mundo se creyeron.

Vieron brotar de América á millares
Insolentes y pérfidos tiranos,
Que encadenaron con sangrientas manos
La misma libertad en sus altares.

Que ellos también las víctimas serían,
Los hombres de ese Mayo conocieron,
Que allá en el porvenir eso leyeron:—
Y mártires á ser se disponían. . . .

Nada les arredró; Dios inflamaba
Sus varoniles pechos con su aliento;
Destello de su luz fué el pensamiento
Que esa generación plantificaba.

Porque vieron también allá en su mente
De América en las pósteras edades,
Tras de mil procelosas tempestades
La libertad lucir eternamente.

Nada les arredró; porque creyeron
Que la tierra tan solo disponían,
Que los frutos para ellos no serían
Y solo las espinas recojieron.

La humanidad nos pide, se dijeron,
Terrible por demás en sacrificio;
La humanidad recoja el beneficio:—
Y con fé en el camino se pusieron.

Grande fué la misión, patria querida,
Que confió el alto ser á tu cabeza;
Grande y hermosa fué la santa empresa
Que iba tu fuerte brazo á consumir;

Pero fuiste por eso la escogida
Para llenar de Dios el pensamiento,
Y él tu senda alumbró del firmamento,
Cuando te vió impertérrita marchar.

Oh! quién fuera nacido en aquel día
Para gozar del fuego de ese Mayo!
Quién hubiera podido un solo rayo
Del sol de nuestras glorias alcanzar!

Quien hubiera escuchado la armonía
De los himnos triunfales y guerreros,
Que al bélico estridor de los aceros
Cantaban los valientes al marchar!

Grande fué tu misión, patria adorada,
Y cuanto más los años dan su giro,
Más árdua y más gigante yo la miro
Y el recuerdo me admira de tu ardor.

Noble generación por Dios creada
Para cumplir magnífico destino;
Los escollos que el hombre te previno
Con más brío enalzaron tu valor.

Así el mundo miró los mismos hombres,
Que tres siglos durmieron cual esclavos,
Alzarse en un instante como bravos
Al asomar la aurora de este sol.

Y por esa acató los altos nombres
De los nuevos tribunos y guerreros,
Que mediaron sus fúlgidos aceros
Con el bravo del mundo, el Español.

Más ay! patria mía,
Dó están los varones
Que tantos blasones
Te dieron un día!

¿Dó están esos hombres
Que excelsa te hicieron?
Qué prez obtuvieron
Si es crimen sus nombres
Pronunciar ahora?

Ya luce de Mayo
El fúlgido rayo,
Que vívido dora
Tu alta catedral,

Ya brilla en la cima
De ese monumento,
Que tu juramento
Publica inmortal,
Allí tu escribías
En tiempos mejores
Cantos y loores;

Allí tu venías
Con palmas triunfales
Cantando —¡Mortales
Mis ecos oid!

Y ahora ¡qué mengua!

Sangrientos letreros
Ven los extranjeros
Y exclaman — "decid:

¿Es esta la tierra
Feliz de Belgrano?
¿Es esta la patria
Del gran San Martín?
¿Dó está la bandera
Que con fuerte brazo
Flamearon gloriosa
En Maypo y Junín?"

Así los estraños
Dirán, patria mía,
Y tú en agonía
Triste callarás.

Si vuelas en la cumbre
De tu alto baluarte
Rojizo estandarte
¿Qué más les dirás?
¿Dirás que es un hombre
Oscuro y sin nombre,
Que mosa sangriento
El gran pensamiento
Que Mayo enjendró?

¿Dirás, Buenos Aires,
Que ese hombre es tu hijo,
Que astuto y prolijo
Medita en el fuero
Que en Mayo cayó?

No; calla y espera
Los postreros días,
Que tus agonías
Cual noble en la estera
Se disiparán;

Y dí á los estraños—
Que miren del Plata
La opuesta ribera,
Y allí la bandera
De Mayo verán.—

Tras ella te dejan, oh Patria! tus hijos
 Con llanto en los ojos, más ay! llevan fijos
 Intentos de honor:
 En vano la nave con prisa se aleja
 Do van allí oyen la misera queja
 Que das de dolor.

Adios, te dijeran, oh misero suelo,
 Tus hijos te dejan; por extraño cielo
 Errantes se van:
 Adios: duerme ahora mortal ese sueño
 Que corre en tus venas letal un beso
 Que impíos te dan.

Te dejan y buscan propicia otra tierra
 Do nadie á los castos de gloria se aterra,
 Donde hay libertad:
 Y es esa la tierra de Oriente famoso,
 Que abriera de Mayo el templo glorioso
 De gran majestad.

Y aquí no es delito castar patria-mía,
 Tus hechos hermosos, tu gran nombradía,
 Tu ardor varonil;
 Tus hijos proscriptos á Mayo aquí admiran,
 Aquí le saludan, que libres respiran
 De un déspota vil.

Empero los acentos de la fama
 Que los hechos magníficos aclama
 De la Oriental nación,
 Despiertan al malvado, y de su silla
 Miró del Plata hacia la opuesta orilla
 Patrioio pabellón.

Y vió sobrecogido de temores
 Mostrar Montevideo los colores
 Signos de libertad;

Y oyó elevar á Mayo mil cantares,
 Y en su templo soberbio los altares
 Alzar de la igualdad.

Y envidia tuyo cuando así miraba
 Que en la tierra de Oriente germinaba
 La civilización;
 Que en ella se acataban esos nombres
 De los valientes inmortales hombres
 De la revolución.

Que el dogma "Libertad" no era delito
 Que en su código hermoso estaba escrito:—
 Aquí impera la ley;
 Y lo que más al bárbaro irritaba
 Era ver el contraste que saltaba
 Entre Oriente y su grey.

Entre Oriente que libre y venturoso
 De alto progreso en el sendero hermoso
 Hacia la cumbre vá;
 Y el despoblado triste cementerio
 Sometido al capricho y al imperio
 De un oscuro Baja.

Entre Oriente que sigue su camino
 A llenar democrático destino
 En pró de la igualdad,
 Y el pueblo que domina ese tirano,
 Que de gigante le tornara enano
 En la virilidad.

Entre Oriente que exclama — gloria á Mayo
 Cuando en el Plata reluciente rayo
 Refleja su alma sol,
 Y el pueblo que en cadenas su luz mira,
 Pues bajo el yugo de un mandón respira
 Más cruel que el español.

Por eso con zozobra el Gaucho astuto
Vió su sistema bárbaro absoluto
En triste parangón,
Y meditó de entonces en su mente
Uncir al yugo la altanera frente
De la Oriental nación.

Y era su intento atroz, más no encontrara
Quien sus miras sumiso ejecutara
En la empresa fatal;
Cuando un hombre cual gracia la pedía,
Y conducir las huestes ofrecía,
Y ese hombre era Oriental!.....

Y hé aquí que con cañones,
Y ejército de sayones
Altaneros por demás;
Como torrente de un río
Que se desborda con brío
Penetró ese hombre procaz.

Y llegó; y clavó maldito
En la cima del Cerrito
Ese rojizo pendón;
Do se ven horribles lemas,
Y terribles anatemas
De muerte y desolación.

Y batiéndolo en la diestra
A su patria audaz le muestra
Ese apóstata Oriental,
Diciendo "Montevideo,
Hoy vas á ser el trofeo
De la hueste federal."

"Dobla el cuello á la coyunda
Si no quieres que te hunda
El peso de mi poder;
Que á esclavizarte he venido.

Y ejércitos he traído
Para tu orgullo vencer. ”

Pero la tierra de Oriente
Juró ser independiente,
Y vivir libre ó morir;
Y empuñando aguda lanza
A la terrible matanza
Se la vé altiva salir.

Dos Mayos la han alumbrado
En este afán denodado,
Pero siempre fiel está;
Y tanta sangre ha vertido
Que bastará á haber teñido
Las ondas del Plata ya.

Dos Mayos ha que ella escucha
De la mortífera lucha
El continuado rumor;
Y así es que vencer espera,
Y así ostenta la bandera
Purísimo su color.

Y al verla comprometida
En esta lucha temida
Por salvar la humanidad;
Ved cual bajan á la arena
Los hijos del Pó y del Sena,
A la voz de—*Libertad!*—

Ved como doquier que lleva
El viento la hermosa nueva
De un triunfo que ella alcanzó;
La bate palmas el mundo,
Y con respeto profundo
¡Inmortal!—la saludó.

Y tú, Buenos Aires, mira
Si esta lucha ardor te inspira,

Que despierte tu altivez;
Y sacudes las cadenas
Que trazando van tus venas
Con su enorme pesantez.

Tú sabes que cuesta tanto
Sostener el dogma santo,
De la preciosa igualdad;
Tú lo sabes, pero ahora
Una atmósfera opresora
Te envuelve en oscuridad.

Siempre fueron los tiranos
Pigmeos, cobardes, vanos,
Cuando cerca se les vió;
¿Y cómo olvidar que España
Fué impotente con su saña
Cuando América se alzó ?

Alza, pueblo, llegó Mayo,
Mira su fúlgido rayo
En el Plata reflejar;
Alza; sacude ese sueño;
Duerme tranquilo tu dueño;
No le dejes despertar

IV

Duerme tirano, sí, mientras terrible
Rebrama el huracán de la venganza,
Que con paso gigante ya se avanza
Tu trono deleznable á sacudir:
Cierra, muelle, los ojos insensible,
Del pueblo que esclavizas al quebranto;
Envuélvete en los pliegues de tu manto
Y no verás su cólera lucir.

Duerme, duerme tirano, no está lejos
La hora felice de tu eterno sueño;

Al menos dormirás, y siempre dueño
 Del pueblo que esclavizas te crearás:
 ¿Vés de ese sol los fúlgidos reflejos?
 ¿Vés en las ondas su divino rayo?
 Es el astro magnífico de Mayo;
 Y es el último acaso que verás.

Duerme, y olvida en tu falaz demencia
 Cual es el pueblo que tu planta oprime,
 Que en silencio tres lustros há que gime
 Arrastrando su cuello yugo vil:
 Él en la aurora está de la existencia,
 Y fecunda es la fuente de su vida;
 Tú pasarás, tirano, y él erguida
 Levantará la frente varonil.

Pasaron ya los tiempos tenebrosos
 En que la humanidad se trasmitía,
 Y tu al bajar hasta la tumba fría
 Su maldición tremenda llevarás;
 Y serán estos días tempestuosos
 Lo que en el aire vaporosa nube,
 Que cuando el sol el horizonte sube
 En gotas se disipa por jamás.

NOTAS

*De ese monumento
 Que tu juramento
 Publica inmortal.*

En medio de la plaza Victoria en Buenos Aires, se eleva una modesta pirámide, levantada en recuerdo del Inmortal día de Mayo. Sus cimientos se abrieron en la madrugada del 6 de Abril de 1811, y la obra quedó concluida para el 25 de Mayo de ese año.

Florencio Balcarce

NACIÓ en Buenos Aires el año 1818. Frutos de sus tempranas labores literarias fueron las traducciones del *Curso de filosofía* de Laŕomiguière y el drama de Dumas *Catalina Howard*; colaboró en periódicos y revistas, siendo celebrados entre los inteligentes sus artículos filosóficos y literarios.

Acosado por una cruel enfermedad hizo un viaje por Europa y es en París en donde produjo la más notable de sus poesías titulada *El Cigarro*.

Balcarce, joven distinguido y virtuoso, falleció á la edad de 21 años el 16 de Mayo de 1839.

El doctor Gutiérrez compiló sus obras completas, en un volumen editado por Casavalle en 1869.



La Patria

*Circumdedderunt me dolores mortis
Dolores inferni circumdedderunt me.*

(PSALM. XVII.)

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga, y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina;
Adiós, Buenos Aires; amigos adiós.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su caída anunciando continuo temblor.

Tal seca mi vida de muerte el aliento;
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza mi amigo más fiel;
La mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel:

“Allá tras los mares existe otro suelo,
Que oculta, me dice, tu antiguo verdor”
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo,
Adiós, Buenos Aires; amigos adiós.

II

El ángel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aérea rejión;
Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la oscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos,
Oh Patria! tu nombre reluce á lo lejos,
Y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento;
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te den mis amigos la paz y el contento,
Con frentes y calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿quién pertenece que el mundo no habita?
¿alguno que el cielo . . . La mía es tal vez!

Más no que el destino mi muerte aún no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó:
Su trémulo curso me arrastra hacia el Sena;
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,
Veré solo en torno desden altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino
Si el golpe de muerte consigo embotar

Y algunos instantes robando al destino
Llevar mis ofrendas ¡oh gloria! á tu altar.

Entonces mil veces feliz me diría,
Si viese la lumbre del sol que me crió;
Si el agua bebiese del río que un día,
El pié de mi cuna bramando lamió!

De inicuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impios que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta,
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera,
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera,
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

IV

Pero ¡ay! que á mis oídos el viento que zumba,
Es voz que me llama á la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba
Y un eco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la Patria, su oprobio me humilla;
Sus hijos dormidos su afrenta no ven:
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus piés.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió. . . .
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche, que el polvo bebió.

Amigos; si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso:
No todos, no todos, se olviden de mí.

Adiós, dulce sombra del techo paterno;
Adiós, compañeros de infancia feliz:
Amigos queridos, mi adiós es eterno,
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

José Mármol

NACIÓ en Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1818.

Mármol es uno de nuestros poetas más populares.

Como orador se hizo notable en el Senado y Cámara provinciales, así como en el Congreso Nacional, por la entereza de su patriotismo en pro de las libertades públicas.

La colección de sus obras poéticas apareció en Buenos Aires (1854-1855) en 3 vols. *El Peregrino*, *Armontas*, *El Cruzado* y *El Poeta*; sus dramas han merecido justísimos elogios.

En 1875 se publicaron en París las *Obras poéticas y dramáticas* de José Mármol y un año después las dramáticas en Madrid.

En 1877 vieron la luz los dramas de Mármol en Barcelona, en uno de los tomos de la Biblioteca Hispano-Americana.

En 1882 apareció en París la 2.^a edición de las obras completas.

La *Amalia* ha alcanzado muchas ediciones; es un romance histórico de la época de Rosas, en el que se pintan con naturalidad los crímenes más horrorosos de la tiranía.

Ocupaba el puesto de Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (hoy Nacional) cuando perdió la vista, falleciendo poco después, el 12 de Agosto de 1871.



Adiós, dulce sombra del techo paterno;
Adiós, compañeros de infancia feliz;
Amigos queridos, mi adiós es eterno;
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

José Mármol

NACIÓ en Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1818.

Mármol es uno de nuestros poetas más populares.

Como orador se hizo notable en el Senado y Cámara provinciales, así como en el Congreso Nacional, por la entereza de su patriotismo en pro de las libertades públicas.

La colección de sus obras poéticas apareció en Buenos Aires (1854-1855) en 3 vols. *El Peregrino, Armontas, El Cruzado* y *El Poeta*; sus dramas han merecido justísimos elogios.

En 1875 se publicaron en París las *Obras poéticas y dramáticas* de José Mármol y un año después las dramáticas en Madrid.

En 1877 vieron la luz los dramas de Mármol en Barcelona, en uno de los tomos de la Biblioteca Hispano-Americana.

En 1882 apareció en París la 2.^a edición de las obras completas.

La *Amalia* ha alcanzado muchas ediciones; es un romance histórico de la época de Rosas, en el que se pintan con naturalidad los crímenes más horrorosos de la tiranía.

Ocupaba el puesto de Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (hoy Nacional) cuando perdió la vista, falleciendo poco después, el 12 de Agosto de 1871.

Á Rosas

I

Miradlo, sí, miradlo! no veis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos la coronada frente,
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven;
Aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

Veneración! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II

Sus hijos! por qué huyeron de sus paternos lares
Cuál hoja que se lleva sin rumbo el huracán?
Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,
Á tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales
Por qué ya no se escucha la salva del cañón,
Los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
El aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata
 Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡oh sol!
 Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
 Cuando los cielos tiñen con oro y arrebol?

III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
 Que hay mandras en el suelo donde tu luz brilló;
 Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera
 No es esa Buenos Aires la de tu gloria; no. .

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
 Para evitar su méngua, sepúltala ¡por Dios!
 La Emperatriz del Plata te espera de rodillas,
 Ahogada entre jemidos su dolorida voz!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
 Robando de tus hijos la herencia de laurel:
 Salvaje de la pampa que vomitó el infierno
 Para vengar acaso su maldición con él!

IV

Ah, Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
 Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
 Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
 Que súbito y ardiente te parta el corazón!

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
 Que has hecho de la Patria que te guardaba en sí;
 Contempla lo que viene cruzando el firmamento,
 Y dinos de sus glorias la que te debe á tí.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
 Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
 Contempla, y un instante responde sin engaños,
 Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con rayos que indelebles en la memoria están,
Y dignos se conserva memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
Ó acaso en Chacabuco, ó en Maipo, ó en Junín;
Ó, si marcando hazañas más célebres y grandes,
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dinos que lidiando la hubisteis en Ayuma,
Ó acaso en Vilcapujio, Toráta ó Aoqueguá.

VI

Oh, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció,
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tu dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pié del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la diestra pampa llevabas tu corcel.

VII

Oh! Nada te debemos los argentinos, nada;
Sino miseria, sangre, desolación sin fin;

Jamás en las batallas se divisó tu espada,
Pero mostrastes pronto la daga de Caín!

Cuando á tu Patria viste debilitado el brazo
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
Fué abrir con tu cuchillo en virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pié de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre á ríos se derramó doquier,
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

Qué sed hay en tu alma? Qué hiel en cada fibra?
Qué espíritu ó demonio su inspiración te dá
Cuándo en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra la puñalada vá?

Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñada hiel?
Qué atmósfera aspiraste? Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

Que ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
Cuál es de las estrellas la que te alumbrá, acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rujir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN!

X

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia;
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto
También tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas ajitó;
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino las de mi patria, No!

XI

Por tí esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo su pié un león
Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
Pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Palemón Huergo

NACIÓ en Buenos Aires el año 1820.

La tiranía de Rosas lo alejó de su patria durante catorce años que empleó estudiando y viajando por América y Europa. Caído el tirano vino á Buenos Aires y fundó con el doctor Dalmacio Velez Sarsfield, futuro codificador argentino, el diario político *El Nacional*. Huergo lo redactó desde 1852 hasta 1860 al par que Mitre, Gómez (Juan Carlos), Sarmiento y otros.

En 1866 fué enviado á Londres de Secretario de la Legación Argentina y tres años después publicó con el título *Poesías* un volúmen que contiene muchas composiciones en variados géneros, algunas de indisputable mérito. Vuelto á su patria fué diputado, consejero del Ferro-carril del Oeste y presidente del Banco de la Provincia (1870).

Actualmente vive en Buenos Aires alejado de la política.



El 1.^o de Mayo

Hay días, hombres y hechos remarcables
Que señalan una época á la historia,
Y pasan, incrustando en la memoria,
Un signo de bondad ó execración.
Así, el Gran Mayo, cimentó el principio
Que conciliaron generosos hombres;
La historia, entonces, recogió esos nombres
Que hoy el orgullo de la patria son.

Corriendo el tiempo levantóse un Rosas,
Á quién un pueblo sustentó en sus hombros:
La ley, la libertad, redujo á escombros
Y de barbarie el signo tremoló:
La horrenda lucha germinó en la Pampa;
Cundió el terror por la tranquila tierra;
El trueno del cañón, proclamó, guerra;
Y el exterminio su pendón alzó.

Ya Rosas, no fué un hombre—fué un verdugo:
El pueblo, no fué un pueblo—fué un rebaño:
La gloria, no fué gloria - fué un engaño,
La patria, no fué patria—fué un panteón.
Y al ver sus hijos, de su suelo, huyendo
Y, ante mi ídolo, ajadas honra y gloria,
Grabó en sus hojas la imparcial historia,
El signo del terror y la opresión.

Bajo el puñal del despotismo infame;
Bajo el encono de su ardiente rayo,
Un nuevo sol, que fecundó otro Mayo,

El 1.º de Mayo

Hay días, hombres y hechos remarcables
Que señalan una época á la historia,
Y pasan, incrustando en la memoria,
Un signo de bondad ó execración.
Así, el Gran Mayo, cimentó el principio
Que conciliaron generosos hombres;
La historia, entonces, recogió esos nombres
Que hoy el orgullo de la patria son.

Corriendo el tiempo levantóse un Rosas,
Á quién un pueblo sustentó en sus hombros:
La ley, la libertad, redujo á escombros
Y de barbarie el signo tremoló:
La horrenda lucha germinó en la Pampa;
Cundió el terror por la tranquila tierra;
El trueno del cañón, proclamó, guerra;
Y el exterminio su pendón alzó.

Ya Rosas, no fué un hombre—fué un verdugo:
El pueblo, no fué un pueblo—fué un rebaño:
La gloria, no fué gloria - fué un engaño,
La patria, no fué patria—fué un panteón.
Y al ver sus hijos, de su suelo, huyendo
Y, ante mi ídolo, ajadas honra y gloria,
Grabó en sus hojas la imparcial historia,
El signo del terror y la opresión.

Bajo el puñal del despotismo infame;
Bajo el encono de su ardiente rayo,
Un nuevo sol, que fecundó otro Mayo,

Nuevo signo, inició de libertad.
 Los desterrados héroes de la patria,
 Sus tiernos hijos, sus guerreros viejos,
 Contemplaron absortos, desde lejos,
 Su brillo en la densa tempestad.

Y en tanto, el tigre, desde su honda cueva,
 Rije de la barbarie el vasto imperio,
 Y execraciones, muertes é improperio,
 Siembra doquiera, al estampar el pié;
 Un solo hombre libertad medita,
 Los pueblos todos que tomó en ceniza,
 Y allá en su mente el inspirado Urquiza,
 Días de gloria y porvenir prevée.

Asomó Mayo, y su primer aurora
 Llevó al tirano, á su infernal guarida,
 El primer golpe, la primer herida,
 El primer duelo, y su primer dolor.
 Y, ya, enseguida cual visión, vé un héroe,
 Por la banda Oriental, hender cual rayo,
 Y, ante su espada, huyendo con desmayo
 Su poderoso ejército invasor.

¡Ya es libre la nación!—Corre, atraviesa,
 Se lanza al Paraná, y entre desiertas
 Campañas cruza hasta tocar las puertas
 Que amurallan la réproba impiedad.
 Después . . . después . . . bajo los duros cascos
 Del vigoroso potro en la batalla,
 Bajo el trueno, preñado de metralla
 Si comprendió no sé, su iniquidad.

Su época pasó—baldón é infamia
 Se asociaron por siempre con su nombre,
 Y, el Gran libertador, ya no fué un hombre,
 Fué de la patria, un genio tutelar;
 Y el nuevo Mayo, portentoso en hechos,
 Un nuevo día conquistó á la gloria;

Un nuevo héroe presentó á la historia,
Y un nuevo lauro, ante el patricio altar.

¡Salud! mil veces, venturoso y santo
Día de bendición—Mayo primero—
Precursor de los hechos que en Febrero
Coronaron la augusta libertad!
Cual la mano de Dios, tu señalaste
La fé en el porvenir, al argentino;
La senda de la gloria, á su destino,
Y el triunfo á la afligida humanidad.

Un genio, solo, concibió ante el mundo,
Del argentino vindicar el nombre,
Y, ante el tirano, presentóse ese hombre
Á dominar su orgullo y ambición.
El despotismo, en su caverna horrible,
De un solo bote, transformó en escombros;
Y, á esclavos pueblos, libertó en sus hombros
Bajo el azul y blanco pabellón.

Así, dirán, las venideras razas
Al recorrer nuestra presente historia:
Mayo encierra dos épocas de gloria
Como la Pampa, grande á la par:
En la primera valerosos pueblos
Sacuden para siempre el servilismo:
En la segunda—un déspota al abismo,
Arrojan, para siempre, allende el mar.

El 1.º de Mayo

Hay días, hombres y hechos remarcables
Que señalan una época á la historia,
Y pasan, incrustando en la memoria,
Un signo de bondad ó execración.
Así, el Gran Mayo, cimentó el principio
Que conciliaron generosos hombres;
La historia, entonces, recogió esos nombres
Que hoy el orgullo de la patria son.

Corriendo el tiempo levantóse un Rosas,
Á quién un pueblo sustentó en sus hombros:
La ley, la libertad, redujo á escombros
Y de barbarie el signo tremoló:
La horrenda lucha germinó en la Pampa;
Cundió el terror por la tranquila tierra;
El trueno del cañón, proclamó, guerra;
Y el exterminio su pendón alzó.

Ya Rosas, no fué un hombre—fué un verdugo:
El pueblo, no fué un pueblo—fué un rebaño:
La gloria, no fué gloria - fué un engaño,
La patria, no fué patria—fué un panteón.
Y al ver sus hijos, de su suelo, huyendo
Y, ante mi ídolo, ajadas honra y gloria,
Grabó en sus hojas la imparcial historia,
El signo del terror y la opresión.

Bajo el puñal del despotismo infame;
Bajo el encono de su ardiente rayo,
Un nuevo sol, que fecundó otro Mayo,

Nuevo signo, inició de libertad.
Los desterrados héroes de la patria,
Sus tiernos hijos, sus guerreros viejos,
Contemplaron absortos, desde lejos,
Su brillo en la densa tempestad.

Y en tanto, el tigre, desde su honda cueva,
Rije de la barbarie el vasto imperio,
Y execraciones, muertes é imperio,
Siembra doquiera, al estampar el pié;
Un solo hombre libertad medita,
Los pueblos todos que tomó en ceniza,
Y allá en su mente el inspirado Urquiza,
Días de gloria y porvenir prevée.

Asomó Mayo, y su primer aurora
Llevó al tirano, á su infernal guarida,
El primer golpe, la primer herida,
El primer duelo, y su primer dolor.
Y, ya, enseguida cual visión, vé un héroe,
Por la banda Oriental, hender cual rayo,
Y, ante su espada, huyendo con desmayo
Su poderoso ejército invasor.

¡Ya es libre la nación!—Corre, atraviesa,
Se lanza al Paraná, y entre desiertas
Campañas cruza hasta tocar las puertas
Que amurallan la réproba impiedad.
Después . . . después . . . bajo los duros cascos
Del vigoroso potro en la batalla,
Bajo el trueno, preñado de metralla
Si comprendió no sé, su iniquidad.

Su época pasó—baldón é infamia
Se asociaron por siempre con su nombre,
Y, el Gran libertador, ya no fué un hombre,
Fué de la patria, un genio tutelar;
Y el nuevo Mayo, portentoso en hechos,
Un nuevo día conquistó á la gloria;

Un nuevo héroe presentó á la historia,
Y un nuevo lauro, ante el patricio altar.

¡Salud! mil veces, venturoso y santo
Día de bendición—Mayo primero—
Precursor de los hechos que en Febrero
Coronaron la augusta libertad!
Cual la mano de Dios, tu señalaste
La fé en el porvenir, al argentino;
La senda de la gloria, á su destino,
Y el triunfo á la afligida humanidad.

Un genio, solo, concibió ante el mundo,
Del argentino vindicar el nombre,
Y, ante el tirano, presentóse ese hombre
Á dominar su orgullo y ambición.
El despotismo, en su caverna horrible,
De un solo bote, transformó en escombros;
Y, á esclavos pueblos, libertó en sus hombros
Bajo el azul y blanco pabellón.

Así, dirán, las venideras razas
Al recorrer nuestra presente historia:
Mayo encierra dos épocas de gloria
Como la Pampa, grande á la par:
En la primera valerosos pueblos
Sacuden para siempre el servilismo:
En la segunda—un déspota al abismo,
Arrojan, para siempre, allende el mar.

Mayo 1.º de 1852.

Bartolomé Mitre

TENIENTE general, ex-presidente de la República, poeta, historiador y publicista eminente.

Nació en Buenos Aires el 26 de Junio de 1821.

En 1837 tuvo que abandonar sus estudios para encaminarse á Montevideo con su padre á quien perseguía el tirano Rosas. Desde entonces comienza la vida del militar que se desarrolla en cuatro repúblicas: en la Oriental del Uruguay, en las de Bolivia y Chile y en la Argentina. En Bolivia dirigió el colegio militar nacional y redactó *La Época*; en Valparaiso redactó *El Mercurio*; en Santiago *El Progreso* (1849); escribía en prosa y en verso.

En 1852 formó en las filas del ejército defensor de Montevideo y en el que derrocó en los campos de Caseros al tirano del Plata, Juan Manuel Rosas, comenzando desde entonces para Mitre su verdadera carrera política.

En 1852 fundó *Los Debates* en Buenos Aires que le valió el destierro, pero la revolución de Setiembre le abrió nuevamente las puertas de la patria. Desde entonces fué jefe de armas, ministro y diputado.

Publicó en 1854 sus *Rimas* (poesías líricas); en 1855 una biografía de Belgrano en la *Galería de celebridades argentinas* y en 1859 repartió por entregas la *Historia de Belgrano y de la Revolución Argentina*, pero nuevos hechos de armas pusieron en su mano nuevamente la espada y marchó al combate.

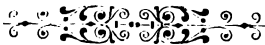
Con motivo de la crítica hecha por Velez Sarsfield á la obra de Mitre, este se defendió en *El Nacional* y en *La Nación Argentina*. Desde entonces hasta hoy ha escrito en los siguientes diarios y revistas (1859-1890) *La Ilustración Argentina*; *Revista de Buenos Aires*; *Revista del Rto de la Plata*; *Nueva Revista de Buenos Aires*; *Revista Nacional*; *El Sud-Americano* y en el diario *La Nación* que es por él fundado y uno de los de mayor circulación y formato en la América latina.

En *El Investigador del Uruguay* (1887) hemos publicado una lista de sesenta y tantas producciones del general Mitre.

Sus principales obras históricas son: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (Buenos Aires 1857-59); *Estudios históricos sobre la revolución Argentina—Belgrano y Güemes—*(Buenos Aires 1864); *Cartas polémicas* (1871); *Historia de San Martín*; (folletín de *La Nación*, 1875 ; *Rimas* (2.^a edición, 1876); *Historia de Belgrano* (3.^a edición 1876); *Comprobaciones históricas* (polémica con el doctor López) 2 tomos, 1881; *Historia de Belgrano y de la Independencia* (edición definitiva) París 1887; *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana*, edición costeadada por el Gobierno Nacional (1888), Buenos Aires, Imprenta de “La Nación” 3 tomos de más de 600 páginas.

El general Mitre fué gobernador de la Provincia, presidente de la República, ministro plenipotenciario y jefe del ejército en la guerra de la triple alianza.

La índole de este libro no nos permite extendernos más acerca de esta personalidad política que actualmente (1890) viaja por Europa.



Al 25 de Mayo

Cascada de Niágara y Tequendama,
Donde el agua del mundo se derrama
Para apagar de América la sed!
Amazonas, Misoury , bello Plata,
Donde la virgen pura se retrata
En tu margen bañándose los piés!

Pampas inmensas, selvas olorosas,
Del Andes cordilleras orgullosas
Que corona la ardiente cruz del Sud:
Perfumaos como nube de incensario,
Armonizaos cual himno del santuario,
Para decir de Mayo al sol—Salud!

Salud página inmensa de la historia,
Divino resplandor de la memoria,
Fuente de personal inspiración;
En tus alas de fuego me sublimas
Y al entusiasmo sacro en que me animas
Calientes mi cabeza y corazón.

Irrefragable manantial de vida
Que enriquece la savia bendecida
Del árbol de la hermosa Libertad,
Donde crecen las flores inmortales
Teñidas de colores celestiales
Con que perfuma Dios la humanidad.

Inextinguible cifra que concreta
Las utopías doradas del poeta,
Y la idea de genio pensador;

Como de mil cabezas agitadas
Uniforma las creencias encontradas
El madero del sacro Redentor.

Del gran día celeste monumento,
Donde arde su divino pensamiento
Como el fuego sagrado en el altar,
Que bañará del mundo las edades,
En medio de las densas tempestades
Para impedir al hombre naufragar.

Hoguera abrasadora del gran Mayo
Dó se incendió terrible como el rayo
El fuego de un pensar generador,
Que el corazón templó cual hierro fuerte
Y dió existencia á la materia inerte,
Como al soplo divino del Creador.

Al vivífico rayo de tu lumbre,
Se estremeció la inmensa muchedumbre
Y el polvo del esclavo sacudió.
Allí surgió la dignidad humana,
Y una nación potente y soberana
Que el soplo democrático animó.

Allí genios pujantes inspirados,
Formularon derechos pisoteados.
En solo una palabra—Libertad;
Y ella vertió con generosa mano
Perfumes sobre el mundo Americano,
Y en ideas de gloria lo embriagó.

La inspiración de la alta inteligencia
El calor de la intrépida elocuencia
En el astro de Mayo concentró;
Y del ardiente labio de Moreno
Se desprendió de su palabra el trueno,
Y el programa de Mayo formuló.

“ Derribemos su trono al despotismo:
“ Abramos ancha vía al patriotismo:
“ Alcemos los fanales de la ley:
“ Rompamos su barrera á la ignorancia:
“ Alumbremos la mente de la infancia,
“ Y ennoblezcamos al humano ser.”

Al ver tan magnífico programa,
Prendió en los corazones noble llama,
Que como chispa eléctrica cundió:
Como hierve entre escollos la marea,
Hirvió entre las cabezas una idea
Que dió vida á la gran revolución.

Revolución sin lanzas, ni fusiles,
Un alto pensamiento fué su Aquiles,
Y la razón su escudo tutelar;
Revolución nacida de las cosas
Que rugiendo como olas tempestuosas,
Derribaron la estatua personal.

Revolución con cauda de cometa
Que atravesó los aires cual saeta
Despedida del arco del señor:
Parto de mil ideas generosas
Que volaron cual chispas luminosas
Por todo el continente de Colón

Solo una vez brillaron sus espadas
Para romper cadenas execradas
Y sostener las tablas de la ley;
Para postrar esclavos y tiranos,
Para afirmar los vínculos de hermanos
Y atarlos con coronas de laurel.

Tuvo ejércitos grandes, generales
Que pasaron gloriosos y triunfales
Las banderas del pueblo paladión;
Y de los Andes en la blanca cima,

En Chile hermoso y opulento Lima,
Postraron al ibérico león.

Legisladores de alta inteligencia,
Que encendieron la luz de la experiencia.
Para alumbrar su vía al porvenir,
En Tucumán el acta formularon
Y libre é independiente declararon
Al pueblo que rompió su yugo vil.

Sol de Mayo que entonces refulgente,
Suspendido por Dios en el Oriente
Alumbraste la gran revolución:
Al fecundar de Mayo la semilla,
Hoy te doblan humildes la rodilla
Los nietos de esa audaz generación.

Mira el árbol sembrado por sus manos
Que enarbola sus gajos soberanos
Sombreado al Sud, al Norte y Ecuador
A cuyo pide la libertad divina,
Vagando por el mundo peregrina,
La tienda americana levantó.

En vano las segures cortadoras
En su tronco se hundieron destructoras
Sin conseguir sus ramas marchitar,
Y aunque hollado por hondas cicatrices
Estiende poderosas sus raíces,
La América abarcando cual Titán.

Contempla al Norte en trece fajas bellas,
Como flamea el pabellón de estrellas,
Símbolo de la gloria de la Unión
Y en la torre de su alto Capitolio
La democracia encima del gran solio
Que elevó la justicia y la razón.

De allí voló de Mayo la simiente,
De allí de libertad el soplo ardiente
Que la mente del pueblo calentó,
Como se prestan jugos y calores
En el pólen fecundo de las flores
Que la brisa en sus alas derramó.

Contempla al pueblo libre que en el Itsmo
Se labró con intrépido heroismo
El acta de su gloria y Libertad:
Al formarlo parece que Dios quiso
Dar á su americano paraíso
Vínculo de eternal fraternidad.

Al Sud siete repúblicas hermanas
Enarbolaron banderas soberanas,
En vez del rojo trapo Colonial:
Y al soplo tempestuoso de la guerra
Fortifican sus astas en la tierra,
Cual árbol que sacude el vendabal.

Las repúblicas hijas de Bolívar
Beben gotas de mieles y de acíbar;
Caminando á un hermoso porvenir;
Y Chile cual fanal del marinero.
Va mostrando el seguro derrotero
Porque debe la América seguir.

¿Y qué es de la república que un día
Hizo surgir de entre la noche fría,
De esclavitud un mundo colosal?
¿La que dando patrióticas lecciones
Fundó en el continente tres naciones,
Sobre el polvo del trono colonial?

De aquella que con brazos vigorosos,
Derribó los guerreros orgullosos
Del Brasil, de la España y de Albión?
¿La que abatió la cima de los Andes,

Y dió á la historia de los pechos grandes
Páginas de belleza y esplendor?

¿La que envuelta en el manto de la gloria
Sobre el carro triunfal de la victoria
Se coronó la frente de laurel,
Y en vez del negro trono de los reyes,
Hizo elevar el ara de las leyes,
Y derramó sobre ella mirra y miel?

¿La que libre feliz y soberana
Bebía la virtud republicana
En el soplo del férvido huracán?
¿La que en alas del rápido pámpero,
Parecía decir al mundo entero
“ Á donde vá mi viento el brazo vá?”

¿La que Atenas del mundo americano
Distribuyó con generosa mano
De ilustración y de verdad el pan
Y en la mente sin luz de la criatura
Encerraba la ardiente levadura
Que con la edad debía fermentar?

Ahí la tenéis encima de un calvario
Envuelta por el fúnebre sudario
Que le arrojó la torpe esclavitud:
Reina con el cabello pisoteado,
Laurel á quien la lluvia no ha regado
Y se marchita en flor de juventud.

La sociedad sin leyes, desquiciada,
Y bajo férrea mano nivelada
Armada del cuchillo del terror:
Los nombres de patriotas eminentes
No grabados en bronces relucientes
Sino en tablas de horrible proscrición.

Los principios de Mayo conculcados
Los derechos del hombre pisoteados,
Sin que pueda decir: "yo tengo pan."
Un pueblo destinado al sacrificio
Sobre el horrendo tajo del suplicio,
Que sangre pura destilando está.

Al deshonor sus hijos entregados,
Las madres en los templos azotadas
Coronadas del moño de irrisión,
Arrastrando cual mulas sucio carró,
Donde llevan un ídolo de barro
Que colocan al lado del Señor.

La tribuna de Pasó y de Dorrego,
Cuya palabra descendió cual riego
En medio de la barra popular;
Hoy la ocupan estúpidos sectarios
Donde leen un papel sin comentarios
En defensa del crimen y maldad.

La bandera que guiaba al combatiente
Despojada del sol resplandeciente,
Y ennegrecido su divino azul:
Desterrado el valor de su milicia;
Derrumbado el altar de la justicia;
Los poetas sin patria y sin laud.

En todo impreso del demonio el sello,
El robo y el incesto y el degüello
Sancionados por ley y religión.
Coágulo de los vicios más inmundos
Que emponzoñara el aire de mil mundos
Si no se contuviese su explosión.

El genio que preside la anarquía
Entre el vapor espeso de la orgía
Desparrama en su aliento corrupción:
Aborto abominable del infierno,

Ó maldición tremenda del Eterno,
Porque el lazo rompimos de la unión.

Salvaje, que en sus raptos de demencia
Volcó la hermosa antorcha de la ciencia
Para encender con ella su fogón.
Allí quemó del pueblo los derechos,
El bello libro de los grandes hechos. . . .
Pero su cifra está en el corazón.

Entonces á demanda tuya ¡oh Mayo!
Armemos nuestra diestra con tu rayo
Para acorrer la patria en su horfandad,
Dando al viento de nuevo los colores,
Que engalanó en tus nítidos albores

Pero la diestra que mi patria azota
La revolcó en el campo de la rota,
Y vió abatido su inmortal pendón.
Los buenos argentinos sucumbieron
Y en el seno de Oriente se acogieron
Cual la paloma que huye del halcón.

Hijo del pabellón del argentino
Su bandera dió sombra al peregrino,
Como el palmero al pobre viajador:
Pero el feroz tirano en torvo ceño,
Los despertó de su agitado sueño
En la tierra de lenta proscripción.

Al mirar levantarse agigantado
Un pueblo por las leyes gobernado,
Vió su trono sangriento bambolear,
Ante la ley retrocedió el salvaje
Y sus hordas hambrientas de pillaje
Bajo rojo pendón hizo juntar.

Y dijo:—“Al otro lado de ese río,
“ Se levanta con fuerte poderío

“ El odiado pendón de Libertad:
“ Corred allí, mis bravos federales,
“ Y quemad esos libros infernales
“ En que se habla de Patria y de Igualdad.

“ ¡Á la carga! ¡á degüello! mis sicarios:
“ Que mueran los salvajes unitarios
“ Por mi mazorca á filo de puñal:
“ Despedazad sus cráneos con la bola,
“ Y arrastrad de los potros á la cola
“ Sus cabezas en medio de un cardal.

“ Que vista en pocos días triste luto
“ Y que me pague en llanto su tributo
“ La que llaman República Oriental.
“ Atádmela á la cincha con un lazo ;
“ Quedando espuela y rienda á mi picazo,
“ La veréis por las pampas arrastrar.

“ Predicad que á los piés de mi caballo
“ He borrado los códigos que en Mayo
“ Una turba de locos escribió.
“ Y he formado en la palma de mi mano
“ Un famoso “Sistema Americano”
“ Para reinar sobre las leyes yo.”

La mesnada de torpes asesinos
Que deshonran el nombre de argentinos
Volaron cual hambriento gavilán ;
Y al barbárico son del clamoreo,
Llegan ante la gran Montevideo,
Dnde los libres en su puesto están.

Llegan y se detienen asombrados
Ante los fuertes muros levantados
Del pueblo por la mano colosal.
Y en el Cerrito de inmortal memoria,
Donde Rondó se coronó de gloria,
El miserable esclavo alzó su real.

No ya, cual otro tiempo en las almenas
Van á trozar las bárbaras cadenas
De tres siglos de oprobio y opresión. :
Renegando la gloria de esos días,
Vienen á traer satánicas orjías,
El degüello y la cruel confiscación.

Por las orillas fértiles del Plata
La gavilla de Rosas se dilata,
Amenazando hundir la libertad.
Montevideo grande, fiel, sublime,
Bajo el enorme peso que la oprime,
Alza sobre sus hombros la igualdad.

Oponiendo la espalda á la venganza,
Guarda el arca de la última esperanza
En el recinto de la gran ciudad;
En ella cual depósito sagrado,
Se encierra el porvenir ilimitado
Que asombrados los hombres dejará.

En ella de estos países venturosos
Fructifican los jérmenes hermosos
De libertad y civilización;
Y día y noche la ciudad invicta,
Guardando con amor su arca bendita,
Vela al pié del sagrado pabellón.

Funde cañones, arma ciudadanos,
Y al niño, á la mujer y á los ancianos,
Les infunde el aliento varonil.
Amasa con su sangre sus murallas
Bajo el fuego de la hórrida metralla
Y el mortífero plomo del fusil.

La pólvora y la sangre siempre humea,
El cañón y la lanza centellean,
Y uno á uno sus hijos ve caer:
Pero ella más heróica y más constante,

Los envuelve en su manto rutilante,
Y le ciñen coronas de laurel.

En vano viejos pueblos enervados
Escriben en sus libros despreciados
"El oro, el oro es de la tierra Dios."
Que ella dice con hechos elocuentes:
"En dos pueblos viriles y valientes
"El Dios es de la Patria el santo amor."

Al que infame, cobarde y miserable
Deserta á su defensa inimitable,
Le stampa el sello ardiente de traidor.
Y teje siempre-viva y mustio lirio
Para ceñir corona de martirio
Al que dé su vida en oblación.

Y sus hijos también, con patriotismo,
Vendan al que cayó con heroísmo
Peleando por su hogar y castidad;
Y comprendiendo su misión inmensa,
Se entrega de la patria á la defensa
Ofreciendo sus hijos en su altar.

¡Oh! la misión de la mujer es santa
Ella la flor de las virtudes planta,
Del niño en el fecundo corazón;
Y cuando vé la patria que agoniza,
Desprende de su seno á el ancha liza
De patriotas audaz generación.

De los niños confiados á sus manos
Salen fuertes y buenos ciudadanos,
Formados en el halda maternal;
Do aprendieron á odiar la tiranía
Y á combatir con ínclita porfía
Por los santos principios de igualdad.

Así en Mayo nacieron los campeones
Que rompieron los duros eslabones
Que nos forjó la torpe iniquidad:
Y con la leche encima de los labios,
Fuertes guerreros, gobernantes sabios,
Contempló con asombro aquella edad.

Y hoy en la lucha santa que emprendimos
Niños sobre la arena descendimos
Para arrimar al hombre al patrio altar,
Y al darnos nuestra madre abrazo estrecho,
Nos pone sollozando sobre el pecho
Los colores de Salta y Tucumán.

¡Oh! mil veces, mil veces venturosa
La juventud que en causa tan hermosa
Puede toda su sangre derramar:
La que serena ante el combate rudo
De tiranía cae en el escudo
Del mártir de una causa universal.

Esos tus hijos son: los que á tu dogma
Les tributan sus cánticos y aromas,
Su brazo y su poder intelectual:
Que acaudillan de Mayo aquellos hombres
Cuyos gloriosos é inmortales nombres,
Son nuestro patrimonio nacional.

Cada viejo de Mayo es flor divina
De la corona cívica Argentina,
Y la corona cívica Oriental;
Y si el viento le arranca á alguna hoja,
Tu luz seca las gotas de congoja
De nuestras patrias en la bella faz.

Detente ¡oh sol! y mira á ese caído
Porque ese era un guerrero esclarecido
Que en holocausto tuyo se ofreció;
Y hasta lanzar su postrimer aliento,

Á tí te dedicó su pensamiento,
Y al ver tu faz contento pereció.

Grande entre los gigantes de aquel Mayo
Que robaron á Dios su ardiente rayo
Para decir al pueblo—Fiat lux—
Hoy miró su postrer aniversario
Sirviéndole de espléndido sudario
De la ciudad el estandarte azul.

Tuvo seis hijos, del amor el fruto,
Que presentó á la patria por tributo
Cuando miró su estatua bambolear;
Y á la cabeza de su prole hermosa
Desenvainó su espada victoriosa
Para poner á raya la maldad.

Y en cien combates de eternal memoria
Do la ciudad se coronó de gloria,
Relampagueó su acero vencedor:
Y el entusiasmo puro en que él ardía
Á sus valientes hijos lo infundía
Entre el silbo del polvo matador.

Hermosa cual su vida fué su muerte,
Con el aliento varonil del fuerte,
Peleando por su patria sucumbió.
En hombros de sus hijos esforzados
De balazos el pecho acribillado,
El campo de batalla abandonó.

Y tendido en el lecho de agonía,
Reconcentró de su alma la energía
Para poderte contemplar ¡oh sol!
Y á veces repetía el fuerte anciano:
“ Pueda mirar el astro soberano
Que el día de la América alumbrió!”

El cielo oyó su ruego: esta mañana
 Cuando tocaba á vuelo la campana
 Y tronaba la salva del cañón;
 Sintió fuego patriótico en el alma:
 Y cual hojas al tronco de la palma,
 Su valerosa prole le rodeó.

Sobre su calva é inspirada frente
 Relucía la chispa refulgente
 Que fijó con su dedo el Hacedor.
 Abrió sus ojos á la luz suave,
 Y arrojó una mirada dulce y grave
 Á sus retoños que en amor regó.

Los estrechó con paternal ternera
 Y elevando exaltada su cabeza,
 En las nubes de Oriente se fijó;
 Cayeron de rodillas ante el lecho,
 El corazón en lágrimas deshecho,
 Y él así les hechó su bendición.

“ Bendito seais para salvar la patria
 “ Y fecundar de Mayo la simiente:
 “ Para adornar con palma refulgente,
 “ De nuestra patria el pabellón triunfal.

“ Bendito seais para morir por ella,
 “ Entre el ardor de la feral batalla;
 “ Para imponer incontrastable valla
 “ En la tribuna al despotismo audaz.

“ Bendita seais para rasgar el pecho
 “ Del torpe Rosas con robusta mano,
 “ Y dar al pueblo en que nació Belgrano
 “ De Libertad y gloria la señal.

“ El mundo entero aplaudirá ese golpe,
 “ La humanidad os colmará de loores

“ Y el cincel de los grandes escultores
 “ Os armará del salvador puñal.

“ Himnos sin cuento os rendirán los yates,
 “ Párvulos tiernos, santas bendiciones,
 “ Casta doncella, puras emociones,
 “ Y admiración la noble ancianidad.

“ El pueblo grato os cenirá de lauros;
 “ Enjugaréis de una nación el lloro;
 “ Que vuestro nombre escribira con oro
 “ En las fajas del Lábaro triunfal.

“ Grandes seréis por mil generaciones
 “ Y vuestra gloria inundará este suelo,
 “ Y vuestro padre desde el alto ciclo
 “ Os enviará su bendición de paz.

“ Benditos seáis para salvar la patria
 “ Y dar al mundo ese inmortal ejemplo,
 “ Volar de gloria al sacrosanto templo
 “ Y de Mayo las aras levantar.... ”

Dijo el anciano, y el gran sol de Mayo
 Vertió sobre su frente un puro rayo
 Que en misteriosa aureola lo cino.
 Lo contempló con ojo entusiasmado
 Diciendo “ Patria mía.... ” y apagado
 Quedó su inteligente resplandor.

Así de libertad sucumbe el hijo
 Sobre la patria el pensamiento fijo
 Abrazando las gradas de su altar:
 Como Casteli y cual Berón de Astrada,
 Como Lavalle de alma no domada,
 Muere para vivir vida inmortal.

Con mártires de grandes corazones,
 Se alzan y regeneran las naciones

Y su sangre es la ofrenda que le dan,
 Mártir fué el Redentor: y de un madero
 Do lo enclavó el impío, al mundo entero:
 Regeneró con su misión de paz.

Bebiendo el entusiasmo de sus hechos,
 Buscaremos del hombre los derechos.
 Al a radiante luz de la verdad.
 El templo del gran Mayo concluiremos
 Con la caliente sangre que le demos
 Peleando por su dogma celestial.

Profética la mente ví otros días
 En que se oirán sublimes armonías
 Bajo el domo que habremos de elevar:
 No habrá tiranos ni sangrienta guerra:
 Tierra de promisión será esta tierra,
 Norma de la aflijida humanidad.

¡Oh Mayo! de tu espíritu invisible
 Penetrarás un mundo indivisible
 Como el aire, de Dios la inmensidad;
 Y al esplendor tu sol del alto cielo,
 Se elevará sublime desde el suelo
 Un coro de alabanza universal:

“ Gran lámpara del templo soberano!
 “ ¡Vasta concretación del ser humano!
 “ ¡Monumento grandioso de igualdad,
 “ Cuya piedra fué puesta por gigantes
 “ Dejándonos sus hijos que pujantes,
 “ Alzarán su cimborio colosal!

“ Tú guardas de los hombres el tesoro
 “ Y en los altares de tus urnas de oro
 “ Derramas democrático raudal.
 “ Con que bañas del mundo las naciones
 “ Que entrelazan sus ínclitos pendones
 “ Para beber tu universal maná.

“ Bajo la inmensa cruz del cristianismo
 “ Que domina tu domo, el despotismo
 “ Yace herido del rayo popular,
 “ Y la divina imagen que soñaron
 “ Los hombres que tu basa levantaron
 “ Le oprime con su planta de Titán. ”

NOTAS

(1) *Cascadas del Niágara y Tequendama.*

Considerando la revolución Americana como una cadena sucesiva de revoluciones, que deben confundirse en un centro común—el de la Libertad—he creído deber vincular en este canto el presente y el porvenir de los grandes continentes, cuyas cataratas evoco. Su posición geográfica parece estar indicando en el Istmo de Panamá el lazo extremo que los debe ligar.

(2) *Parto de mil ideas generosas
 Que volaron en chispas luminosas
 Por todo el continente de COLÓN.*

La revolución del 25 de Mayo de 1810, en Buenos Aires, no fué la primera de América, como algunos lo creen antes de ella: el 9 de Agosto de 1808, Méjico dió el primer grito de alarma, formando una Junta conservadora, bajo los auspicios del mismo Virey, pero fué disuelta á los treinta y siete días. La Paz imitó su ejemplo en 15 de Junio de 1809, y sus autores perecieron en el cadalso. Caracas instaló su Junta en 19 de Abril de 1810 y fué la primera sección Americana que se declaró independiente y se constituyó en República. Santa-Fé de Bogotá, lo hizo en 25 de Mayo de 1810. Quito en 19 de Agosto de 1810 y Chile en 11 de Setiembre del mismo año. A la revolución de Mayo, ejecutada sin bayonetas ni violencias, presidió una solidez de ideas que prestándole vigor desde sus primeros pasos, le dieron lugar á establecer un inmenso sistema de propaganda, que antes de seis meses, por los esfuerzos directos de sus agentes y de sus armas, se estendió á Chile y el Perú. La revolución de Mayo nunca fué ahogada: todas las demás lo fueron; y en medio de los mayores contrastes de la guerra de la Independencia, no hubo una sola República que no respirase libre de congoja al mirar de pié á las Provincias Unidas del Río de la Plata. La revolución de Mayo no es, pues, la primera por su orden cronológico, sino por su objeto, por su poder, por sus resultados, y su influencia en los destinos de la América toda, en cuya balanza puso su inteligencia, su oro, su sangre y su espada.

(3) *Contempla al norte en trece fajas bellas
 Como flamea el pabellon de estrellas
 Símbolo de las glorias de la Unión.*

Debemos este tributo á la República Norte-Americana que fué el heraldo de la Sud-América y el primer pueblo del Mundo que reconoció nuestra Independencia. Así contestamos también á los groseros insultos que algunos hijos de la patria de Washington suelen prodigar á los pueblos Sub-Americanos, sin tomarse el trabajo de estudiarlos.

- (4) *Como se prestan jugos y colores
En el poleo fecundo de las flores?*

Aunque el fenómeno de la fecundación de las flores ha sido siempre un objeto común de comparaciones poéticas, debo en conciencia hacer memoria de la de M. Delavigne en sus "trois jours de Christophe Colomb" por referirse igualmente á la revolución Norte-Americana.

Tel un jeune palmier pour féconder ses sœurs
Fleurit et livre aux vents ses parfums voyageurs.

- (5) "Derribemos su trono al despotismo,
Abramos ancha vía al patriotismo,
Alcemos los fanales de la ley,
Rompamos su barrera á la ignorancia,
Alumbremos la mente á la infancia
Y ennoblezcamos el humano ser."

Moreno fué en efecto el Miguel Angel político de la revolución de Mayo y estas palabras que ponemos en su boca no son una suposición gratuita, sino literalmente las que pronunció en la mañana del mismo día 25 al saber que había sido nombrado secretario de la junta: "La variación presente no debe limitarse á suplantar á los funcionarios públicos é imitar su corrupción é indolencia. Es necesario destruir los abusos de la administración, desplegar una actividad que hasta ahora no se ha conocido, *promover el remedio de los males que afligen al Estado, excitar y dirigir el espíritu público, educar al pueblo, destruir los enemigos y dar nueva vida á las provincias. Es preciso emprender un nuevo camino*, en que lejos de hallarse alguna senda sea necesario practicarla por todos los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones han amontonado después de siglos ante la felicidad de este continente." (Vida y memorias del Dr. Moreno.) Sin embargo, Rosas y sus infames lacayos que anhelan por oscurecer las glorias nacionales, en las que ninguna parte han tenido, niegan impudicamente la existencia del grande pensamiento que presidió á la revolución de Mayo. No es extraño; hay dementes que niegan la existencia del Sol, pero los hombres de libertad y todo el que no sea esclavo de Rosas, mirará siempre en las palabras de Moreno, el verdadero y único programa del 25 de Mayo de 1810.

- (6) *La que Atenas del mundo Americano, etc.*

Antes que yo la ha llamado así, un escritor célebre por su amor á la Libertad y ardientes simpatías por las Repúblicas de Sud-América, el Abate Deprad.

(7) *La tribuna de Agüero y de Dorrego.*

Al nombrar dos celebres oradores Argentinos, no he querido en ningún modo, establecer la supremacía suya sobre los demás. He tenido en vista al elegirlos el tomar el nombre del orador más popular que ha tenido cada uno de los dos partidos que han desgarrado el seno de nuestra patria, manifestando en este amalgama que la herencia que nosotros hemos recogido es la de la patria, y no la de los partidos.

(8) *Hoy la ocupan estúpidos sectarios
Dónde leen un pápel sin comentarios
En defensa del crimen y maldad.*

Después de escritos estos versos he hallado las siguientes palabras en la historia de Napoleón por Norvins: "La tiranía es un libro sin comentarios que tiene sus fanáticos" y aún cuando algunos crean que los he tenido presentes antes de escribir los versos, será siempre necesario convenir que el plagio estaría de parte de los sellos de Rosas y que pintando el estado de mi patria, bajo su brutal poder, he venido á ser indirectamente el plagiarlo de Norvins.

(9) *Ó maldición terrible del eterno
Porque el lazo rompimos de la unión.*

No hay uno de los jóvenes poetas que hoy escriben que no haya bebido alguna inspiración en el último himno que D. Juan C. Varela dedicó á Mayo poco antes de morir. Por mi parte confieso que siempre que considero al tirano de mi patria como un castigo de nuestra desunión, se presentan espontáneamente á mi memoria aquéllos versos del gran poeta de la revolución:

¡Oh, Dios, no supimos vivir como hermanos!
De la cara patria, nuestras mismas manos,
Osaron el pecho sagrado romper,
Y por castigarnos, al cielo le plugo,
Hacer que marchemos unidos al yugo
Que oscuro tirano nos quiso imponer.

(10) *Y en el Cerrito de eterna memoria
Donde Rondó se coronó de gloria.*

Entre las glorias actuales de la ciudad de Montevideo no es la menor la que le cabe en tener en el recinto de sus muros el vencedor del Cerrito, al general D. José Rondeau, al que en ese mismo lugar donde hoy se levantan las tiendas de los degolladores de Rosas postró la arrogancia del poder colonial y conquistó las llaves de Montevideo, para que abriendo otros sus ferrados puertas hicieran entrar las huestes triunfantes de la patria y con ellas el aliento democrático que hoy opone á la tiranía de Rosas un obstáculo incontrastable. El general Rondeau á los setenta y cinco años de su edad conserva aún una admirable energía y hace votos ardientes á la Providencia por el triunfo de los principios de Mayo que como él mismo dice en sus

memorias que se ha ocupado á escribir en su retiro: "*han sido siempre mi ídolo.*"

- (II) *En vano viejos pueblos enervados* ;
Escriben en sus libros despreciados:
 "El oro! el oro! es de la tierra Dios"
Que ella dice con hechos elocuentes:
 "En los pueblos viriles y valientes
 "El Dios es de la patria el santo amor."

Estos son los únicos versos que he añadido á mi composición, después de la lectura pública que de ella se hizo en la noche del 25 de Mayo: la Idea me ha sido sugerida por un valiente apóstrofe de la composición del Sr. D. Luis Domínguez, que fué coronado de aplausos; y he añadido esta estrofa porque no debe pasarse en silencio la inmensa gloria que cabe al pueblo oriental, de haber sostenido una guerra sin dinero. El conde Darú dice en su historia de Venecia: "La máxima que el dinero es el nervio de la guerra, verdadera bajo algunos aspectos en administración, no ha podido acreditarse sino en los pueblos incapaces de esfuerzos generosos: cuando se aspira á la independencia, á la gloria y al poder, es necesario saberlo conquistar por sí mismo."

- (12) *De nuestras Patrias en la bella faz.*

Ningún verso más lleno de verdad que este; argentinos y orientales podemos decir cuando hablamos de estos países, nuestras patrias, y nada será más bien dicho. La solemnidad literaria del 25 de Mayo, ha expresado más claramente que nada el espíritu fraternal de los dos pueblos. La composición del distinguido poeta oriental D. Francisco Acuña de Figueroa, respiraba el más puro argentinismo, al paso que las de los poetas argentinos respiraban el más acendrado amor por la patria oriental.

- (13) *Esta mañana*
Cuando tocaba á vuelo la campana.

La Idea de saludar los grandes días de la Patria con un repique general de campanas, pertenece al jefe político de Montevideo D. Andrés Lamas. No podemos recordar su nombre sin felicitarle por sus laudables esfuerzos para dar á las festividades nacionales un fin de mejora y de ilustración. La creación del Instituto Histórico Geográfico Nacional y los cantos consagrados al 25 de Mayo de 1844 para destinar el producto de su impresión á beneficio de los inválidos del asedio, son ciertamente dos títulos enviables al reconocimiento público.

- (14) *El mundo entero aplaudirá ese golpe.*

No necesito confesar que he tenido muy presente la bellísima imprecación del Sr. D. José Rivera Indarte, en su elocuente y erudito discurso: "*Es acción santa matar á Rosas.*"

(15) *Norma de la afligida humanidad.*

¿Quién podrá decir que esta sea una hipótesis atrevida? Acaso todos los pueblos del mundo á su vez no han empuñado el cetro del poder, de la sabiduría, del comercio, de la política? Y por qué la América, que por sí sola reúne más elementos de libertad, de prosperidad, de engrandecimiento que todas esas naciones juntas, por qué no ha de dominar á su vez? Dominará sí, pero su dominación no será egoísta, como lo fué la de Roma en la antigüedad, como la de muchas naciones en la edad media, y como la de Inglaterra en nuestros días. — “¿Qué perspectiva risueña, dice el Atlas de Lesage, descubre “ en cualquier sentido que la examine la imparcial filosofía! ¿Qué campo tan “ vasto de meditación y de esperanzas para el destino de los hombres!” Su territorio, sus ríos, sus vegetales y montañas, todos en ella es gigantesco y nuevo: sus habitantes, sus costumbres, sus formas de gobierno, sus mismas convulsiones y hasta el idioma inglés y español, herencia de la Europa, todo lleva impreso el sello de la originalidad Americana. Nuevo mundo como lo llamó Colón, considerándolo bajo su aspecto físico, está destinado por la Providencia para dar existencia á un nuevo mundo moral. La sociedad del viejo continente está carcomida y necesita regenerarse en un pueblo joven como el nuestro y el sistema democrático que la anima, le ha de regenerar algún día y entonces reinaran los principios de Mayo, que no son sino los principios del género humano. Tal ha sido mi idea en ese verso, pero ya que he hablado del viejo y nuevo mundo, permítaseme decir algo más sin pasar del linde de los días presente — ¿puede negarse que la América puede vivir sin la Europa y la Europa sin la América, nó? El Paraguay aún que es uno de los países más favorecidos de la naturaleza, no es ciertamente el más industrial; no nos ha hecho palpable esta verdad en más de 30 años de aislamiento? Hacen ya muchos años que Deprad dijo, y ¡ojala no nos hubiéramos olvidado jamás de estas palabras: “La América puede cerrar sus puertas á la Europa, segura de que al otro día, ella vendrá á golpearlas para que le abran!”

A un ombú

Eres la verde guirnalda
De la cabaña pajiza,
Que vas marchando de prisa
Con el pasado en la espalda
Y á la frente el porvenir.

Donde huye la turba errante
Y clava el hombre su planta,
Tu cabeza se levanta
Cual la de inmenso gigante
Que está diciendo: hasta aquí.

Tú señalas las barreras
Que dividen al desierto
Y oyes el vago concierto
Que alzan las auras lijeras
De la Pampa en el umbral.

Eres lo último que muere
De la morada del hombre,
Y aunque en tu tronco no hay nombre,
Estás diciendo al viajero,
Que allí descansó un mortal.

Más ¿qué miras? La campaña,
Que á lo lejos se dilata,
El arroyuelo de plata,
El cielo que nada empaña,
Ó el inmenso pajonal?

No, tú miras á lo lejos,
Al trasponer aquel monte
En el lejano horizonte,
Como en májicos espejos,
Lo que es y lo que será.

Mira la Pampa argentina
De ciudades matizada,
Y por mil naves surcada
La laguna cristalina
Que hoy cubre vergel juncal.

Miras la pobre cabaña
Que en palacio se transforma,
Y que al tomar nueva forma
Una nueva luz la baña
Con resplandor sin igual.

Miras al indio tostado
Que lanzando un alarido,
Va huyendo despavorido
Por el llano dilatado
En pavoroso tropel.

Y tras él el tigre fiero
Que abandona su dominio
Hoy teatro de esterminio,
Que ocupa un pueblo altanero
Y que transforma en vergel.

No pases más adelante,
Que más lejos, abatidos,
Marchito y descolorido
Verás al ombú gigante,
Hoy de la pradera rey.

Y en su lugar la corona
Verás alzarse del pino,
Que unido al hierro y al lino,

Sirve al hombre en toda zona
Para dar al mundo ley .

Ese destino te espera,
Árbol, cuya vista asombra,
Que al caminante das sombra
Sin dar al rancho madera,
Ni al fuego una astilla das .

Recorrerás el desierto,
Cual mensajero de vida,
Y tu misión concluida,
Caerás como cadáver yerto
Bajo el pino secular.

Carlos Guido y Spano

NACIÓ en Buenos Aires, por los años de 1829. Poeta de primera fila, periodista brillante, orador popular, demócrata convencido; por todo eso, goza de merecida fama Guido Spano.

En sus viajes por Europa y América adquirió los vastos conocimientos que hoy posee en letras y ciencias políticas.

Actualmente ocupa el puesto de director del Archivo Nacional, produciendo con este motivo luminosos informes acerca de los héroes y de los hechos del pasado.

Las obras de Guido llevan por título: *Hojas al viento*, (Buenos Aires 1871;)—*Misceláneas literarias*, traducciones por Carlos Guido y Spano, Sevilla 1874. — *Ráfagas*, (Buenos Aires 1879, 2 ts. 4.º) Contiene una variada y selecta colección de artículos políticos y literarios de gran mérito histórico y literario. En ese mismo año, Igon hermanos de Buenos Aires, hicieron otra edición de las *Hojas al viento* muy aumentada.—En 1888, si la memoria es fiel, publicó el señor Guido un volumen que contiene interesantes documentos inéditos del archivo de su padre el general don Tomás Guido, uno de los patricios más ilustrados de la independencia argentina.



Patagonia (*)

Noviembre I.º de 1876.

Dios nos ha dado una tierra
Grande fecunda y hermosa,
En cuyo seno reposa
Tanto adalid que en la guerra
Conquistó palma gloriosa.

¡Guerra sublime! Los tronos
De Europa asombrara hermanos
Los libres americanos,
Detestando ser colonos,
Juraron ser ciudadanos.

¡Cuánto esfuerzo, cuánta azaña!
¡Qué júbilo, qué victoria!
En bronce grabó la historia
La heroica pugna de España,
Los timbres de nuestra gloria.

En los llanos, en los montes,
Fué aquello un fiero lidiar;
Mayo su sol vió brillar
En lejanos horizontes:
No nos contuvo ni el mar.

En tu suelo ¡oh patria! sí,
Aquel rayo se forjó

(*) Las composiciones siguientes acogidas con especial favor, fueron reproducidas por la prensa en toda la República. El señor Valderrama distinguido literato chileno, replicó en bellos tercetos la última producción del señor Guido. Su poesía en que se apartaba del tema de la política, pintando las delicias de la vida campestre, se publicó oportunamente en *La Nación*.— (El editor.)

Que la frente fulminó
Del conquistador. Á tí
La altiva serviz rindió.

De nuestros guerreros grandes
En sus empresas, pues ellas
Les alzan á las estrellas,
En la cumbre de los Andes
Aún están frescas las huellas .

Su corazón y su brazo
De una gran causa al servicio,
De Dios apelando al juicio
Fuéronse hasta el Chimborazo
Á ofrecerse en sacrificio.

Chacabuco, Maipo, Lima ,
¡Qué trofeos! La bandera
Celeste y blanca do quiera,
Ya en el valle, ya en la cima,
En el fuego es la primera.

Lleva en sus pliegues envuelto
De cien pueblos el destino;
Del honor marca el camino
De que nunca atrás ha vuelto
Ningún soldado argentino .

“¡Libertad! tiene el cañón,
Y que rompa nuestra espada
De la vil cadena odiada
Hasta el último eslabón
En la tierra emancipada!”

Los tribunos así hablaron;
Les responden los guerreros;
Desenvainan los aceros,
Y los déspotas temblaron
A sus golpes justicieros.

Libre fué América. Fijos
Tu independencia y tus lides
¡Oh Patria! ¿por qué hoy presciendes
De la herencia de tus hijos?
¿De ella qué cuenta les rindes?

Invadido está tu suelo,
Tu pabellón ultrajado;
Te vulneran, te han robado,
Y tú ímbele ¡vive el cielo!
Has la injuria soportado!

Es que un pleito no una guerra
Te trajeron; de esta vez
Con estraña avilantez
El difunto al vivo entierra,
El culpable acusa al juez.

¡Bello galardón en pago
Argentinos alcanzais
De las glorias que ostentáis!
Se usa la fé de Cartago
Mientras con Roma soñáis.

Chile... ¡silencio!... no vamos
En nuestro orgullo ofendido
A enrostrarle un negro olvido;
Sangre de héroes no cobramos
Al hermano redimido.

Pidámosle, sí, respete
Del derecho la grandeza
De su escudo la limpieza
Y en los lindes se sujete
Que le dió naturaleza.

¿Su ley no ha marcado ya.
Los términos de su herencia?
¿No le grita la conciencia;

La ambición tropezará
Con la historia y con la ciencia?

¡Venga un árbitro!! Un concilio
Fuera mejor, aunque es raro;
Quizás cueste menos caro
El sombrero de Basilio
Que la *vincha* de Lautaro.

Sombras augustas de Infantes,
De O'Higgins, de Freire animoso,
De tanto varon virtuoso,
¡Campo! que os pase adelante
Cualquier domine verboso.

Vosotros, no, no supiérais
Abogar por la codicia;
Vuestro lema fué justicia,
Honor, patria ¿que dijérais
De artes que armó la malicia?

¿Quiérese el vuelo ensanchar
Del cóndor chileno? Y bien,
Contentaos con lo que os den
Los que os pueden regalar
Pedazos de un vasto eden.

Hermanos somos; el sol
Que nuestra bandera ostenta
Es astro de paz que alienta;
Venid y en su alto crisol
Le depure la tormenta.

Mas si alguna ambición fátua
De conquista ó de botín
Triunfa en vosotros al fin,
Derribad ante la estatua
De José de San Martín.

Patagonia

AL BARDO ARGENTINO CÁRLOS GUIDO SPANO

(De *El Ferrocarril* de Santiago de Chile)

Carlos, no te moleste la llaneza
Con que un bardo, de tí desconocido,
Estos tercetos á escribirte empieza;
Que aunque del ruseñor que el tierno nido
Edifica en las márgenes del Plata
No haya jamás la inspiración sentido,
El reino de las aves se dilata
Por todo el orbe, y es del bardo hermano
El bardo humilde que su voz desata,
Para cruzar cantando el océano,
Para amar y sentir en su alma tierna
Todas las penas del linaje humano.
Llegó hasta mí tu poesía eterna . . .
¿Por qué el canto del vate generoso
Va á tomar su perfume en la caserna?
¿Por qué el autor amante, delicioso
De la tierna y llorosa paraguaya,
Á un pueblo hermano lanza desdeñoso
Dardo que el alma á destrozarle vaya?
¿Por qué la mente que te dió el destino
Así en lo injusto sin prudencia raya?
Tu escribiste *Al pasar*, vate argentino,
Encarnación de un dulce sentimiento
Que brota entre las yerbas del camino.
Y hoy. . . con airado y belicoso acento,
Empapada la pluma en sangre hirviente,
Ira y rencor respira el pensamiento:

Chile es el blanco, y en tu verso ardiente
Que no inspiró ni el bien, ni la justicia
De la batalla el vocear se siente.

Reproche tras reproche la malicia,
Sin que lo sepas tú, negra amontona
Y tus estrofas con su aliento vicia.

Ella, y no tú de protector blasona
Y le recuerda á Chile un gran servicio
Que Chile no negó, que antes pregona,

Grato á tan generoso sacrificio,
Su gratitud en bronce eternizando
Y anticipando de la historia el juicio.

Chile lo reconoce; pero dando
Á aquel servicio su valor entero,
¿Á qué andar el servicio publicando?

Chile en decirlo al mundo fué el primero,
Mucho habéis el servicio encarecido,
¿Por qué lo encarecéis si fué sincero?

¿Y es el vate de Apolo tan querido
El que hoy pulsa frenético su lira,
Teniendo entre sus manos encendido

El lanza-fuego que inventó la ira?
Ya estás bien castigado de tu falta,
Contempla lo que has hecho, piensa, mira,
¿En dónde está la inspiración que esmalta
Toda tu poesía? Desdichado!

En vano tu alma finge que se exalta,
Ninguna musa inspiración te ha dado;
Hoy las ninfas amantes y sencillas
De tí se apartan, te han abandonado.

Tu propio numen imprudente humillas,
Y falto de verdad, poco severo,
Tratas de diplomacia en seguidillas.

No es esta tu misión, otro sendero
Guarda para tu numen el destino;
Sienta mal en tus manos el acero.

No has estado feliz, te faltó el tino,
Y al querer espresar el sentimiento
Del noble y del leal pueblo argentino,

Las alas te faltaron y el aliento,
Y en reproche pueril tu fantasía
Muestra, no la razón, el descontento.
¿Cómo pudo tu noble poesía
Hablar, Carlos, de ultrajes y ladrones?
Y luego, lo que nadie creería,

Al proponer un juez, que las razones
Pese de las dos partes, burla amarga
En tu tintero y en tu pluma pones.

No pide un juez aquel á quien la carga
De grave falta la conciencia abrumba;
La presencia de un juez su voz embarga.

Pero basta no quiero que mi pluma
Ni tu blanca camisa á manchar vaya
De la amarga ironía, con la espuma;

El cantor de la joven paraguaya
Es un bardo del suelo americano,
Que hoy de Tirteo su papel ensaya,
Pero es, antes que todo, un bardo hermano
Que ama el bien, la virtud y la belleza,
Como espresiones del progreso humano.

Retiremos los ojos con tristeza
De esas desavenencias fraternales
Que mira con dolor naturaleza.

Y en lugar de aumentar tamaños males,
De tu lira se exhale paz bendita
En calorosas trovas inmortales.

Jamás te ví; más se que tu arpa imita
El susurrar del céfiro amoroso
Que la corola del jazmín agita.

Que en las noches tu acento melodioso
Entona melancólicos cantares,
Y que el bosque te escucha silencioso,

Que alza tu mente á la verdad altares,
Que hay en tu genio lírico un pedazo
De la grandeza de los anchos mares.

Huyamos, Carlos, el odioso lazo
Que el mal nos arma, y en lugar de heridas,
Recibe de tu hermano un tierno abrazo.

Que yo sé que detrás de las temidas
Piezas de tu armadura, existe el vate
De las canciones tiernas y sentidas
Y un corazón que bondadoso late;
Más si quieres luchar, sea en buena hora.
Pronto á luchar estoy, listo al combate;
Luchemos por el bien y por la aurora
De la naciente libertad, luchemos
Para ensalzar á la virtud que llora.
Pero, Carlos, por Dios! no nos manchemos
Empuñando la espada fratricida;
No á nuestros hijos, tal ejemplo demos,
Y el bardo nunca, la razón perdida,
Haga servir sus bélicas canciones
Para romper un vínculo de vida,
Para apartar hermanos corazones,
Para rendir á la pasión tributo,
Y convertir la pólvora en razones;
Así todo se arregla en un minuto;
Más... ¿quién ha de triunfar cuando vencido
Lega á su vencedor eterno luto?
¿Cuándo el hermano que venció, al herido
Besa en la frente y al cerrar sus ojos,
Lejos arroja el hierro maldecido?
Regando con su llanto sus despojos,
Poeta, estas estrofas que te escribo,
Recíbalas tu pecho sin enojos,
Que, en amor fraternal, yo no concibo,
Que por hallarte á tan inmensa altura
De ellas no me anunciaras el recibo.
Sí, me contestarás, sin amargura,
Porque eres noble y generoso y bueno.
Y me dirás que has hecho una locura,
Que hoy, que tienes el ánimo sereno,
Te descienes del cinto la ancha espada,
De justicia y amor el pecho lleno.
¿Qué disputamos? el desierto, nada,
Una tierra que pueblan tristes rocas,
Jamás en las batallas conquistada,

Nunca poblada por empresas locas ;
Solo conquista el páramo el progreso
¿Por qué el progreso en tu cantar no invocas...?

Tierra nos sobra hasta tener exceso ;
Cabe en nuestro país la Inglaterra ;
Más nos falta ser grandes, y para eso
No es el mejor camino el de la guerra:
Tengamos libertad, tengamos sabios,
Tengamos la labor que el mal destierra,
Y libres de ignorancia y de resabios,
Grandes seremos, y al desierto mudo,
Dominaremos con mover los labios.

Amemos, Carlos, el trabajo rudo,
Y cantemos el bien, la luz, la ciencia ;
Triunfa del mal el pueblo más sesudo,
Y es reina universal la inteligencia.

AL DOCTOR VALDERRAMA

(POETA Y ACADÉMICO CHILENO)

“ Si abrazo á mi rival es para ahogarle,”
El trágico francés dijo elocuente:
Valderrama, ¿pretendes imitarle?

En estraño romance, en verso afluente,
Los míos ora ensalzas ó deprimes,
Marchito hallando el mirto de mi frente.

¿Qué sucedió si en números sublimes
Antes canté, para que en solo un punto
Con severo compás les desestimes?

¿Del numen tan indigno era mi asunto?
¿Ó en vista de nefandos procederés
Darse debió cobarde por difunto?

Argentino nací; de mí no esperes
Silencio vil ni complacencia infame
Que á la expresión de mi lealtad prefieres.

¿Querías que la paz necio proclame,
Cuando la usurpación se alza orgullosa,
Y que al intruso con aplauso aclame?

Si mi lira á cantar no es poderosa,
Hoy en la soledad la prefiriera
De algún indio la *quena* lamentosa.

Con ella en la eminente cordillera,
Despertaría el eco adormecido,
Y á los muertos acaso estremecía.

¡Cuánto bravo soldado allí tendido
Por libertar tu patria que se ofende
Si se menciona el hecho esclarecido!

La vida de los héroes no se vende,
Y pedir gratitud es pedir poco
Á quien ama la gloria y la comprende.

Ni aún de esto hablé siquiera, y aquí invoco
Tu ingenuidad; clamé por el derecho,
Y tu tan cuerdo me juzgaste loco.

Supones que bullendo en ira el pecho,
Insultador de un pueblo altivo, pudo
Mi musa sofocar febril despecho;

Y poniéndole al cuello un fuerte nudo
Como á quien propinó letal ponzoña,
Quieres que deponga el yelmo y el escudo.

Laurel que se marchita no retoña,
Y en vano, gentil bardo, me condenas
Á humilde gaita y pastoril zampona.

Liba su miel la abeja en las almenas
Praderías, que esmaltan los floridos
Citisos y las blancas azucenas;

Empero si la hostigan atrevidos,
Su panal codiciando los rapaces,
De su dardo sutil saldrán heridos.

Gracias por los elogios que me haces
Al sumergir mi fama en tu tintero,
Y por tu empeño en predicar las paces.

“ Sienta mal en mis manos el acero,”
Dices, y yo por el contrario opino
Que vá bien una espada á un caballero.

Mientras otro pendón que el argentino
Tremole de mi tierra en el sagrado,
Me vistiera de hierro y no de lino.

¿Más que palabra hostil he pronunciado
Que tenga del insulto la aspereza,
Tan solo en la justicia abroquelado?

¿Invocar vuestra ley, vuestra grandeza
Contra nosotros mismos es delito?
¿Queréis que dobleguemos la cabeza.

¿Ante la iniquidad, cuál si proscrito
Fuese el pueblo de Mayo que en cien lides
Dejó su nombre con su sangre escrito?

Él, Valderrama, es bueno no lo olvidés,
En su cuna mecida por los vientos
Supo ahogar la serpiente como Alcides.

Desafiar los contrarios elementos
De su temprana edad fué el ejercicio,
Del abismo arrancando sus cimientos.

En medio de su afán ó su desquicio,
Entre el turbión de su tremenda historia,
Se arrojó denodado al sacrificio;

Pugna tenaz, domina la victoria,
Asombra el mundo, á América electriza;
Algo se sabe en Chile de esa gloria.

Si allí el bronce sus timbres eterniza
Fuera mejor no convertir la llama
Del mútuo afecto en humo y en ceniza.

No simulacros nuestro honor reclama
A quien pretende en el cercado ageno
Coger el fruto y destrozár la rama.

En copa de primor cabe el veneno,
Preferible es el rústico banquete
Y que bajo el laurel se evite el trueno.

Para allanar los Andes, el ariete,
Es de cierto el progreso. ¿Por qué, dime,
Tal empresa á la fuerza se comete?

¿Y estrañas que mi espíritu se anime,
No como pintas, más alzando el vuelo
De la verdad á la región sublime?

¡Qué quieres! sangre ardiente de mi abuelo
Corre en mis venas, del heróico Spano
Que aún espera un sepulcro en vuestro suelo.

¡Si imaginara el padre generoso
Que al mar lanzó el primero vuestras naves
Viniese un día, para siempre odioso,

En que asaltasen como hambrientas aves
Del rudo patagón la costa brava,
Por presea trayendo falsas llaves!

¿Qué nos valió que la fortuna esclava
Fuese de nuestras ínclitas banderas,
Si hoy nuestro propio aliado es quien socava.

Las bases del derecho, y en arteras
Discusiones, pretende con desplante
De un golpe suprimir las cordilleras?

¡Que pide juez! el acto es implicate,
Pues ya juzgado por sus propias leyes,
El reo se convierte en litigante.

No la demanda insólita aplebeyes
Diciendo: "disputamos un desierto,"
Le deslindaron ya los viejos reyes.

Lo que aquí se disputa y es lo cierto,
Es la alta dignidad de un pueblo amigo
Que con torpe baldón habeis cubierto.

Si en este trance á combatir conmigo
Te alzas en pró de la verdad augusta;
Leal corazón, te abrazo y te bendigo.

Eso hice yo cuando mi patria injusta
En su ímpetu marcial de sí olvidada,
Al hermano infeliz se mostró adusta.

Mas á entender que aún deba estar velada
La estatua del honor, á ruin pretesto;
Puedes solo seguir en tu jornada.

Empero no será; tu ingenio, atesto,
En claras fuentes de virtud se inspira,
Y ya te miro ante el poder en enhiesto.

¿Qué á tí el ardid, la argucia, la mentira,
Auxiliares oscuros del espolio
Que la sórdida mano al fraude estira?

¿Es tu biblia, pardiez, el portafolio
De algún ministro enredador, que funda
Nuevos derechos en cualquier escolio?

Chile su frente de laurel circunda,
De alto valor y de honradez antigua
Su historia en hechos clásicos abunda.

Si hoy asalta al vecino y se santigua,
Tú su ambición lamenta inexorable,
Que grande un tiempo se tornara exigua.

Pide que el pueblo por sus labios hable,
Y le verás, armado á la asechanza,
Tender los brazos y envainar el sable.

Demos al menos campos á la esperanza
De ver restablecido el lazo roto
De nuestra honrosa y memorable alianza.

Con tal fin, prescindiendo el terremoto,
Te invito Valderrama, *sin malicia*,
A que formemos juntos este voto:

Fraternidad basada en la justicia,
Columnas en su templo de cien codos,
Noble largueza, abnegación patricia,
Cada cual en su tierra y Dios con todos.

¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas,
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza,
La viña lujuriente medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil.
Mientras él siembra el odio y la zizaña,
Nuestras robustas manos siembren trigo;
Mientras vé en cada hombre un enemigo,
Amemonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,
Se apretará con la honradez probada;
¡Sús, al combate! á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la lejióu.
¡Victoria al más intrépido! bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos,
Hombres libres, de limpio corazón!

La gran naturaleza nos invita
A su festín suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos,

La libertad nos guie con su luz;
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan;
A los valientes que en la lucha mueran,
Un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayeis, conscriptos del progreso:
Rasgue el arado el seno de la tierra,
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga más liviana al noble canto
Del poeta; las artes con su encanto
A nuestro rudo afán den galardón;
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos;
Invitando á los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud,—
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
Ó elevando sus preces al eterno
Que nos dá la Esperanza la salud!

José María Zuviría

NACIÓ en Salta el año 1830.
Hizo sus estudios en Bolivia, en donde se recibió de abogado.

Desempeñó puestos distinguidos; diputado al Congreso Constituyente.

Ministro de gobierno y ministro plenipotenciario. Juez de sección en Santa Fé, inspector del Banco Nacional y otros cargos.

Publicó un grueso volumen de poesías bajo el título de *Abel ó el Peregrino del Plata* en 1875, que contiene sus impresiones de viaje por Europa, *La Nación* de Buenos Aires juzgó este libro favorablemente.

En *El Río de la Plata*, se ha publicado otro juicio sobre esa obra que lleva la firma de don José Francisco López.

La 2.^a edición corregida y aumentada, hecha en Buenos Aires en 1880, lleva por título: *El peregrino del Plata, Abel y poetas diversas*, por José María Zuviría. Esta edición viene precedida de un notable juicio del eximio poeta Martín García Merou, juicio que vió la luz como folletín de *La Nación* en el mismo año.

En 1881 publicó en Buenos Aires el doctor Zuviría un notable *Estudio sobre la historia argentina contemporánea*, (un tomo 4.º 411-573 ps.) que fué juzgado de distintos modos según el criterio histórico de los escritores que de él se ocuparon.

Últimamente publicó un libro (1888), titulado: *El siglo XIX en su evolución ante la historia y la filosofía*, que es una especie de síntesis de los adelantos científicos hasta nuestros días.



A Güemes

(EN LA EXHUMACIÓN DE SUS RESTOS)

Salta, Güemes, Libertad y patria,
Constelación de nombres que iluminas
La senda de las armas argentinas,
De triunfos coronándolas—¡Salud!
Gloria á Salta, provincia que fecunda
Madre de génios, concibió al guerrero,
Que electriza á los pueblos, y el primero
Les dió ejemplo de honor y de virtud.

Ese hijo ilustre, alzándose potente,
Como huracán que arrastra las arenas
Levanta polvo de hombres, y cadenas
De esclavitud trozando vá do quier.
Sobre un río, á su borde, en la montaña,
Sobre el llano, entre bosques, noche y día,
Busca el combate y en la lid porfía
Con brazo infatigable hasta vencer.

Es nuestra patria el numen que lo inspira,
Es nuestro Salta el templo de su gloria;
Blanca y azul su enseña de victoria,
Su verbo — *independencia y libertad!*
Ese verbo hace carne en las entrañas
Del mundo de Colón y nace de ellas
Coronada de fúlgidas estrellas
En medio de hombres libres la *igualdad!*

Redimida la patria hoy pide al polvo
El polvo de sus huesos redentores,

Regándolos con lágrimas y flores
De gloria y gratitud, tributo fiel.
Al derramarse con ellos esta ofrenda,
Como el incienso, en la ceniza ardiente
De fuegos patrios exhalar se siente
Una vívida llama—y esa es *Él!*

Es él que se levanta de la tumba,
Y apartando de sí mortales sueños,
Parece que dijera á los salteños,
“Con mi vida os he dado libertad,
De abnegación ejemplo, amor de patria,
Constancia en la labor y el sufrimiento;
Pido me alcéis de paz un monumento
Jurando sobre mí fraternidad!

Recordad que la vida es humo leve,
Sombra que pasa y ola transitoria,
En que solo escribir podéis la historia,
De estos dos nombres—nuestra Patria y Dios!
La eternidad entreabre su Elíseo
Á la creencia y patriótico heroísmo;
Una puerta á la fé y otra al civismo;
Seguid mi huella y abridéis las dos.

Huid cual yo las pompas de la tierra;
El sensualismo del poder sin freno,
De egoísta ambición sutil veneno,
Del oro y la codicia el vil placer;
Venís á honrar la herencia de la patria,
Y no la mía en este polvo yerto;
Por ella viví pobre, pobre he muerto;
Cumpliendo austeramente mi deber.

Compadecido ví de mis gauchos,
Desnudo el brazo, pero siempre fuerte;
Sus lanzas ví abatidas á la muerte,
No á la miseria, al hambre ni al dolor,
Vistiéndose de harapos, á su patria

De libertad tejían auro manto ;
Pronunciaban su nombre sacrosanto ,
Y era, al morir el premio á su valor.

Guerra inmortal!—titánicos salteños,
Defendiendo la entrada á un continente,
La choza del gaucho hizo al torrente
De aguerridos ejércitos cejar.
Obra fué vuestra, de puñados de héroes,
Sin orden, ni fusil, ni disciplina ;
À esa tierra, juraron, Argentina ,
Con solo amor y sangre libertar.

Sangre y amor de patria, no oro y fierro.
Un mundo salvarían de tiranos
¿De quién pudieran ora mis hermanos
À solo Salta unidos defender?
La misteriosa voz parece ,
Disipándose su eco en el vacío
La llama se aniquila, y sudor frío,
Como llanto en sus huesos pude ver.

Estanislao del Campo

NACIÓ en Buenos Aires por los años de 1835. Este poeta cultivó con raro ingenio el *género gaucho*, en que se retrata la fisonomía moral del habitante de nuestras llanuras, usando su propio lenguaje. El eximio poeta Mármol decía en 1870, que solo Hidalgo, Ascasubi y del Campo han conseguido el triunfo de que descubramos sin esfuerzo la verdad del original y su lenguaje, en los versos que lo describen. Si Mármol hubiera vivido incluiría en su juicio las composiciones de José Hernández (*Martin Fierro*), ni hubiera olvidado á Godoy, el primer poeta argentino que hizo uso del *metro de los payadores*.

La obra maestra de del Campo en aquel género en su descripción del *Fausto*. Colaboró en *Los Debates* y *El Nacional* de Buenos Aires, y en su tiempo las revistas literarias reproducían con elogio sus composiciones.

Fué secretario y diputado al Congreso Nacional, y secretario del gobernador de Buenos Aires.

Las *poestas* de Estanislao del Campo, aparecieron en un tomo el año 1870, alcanzando á tres ediciones hasta 1875.

Falleció en Buenos Aires.



A la patria

¡República Argentina! Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
De gayas flores las naciones vén:
La cariñosa mano de tus bardos
Puso rosas, jazmines, violas, nardos
Entre los verdes laureles de tu sién.

Yo no vengo á mezclar con esas flores,
De olímpicos perfumes y colores,
Las silvestres y humildes que aquí ves:
Vengo, Patria gloriosa, solamente,
Á doblar la rodilla, reverente,
Y á deshojar las mías á tus piés.

Gobierno Gaucho

(DE LOS “ACENTOS DE MI GUITARRA”)

Tomé en casa el otro día
Tan soberano *peludo* ,
Que hasta hoy, caballeros, dudo,
Si ando *mamáo* todavía.
Carculen como sería
La mamada que agarré,
Que, sin más, me afiguré
Que yo era el mismo gobierno,
Y más leyes que un infierno
Con la tranca decreté.

Gomitao y trompezando,
Del fogón pasé á la sala,
Con un garrote de tala
Que era mi bastón de mando,
Y medio tartamudiando,
Á causa del aguardiente,
Y con el pelo en la frente,
Los ojos medios vidriosos,
Y con los labios babosos,
Hablé del tenor siguiente:

“ Paisanos:—dende esta fecha
“ El contingente concluyo;
“ Cuide cada uno lo suyo
“ Que es la cosa más derecha.
“ No abandone su cosecha
“ El gaucho que haiga sembrao;
“ Deje que el que es hacendao
“ Cuide las vacas que tiene,
“ Que él es á quien le conviene
“ Asigurar su ganao. ”

“ Vaya largando terreno,
 “ Sin mosquiar, el ricachón,
 “ Capaz, de puro *mamón*
 “ De mamar hasta con freno;
 “ Pues no me parece güeno,
 “ Sino que por el contrario,
 “ Es injusto y arbitrario
 “ Que tenga media campaña,
 “ Solo porque tuvo maña
 “ Para hacerse *arrendatario*. ’

“ Si el pasto nace en el suelo
 “ Es porque Dios lo ordenó,
 “ Que para eso agua les dió
 “ Á los nublados del cielo.
 “ Dejen pues que al *caramelo*
 “ Le hinquemos todos el diente,
 “ Y no andemos, tristemente,
 “ Sin tener en donde armar
 “ Un rancho para sestear
 “ Cuando pica el sol ardiente. ”

“ Mando que dende este instante
 “ Lo casen á uno de balde;
 “ Que envaine *el corvo* el Alcalde
 “ Y su *lista* el Comendante;
 “ Que no sea atropellante
 “ El Juez de Paz del Partido;
 “ Que á aquel que lo hallen *bebido*,
 “ Porque así le dió la gana,
 “ No le menéen *catana*
 “ Que al fin está *divertido*. ”

“ Mando, hoy que soy *Sueselencia*,
 “ Que el que quiera ser pulpero,
 “ Se ha de confesar primero
 “ Para que tenga conciencia.
 “ Porque es cierto, á la evidencia,
 “ Que hoy naides tiene confianza

“ Ni en medida ni en balanza,
 “ Pues todo venden mermao,
 “ Y cuando no es vino aguao
 “ Es yerba con mescolanza.

“ Naides tiene que pedir
 “ *Pase*, para otro partido;
 “ Pues libre el hombre ha nacido
 “ Y ande quiera puede dir.
 “ Y si es razón permitir
 “ Que el pueblerero vaya y venga,
 “ Justo es que el gaucho no tenga
 “ Que dar cuenta á donde vá,
 “ Sino que con libertá
 “ Vaya á donde le convenga. ”

¿ Á ver si hay una persona
 De las que me han escuchao
 Que diga que he gobernao
 Sin acierto con la *mona*?
 Sáquemen una carona,
 De mi mesmísimo cuero,
 Sino haría un verdadero,
 Gobierno, *Anastacio el Pollo*,
 Que hasta mamao es un criollo
 Más servicial que un yesquero.

Si no me hubiese empinao
 Como me suelo empinar
 La limeta, hasta acabar
 Lindo la habría acertao;
 Pues lo que hubiese quedao
 Lo mando como un favor
 Al mesmo Gobernador
 Que nos manda en lo presente,
 Á ver si con mi aguardiente
 Nos gobernaba mejor.

América

Á MI QUERIDO AMIGO, EL POETA CARLOS GUIDO SFANO

« América es la virgen que sobre el mundo canta
Profetizando al mundo su hermosa libertad. »

JOSÉ MÁRMOL.

I

En éxtasis de amor, santo y profundo,
Al creador en sus obras adoraban
Los pueblos todos del antiguo mundo.
Astros, mares y bosques admiraban,
Deslumbrada su altiva inteligencia
Al resplandor de la divina ciencia.

Desde su trono altísimo, esplendente,
Tendióles Dios la paternal mirada
Y murmuró con labio sonriente:
“ La espléndida creación que hasta hoy velada
Á sus ojos guardé, surja radiante
De entre las ondas de la mar sonante. ”

Del Dios Eterno la palabra vino
Rodando sobre un rayo refulgente
Del fanal de los cielos, peregrino;
De escojido mortal brilló en la mente,
Y de Colón el genio soberano
El velo rasga del sublime arcano.

¡De rodillas, mortales, de rodillas!
¡La espléndida visión alzó su frente,
Coronada de ignotas maravillas,

Surjiendo de los mares de Occidente!
¡Bajad, bajad los deslumbrados ojos,
Saludando á la AMÉRICA de hinojos!

Del alto Chimborazo en la nevada,
Luciente cima, su cabeza posa
De crespas, lindas plumas adornada,
Con que juega la brisa caprichosa,
Como juega también con los encajes
De los albos y cándidos celajes.

Un himno le alzan, con amante arrobó,
Ajitando sus olas estruendosas,
Los mares más espléndidos del globo;
Y en sus bosques y vegas deliciosas,
Las margaritas nacen y jazmines
Que el aliento le dán de los jardines.

Un cielo azul, magnífico, esplendente,
Es el rico dosel que ilimitado
Extendió el mismo Dios sobre su frente,
Sostenido del Andes elevado
Por las altas columnas, atrevidas,
Sobre base granítica erijidas.

De sus montes gallardos se desata,
En torrente de perlas y de plumas,
La lujosa, sonante catarata,
Que al sol brinda sus cándidas espumas,
Para que el astro rey de los espacios,
Las esmalte de rosas y topacios.

Como líquidos rizos, de su frente
Y per sus hombros caen hasta su falda,
Anchos ríos que corren mansamente
Por sábanas inmensas de esmeralda,
Llevando en su raudal claro y sonoro
Piedras preciosas entre arenas de oro.

En sus ricas entrañas guarda, ardiente,
La llama de recónditos volcanes
Que estallan á su acento prepotente,
Y encadena á sus piés los huracanes
Á cuyo rudo, irresistible empuje,
El mar domado con espanto ruje.

El hijo de la América, aunque inculto,
Su dulce independencia saborea:
El Sol es el objeto de su culto,
Que en la fúljida lámpara febea,
Adora el Inca con amor profundo,
Al Rey del Cielo y al Señor del Mundo.

Si mil tribus indígenas vagando
Van por llanos y selvas, sin asiento.
Poderosos Imperios vánse alzando,
Del alma libertad sobre el cimiento,
Mostrando altivos su grandeza suma
En Capac, Atahualpa y Motezuma.

II

Sorprendida, deslumbrada,
Por tan alta maravilla,
Dobló Europa la rodilla
Ante la excelsa visión;
Y levantando los ojos,
Con profundo amor, ferviente,
Al Señor Omnipotente
De los cielos, alabó.

¡Alaba, Europa, de hinojos,
La evocación soberana!
La virgen Americana
Que se alza, núbil del mar.
Trae en su cabeza augusta,
Que ciñe nívea diadema,

La solución del problema
Que ajita á la humanidad.

La admiración de la España
Abrió paso á la codicia,
Y la sórdida avaricia
Que en su pecho despertó,
Armó los brazos ferrados
Que del Inca los Imperios,
Tornaron en cementerios
Y en vastos cuadros de horror.

El agua apenas soporta
Los pesados galeones
Que llevan crueles legiones
Á la tierra occidental;
Y en tanto América bella
Duerme en sus selvas hojosas,
En blando lecho de rosas
Y arrullada por la mar.

En los brazos de ese sueño
Vé lucir, encantadoras,
Las desconocidas horas
De un hermoso porvenir,
Sin sospechar que el tirano
El mar corta con la quilla,
Fijando el rumbo á la orilla
En que ella duerme feliz.

Al estridor de la férrea
Y rechinante cadena,
Que deja caer en la arena
La ancla del conquistador,
Abre América los ojos,
Y se alza sobresaltada,
Cuando encuentra su mirada
La ancha popa del galeón.

Aunque con huraños ojos
Mira los raros arreos
Que ostentan los Europeos
De la flota al descender,
Y á pesar de sus lucientes
Petos de acero, bruñidos,
Y de sus ricos vestidos,
Que son hombres ella vé.

¡Qué son hombres! ¡Pobre virgen!
Piensas que son tus hermanos
Los millares de tiranos
Que está vomitando el mar;
No sospechas que, crüeles,
De vil servidumbre el carro,
De Cortés y de Pizarro
Las coyundas te atarán.

De crespas, vistosas plumas,
Adornada la cabeza,
De la elevada aspereza
Desciende el hijo del Sol;
Y en vez de tender el arco
Haciendo silbar la flecha,
Tiende los brazos y estrecha
Con cariño al invasor.

¡Oh, si el pobre indio leyera
Tras la coraza de acero,
Arrogante aventurero
Tu fementida intención!
La oriflama de Castilla,
Del Cid la hermosa bandera,
Alfombra del Inca fuera
Con mengua del español.

Y esa cruz que le presentas
Al sencillo americano,
Mientras que con la otra mano

Acaricias el puñal,
Tal vez sirviera algún día
A encontrar en la espesura
La ignorada sepultura
De un Pizaño ó de un Hernán.

III

De América la altiva,
De América la bella,
La rutilante estrella
Llorando se escondió;
Sus plácidas lagunas
Susurran lastimeras,
Y elevan sus palmeras
Murmurios de dolor.

América la altiva,
América la hermosa,
Suspira en agustiosa
Cadena de baldón;
Rodar vé por el suelo
Su espléndida grandeza,
É inclina la cabeza
Al yugo abrumador.

Las plumas de su frente
En sangre están teñidas:
Sus lágrimas sentidas
Discurren por su faz,
Y puras, transparentes,
Se esconden en su seno,
Que agita ya el veneno
Que la hacen apurar.

Sus hijos perseguidos
Los bosques van corriendo,
En ellos escondiendo

Del fuego destructor,
Los dioses que adoraron
En templos esplendentes
Los nobles descendientes
Del fulgurante Sol.

Del Inca los palacios
Magníficos, suntuosos,
Los templos primorosos
Del fúlgido esplendor,
Humean despojados
Del oro y la riqueza,
Que la real grandeza
Del indio acumuló.

El invasor que muestra
Al indio maniatado
El signo venerado,
La sacrosanta cruz,
Diciéndole que adore
Al Redentor sublime
No vé que el indio gime
En negra esclavitud.

Y el labio que proclama
Del Cristo la doctrina,
Que vívida ilumina
Del indio la razón,
Proclama al mismo tiempo
De la inocente tierra,
La destrucción, la guerra
Y el esterminio atroz. *

América la altiva,
América la hermosa,
La virgen orgullosa
Que sorprendió Colón,
Ya no es sino la mina
De veta inagotable

Que avaro é insaciable
Explota el invasor.

¡Y corren tres centurias! . . .
¡Y el lábaro extranjero
Flamea aún altanero
Del Norte al Setentrion!
¡América! ¿está helada
La sangre de tus venas?
¿Aún sufres las cadenas
Del bárbaro opresor?

IV

Conmuévense en su base las ásperas montañas,
Que el fuego ya revienta que esconde en sus entrañas
La tierra esclavizada del mundo de Colón.
Sus lenguas encrespadas sacuden los volcanes,
Y fieros se desatan los rudos huracanes
Los mares atronando con su tremenda voz.

La espléndida cascada del Niágara espumoso,
Despéñase en torrentes con ímpetu furioso
Rodando por las rocas que arrastra hasta la mar;
Y del Ohio al Plata, que ruje embravecido,
El cielo Americano tronando ennegrecido
Sacude la corona del Andes inmortal.

Las fieras de los montes, y selvas escondidas,
Allá en sus ignoradas, recónditas guaridas,
Temblar hacen la tierra al eco de su voz;
Y en los agudos picos del Andes atrevido,
Los cóndores exhalan un áspero graznido
Buscando con los ojos al escondido sol.

La América despierta:— los adormidos ojos,
En derredor tendiendo, contempla los despojos
De su pasado augusto, de su esplendente ayer:

Destroza sus cadenas con vigoroso brazo,
Y trepa hasta la cumbre del alto Chimborazo
Mirando á sus tiranos con ríjida altivez.

—“¡Arriba, bravos hijos del suelo americano!
¡Las bárbaras cadenas que me forjó el tirano,
Por sobre el mar undoso al rostro le arrojé!”
Así América dijo: — el sol brilló en el cielo,
Y la extensión inmensa de su florido suelo
Con sus dorados rayos iluminó otra vez.

Y Washington la espada desnuda, relumbrante:
El pabellón de estrellas, espléndido, ondeante,
Desplégase invencible del Norte en la región;
Y en vano á su leopardo azuza la Inglaterra,
Pues ya domado muerde la Americana tierra
Que otrora entre sus garras esclava sujetó.

La inmensidad recorre del vasto continente
El grito de victoria del pueblo independiente
Que troza las cadenas de la orgullosa Albion;
Y del sonante Plata, en la estendida orilla,
Furiosos se incorporan los leones de Castilla
Al eco de ese grito que el mundo conmovió.

La noble Buenos Aires, el pueblo que rindiera
El lábaro orgulloso, la histórica bandera
Que el mundo saludara después en Waterló,
Al rostro de los torpes y déspotas Vireyes,
Arroja hecho pedazos el libro de las leyes
Que en días de amargura le enviara el español.

Y el sol reverberante, magnífico, de Mayo,
Al pueblo emancipado envíale en un rayo
De su fecundo disco, de su fulgente luz,
El varonil aliento, la fuerza poderosa
Con que paseó triunfante su enseña victoriosa
Por el inmenso suelo de América del Sud.

La noble Buenos Aires levanta majestuosa
 La espléndida cabeza que ciñe ya orgullosa,
 El gorro que es de libre dignísima señal:
 Y del soberbio Plata las olas encrespadas,
 Parece que murmuran, también entusiasmadas: —
 —“ Al fin llegó á mis playas la ansiada libertad!”

Sus crines erizadas sacude el león hispano,
 Y muerde embravecido la espada que Belgrano
 Al grito de la Patria valiente desnudó:
 Y lanza hondo rujido que cruza el continente,
 Sintiendo hecho pedazos el carnicero diente
 En el templado acero del ínclito campeón .

El argentino entonces, fijándose en los velos
 Que flotan vaporosos en los benignos cielos,
 Que bendecir parecen las armas que empuñó,
 Arbola la bandera de célicos colores,
 En cuyo centro brilla, con ígneos resplandores,
 Del gran día de Mayo el esplendente sol.

Y San Martín, el héroe de las hazañas grandes;
 Trepando hasta la cumbre de los nevados Andes,
 Del Argentino clava el lábaro inmortal;
 Y el Andes, cuyos picos se pierden en la esfera,
 Soporta con orgullo la cándida bandera
 Con que las brisas juegan del alma Libertad.

Y San Martín exclama: — “; Arriba, Chile hermano!
 ; Arriba, pueblos todos del mundo americano,
 Ya la hora suspirada de libertad sonó!”
 Y de cadenas rotas al imponente ruido,
 El suelo Americano se siente estremecido
 De un polo al otro polo, del Norte al Setentrión.

; Salud! ; salud Bolívar! titán que te destacas
 Sobre el lloroso suelo de la infeliz Caracas,
 Cuál semidios armado, gritando ; Libertad!
 Y trozas con tu sable los duros eslabones

De la áspera cadena que á un grupo de naciones
Sujeta bajo el rayo del sol equinoccial.

Y la orgullosa Chile, Perú, Bolivia y Quito,
Al argentino unidos, de ¡ *Libertad!* al grito
Domeñan los leones que acariciara el Cid;
Y América, en la cima de su alto Chimborazo,
Confunde en un eterno y maternal abrazo
Á Washington, Bolívar, Belgrano y San Martín.

América, señora del vasto continente,
Ceñida de laureles la majestuosa frente,
Al mundo antiguo mira, que otrora la oprimió,
Y grande, y generosa, tendiéndole la mano
Le dice: — “ Aunque hayáis sido su bárbaro tirano,
América os perdona, como perdona Dios.”

Las armas victoriosas de la sagrada guerra,
De mirto entrelazadas, deponen ya en la tierra
En bélico, arrogante, luciente pabellón,
Y el código proclama de las angustas leyes,
Que sobre el despotismo de Czares y de Reyes
Levantar los principios del Cristo Redentor.

La antorcha del derecho con entusiasmo ajita
Bañando con su lumbre, espléndida y bendita,
Del viejo continente la marchitada faz;
Y anuncia el día hermoso en que á la tierra entera
Envolverá en sus pliegues la universal bandera
Porque suspira tanto la triste humanidad.

Juan Chassaing

NACIÓ en Buenos Aires en 1838.

Poeta lírico por excelencia, periodista ardiente, demócrata convencido; fué el ídolo del pueblo que le vió nacer.

Desde muy temprana edad, fué laureado por sus inspiradas poesías, atleta del pensamiento en la prensa.

En los campos de Cepeda y de Pavón (1859-1861), se distinguió como soldado, formando en las filas del ejército de Buenos Aires, cuya ciudad representó en el Congreso Nacional.

Son notables entre otras las poesías: *Canto en la instalación del Ateneo del Plata* y *A mi bandera*.

Chassaing falleció en 1864.



A mi bandera

Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo de inmenso amor desconocido
 Que en pos de tí me arrastras,
¿Bajo qué cielo flameará tu paño
Que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rujido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla,
Tú, como el Ángel de la inmensa muerte
 Te agitas y nos llamas!
Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre la pampa,
Bajo el cañón del enemigo injusto
A levantarte un trono en su muralla!

Ah! que la sombra de la noche eterna
Me anuble para siempre la mirada,
Si un día triste te vieran mis ojos
 Huyendo en la batalla,
Página eterna de argentina gloria
Melancólica imagen de la patria!

Ricardo Gutiérrez

NACIÓ en Buenos Aires el año 1840.

Sus padres le enviaron á París, en donde se doctoró en Medicina y Cirujía.

En 1860 aparecieron sus primeras producciones en verso en *El Correo del Domingo*, y se editó á la vez uno de sus mejores poemas descriptivos que lleva por título *La fibra salvaje*; *Lázaro* es otro de los poemas del doctor Gutiérrez.

Establecido en Buenos Aires se dedicó con abinco á su humanitaria profesión, pero sin abandonar sus aficiones literarias como lo prueban las columnas de la *Revista de Buenos Aires*, la *Revista Argentina*, la del *Club Universitario* de Montevideo, *La Ondina del Plata*, y otras revistas literarias y diarios políticos que contienen muchas composiciones del vate argentino.

En 1878 publicó un tomo bajo el rubro *Poetas*, por Ricardo Gutiérrez, que contiene los poemas arriba citados; en 1879 fundó con sus hermanos José María y Juan Gutiérrez la *Patria Argentina*.

Últimamente anunciábase la aparición de otro libro titulado *Juicios*.



El Gaucho

El espíritu del hombre
Su tierra natal refleja;
Cada rastro de su índole
Un perfil retrato de ella.
Bajo un cielo transparente
De suavísima limpieza
Donde el sol deja en la noche
Una luna en cada estrella;
Sobre una planicie virgen
Siempre verde, siempre inmensa,
Siempre inmóvil y desnuda,
Siempre callada y desierta;
Entre un aire que perfuma
La primitiva pureza
Y templa el plácido rayo
De inmutable primavera,
Sin más Dios y sin más ley .
Que su albedrío y su fuerza,
Sin más tesoro visible
Que su caballo y sus prendas,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura eterna,
Errante, solo y sombrío
El *gaucho* su vida lleva

Siempre el desierto á sus ojos
Su plan infinito muestra,
Donde el *ombú* solitario
Se empina de legua en legua,
Siempre aquel mismo horizonte
Donde el sol tan solo llega;
Siempre el mismo panorama

De adormecida belleza;
Siempre aquella inmensidad,
Cielo, cielo, tierra, tierra:
Inmensidad que dilata
El corazón que sereno,
Y en cada respiro el aire
Se trasmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
Que su espíritu refleja,
Cuando con la luz del alba
Como el pájaro despierta,
Y al galope del caballo
Las llanuras atraviesa,
Al compás de sus pisadas:
Cantando amorosa *décima*
Aquella es la impresión última
De la silenciosa vuelta,
Cuando el fúnebre crepúsculo
De la tarde le rodea,
Y ya cediendo al suave
Cansancio de su faena,
Y al desmayo misterioso
Que el sol al hundirse deja,
Torna callado y tranquilo,
Más sensible el alma eleva
Concentrada en el abismo
De su memoria secreta,
O el cuadro de la mañana
Mirando con gracia nueva,
Cernido en la media lumbre
Del día y de las estrellas.

Así respira su alma
La misteriosa tristeza
Que está esparcida en el aire
Y está arraigada en la tierra:
La soledad y el silencio
De pensamiento la llenan,

Y concentrada en sí mismo
Su mundo incrusta y refleja.

Mundo de pasiones vírgenes
Como la naturaleza,
Que en su corazón palpita
Bajo esa calma sin tregua;
Mundo de nobles instintos
Que el sentimiento gobierna,
Porque es sentimiento todo
Cuanto el corazón encierra:
Sentimiento que en lo íntimo
De la vida se aposenta,
Y que el pensamiento educa
Y agranda y ahonda en ella;
Por eso en sus horas tristes
Cada gaucho es un poeta,
Poeta que canta trovas
De misteriosa cadencia,
En las que lleva una lágrima
Cada pié de cada *décima*,
Sin más arte que su alma,
Que en la soledad le enseña
A sentir lo que retrata
Y á retirar lo que sienta,
Arte que escribió con llanto
Las trovas de Santos Vega!

Espíritu concentrado
De extraña naturaleza,
Con la malicia del mundo
En su salvaje inocencia,
Porque dá la inspiración
La llave del alma ajena.

Espíritu que se basta
Fiado en su sola fuerza,
En el dolor y en la dicha
En la calma y la tormenta.

Corazón valiente y noble,
Ni provoca ni tolera,
Que en sí á respetar aprende
El valor y la nobleza:
Impenetrable y callado
Do quier estampa su huella,
Voluntad y sentimiento
Su extraño porte refleja,
Porque en la expresión sombría
De su semblante les lleva:
Rastros de un alma profunda
Que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
Lanzada en la noble senda,
Y en la pendiente del crimen
Sabe de hierro volverla:
Que la pasión que la absorbe
Se siente y confunde en ella,
Como en la pampa salvaje
La sombra de la tormenta.

Ese es el *gaucho* de raza
Que las soledades puebla,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura inmensa;
Ese es el ser misterioso
Que aislado y mudo contempla
En el palacio de Roca
La agitación de la fiesta.

El corazón de aquel hombre
Una tempestad encierra;
¡Pero qué espíritu alcanza
Al fondo del alma ajena?
Una misma es la sonrisa
Que imprimen todas las penas,
Y siempre á través del velo
De amargura que hay en ella,

El ojo audaz que á estudiarla
Adelante más de cerca,
Tan solo una maldición
A medio formarse encuentra!

La Victoria

¡Ah! no levantes canto de victoria
En el día sin sol de la batalla,
Ni el santo templo del Señor profanes
Con plegaria de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
Se estremece la tórtola en la rama;
Cuando se postra el tigre en la llanura
Las fieras todas aterradas callan!

¿Y tú levantas himno de victoria
En el día sin sol de la batalla?
¡Ah! solo el hombre, sobre el mundo impío,
En la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
Márcame con el hierro de la infamia,
Porque en el día en que tu sangre viertes
De mi trémula mano cae el arpa!

Lázaro el payador (*)

Es arrogante y varonil su traza
En la inmovilidad de su postura;
La raza de los nobles no es su raza,
Pero es noble y gallarda su figura:
Porte que no envilece ni disfraz
La rara y desenvuelta vestidura
Que lleva con descuido soberano
El intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó á la frente
Nublando de las luces el destello,
Y enreda de la barba que naciente
Sombrea apenas el altivo cuello,
Reposa sobre el hombro, negligente
En separados rizos el cabello,
Que cierra en blando círculo ondeante
El óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
Los pliegues de su ancha camiseta,
El tirador que envuelve á la cintura
Sobre cada puntada una peseta;
Y el puñal de luciente engastadura
De la mano al alcance atrás sujeta,
Que sobre el talle con desden cruzado
Asoma de un costado á otro costado.

La manta de vicuña recogida
Bajo aquel aro de cambiante brillo,

(*) Fragmento del poema de ese nombre.

Del *chiripá* en los pliegues compartida
 Se envuelve en el cribado calzoncillo;
 El *poncho* leve que arrolló y descuida,
 Cuelga en la empuñadura del cuchillo,
 Y los *cajeles* de su fleco baja
 De la lujosa espuela á la rodaja.

No es el gaucho insolente de la Pampa
 Que de la noble soledad se aleja,
 Y donde el rastro de un potro estampa
 Sino deja rencor, desprecio deja;
 No es el ruda salvaje que se empampa
 Ante las maravillas que refleja
 De golpe el cuadro que asombró su mente
 Y esclava allí del esplendor la siente.

No; lleva él las prendas de aquel traje
 Que destaca del mismo sus colores,
 Con toda la arrogancia del salvaje
 Y aquella majestad de los señores;
 Y es único pendón de su linaje
 El sello de los seres superiores;
 Que en el primer relámpago adivina
 El ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
 Hay la intensa quietud de un pensamiento,
 Hondo como el desmayo del hastío,
 Fijo como fatal remordimiento;
 Rastro indeleble del afán impío
 Ó del triste y profundo sentimiento
 Que en muda paz ó tenebrosa calma
 Habita lo más íntimo del alma.

Olegario Víctor Andrade

ESTE poeta de vuelo prodigioso é inspiración robusta nació en Entre Ríos en 1841 por más que se hayan disputado su cuna la República Oriental del Uruguay y el Brasil. Asistió á la escuela primaria en Gualeguaychú é hizo sus estudios secundarios en el histórico colegio del Uruguay.

Andrade, cuya poderosa imaginación no tiene rival entre los poetas contemporáneos del Plata, aún cuando se le haya tachado de poco original, ha conquistado el lauro de los inmortales, siendo aclamado vencedor en los Juegos Florales de Buenos Aires en 1881. *El arpa perdida*, *El nido de Cóndores*, *Prometeo*, *San Martín*, *La Creación* y *La Atlántida*, son obras maestras que pasarán con su nombre á la inmortalidad.

Como periodista no ha sido menos notable y *La Tribuna Nacional* que él fundara en Buenos Aires es hoy uno de los diarios de circulación más general.

En 1866 dió á luz dos folletos políticos: *Lucha presidencial* y *Las dos políticas* que bastarían para hacer la reputación de un escritor galano, correcto y de grandes alcances políticos.

Una enfermedad repentina lo llevó á la inmortalidad el 30 de octubre de 1882.

El Gobierno Nacional ordenó los honores que le correspondían como Diputado al Congreso y la Cámara de que formó parte decretó la compilación de sus poesías que vieron la luz en 1887 con un prólogo del Dr. Benjamín Basualdo. Un año después el Dr. Jacob Larrain hizo otra edición en Santiago de Chile.



Al general Lavalle

Martir del pueblo! tu gigante talla
Más grande y majestuosa se levanta,
Que entre el solemne honor de la batalla,
Cuando de fierro la sangrienta valla
Servia de pedestal para tu planta.

Mártir del pueblo! víctima expiatoria
Tremolada en el ara de una idea,
Te has dormido en los brazos de la historia
Con la inmortal diadema de la gloria
Que del genio un relámpago clarea.

Mártir del pueblo! apóstol de derecho,
Tu sangre es lluvia de fecundo riego,
Y el postrimer aliento de tu pecho,
Que era la fé de tu ereencia estrecho,
Será más tarde un vendaval de fuego.

Mártir del puelo! tu cadáver yerto
Como el ombú que el huracán desgaja,
Tiene su tumba digna en el desierto,
Sus grandes armonías por concierto
Y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de Occidente,
Del desencanto doloroso emblema,
Como una virgen que morir se siente,
Incline al sol la enardecida frente;
De los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas
El cuchillo del déspota porteño,

Y ponga de escabel bajo sus plantas
Del patriotismo las enseñas santas,
Con que iba un héroe á perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones
Y caigan los aceros de sus manos,
Si no muere la fé en los corazones,
Y del pendón del libre, los jirones
Sirven para amarrar á los tiranos?

¿Qué importa, si esa sangre que gotea
En principio de vida se convierte,
Y el humo funeral de la pelea
Lleva sobre sus olas una idea
Que triunfa de la zaña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra dolorida
Solloze con las fuentes y las brisas,
Si no ha de ser eterna la partida,
Si con nuevo rigor, con nueva vida
Más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
La gloria velará tu polvo inerte,
Y al resplandor rojizo de tu espada
Caerá de hinojos esa turba airada
Que disputa sus presas á la muerte.

Y cuando tiña el horizonte oscuro,
Del porvenir la llamarada inmensa,
Y se desploma el carcomido muro
Que tiembla como el álamo inseguro
Ante las nubes que el dolor condensa,

Entonces los proscritos, los hermanos,
Irán ante tu fosa reverentes,
Á orar á Dios con suplicantes manos
Para saber domar á los tiranos,
O morir como mueren los valientes!

ÍNDICE POR AUTORES

A

Andrade (Olegario Víctor). Su biografía, pág. 333.—Al general Lavalle, p. 335.

B

Balcarce (Florencio). Su biografía, p. 225.—La Patria, p. 227.—El Cigarro, p. 231.

C

Cantilo (José María). Su biografía, p. 205.—El 25 de Mayo, p. 207.

Cruz Varela (Juan). Su biografía, p. 45.—Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo, el 5 de Abril de 1818, p. 47.—En elogio de los señores general don José de San Martín y don Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del río Maipo el 5 de Abril de 1818, p. 51.—América, p. 59.—Campana del ejército republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó, p. 60

Cuenca (Claudio Mamerto). Su biografía, p. 175.—A la jura de la independencia, p. 177

Chassaing (Juan). Su biografía, p. 319.—A mi bandera, p. 321.

D

De Luca y Patrón (Estéban). Su biografía, p. 11.—A los valientes Cochabambinos, p. 13

Del Campo (Estanislao). Su biografía, p. 301.—A la patria, p. 303.—Gobierno gaucho, p. 304.—América, p. 307.

Domínguez (Luis L.). Su biografía, p. 149.—A Mayo, p. 151. El Om-bú, p. 166.—A Montevideo, p. 171.

E

Echeverría (Estéban). Su biografía, p. 8.—El 25 de Mayo, p. 89.—E, desierto, p. 107.—¡Salve ó Plata!, p. 113.—Tucumán, p. 118.

G

Godoy (Juan G.). Su biografía, p. 17.—A la cordillera de los Andes, p. 19.—La palma del desierto, p. 28.

Guido y Spano (Carlos). Su biografía, p. 275.—Patagonia, p. 277.—Patagonia, p. 281.—Al doctor Valderrama, p. 286.—¡Adelante!, p. 292.

Gutiérrez (Juan María). Su biografía, p. 133.—La bandera de Mayo, p. 135.—A Mayo, p. 136.

Gutiérrez (Ricardo). Su biografía, p. 323.—El Gaucho, p. 325.—La Victoria, p. 330. Lázaro el payador, p. 331.

H

Huergo (Palemón). Su biografía, 243.—El 1.º de Mayo, p. 245.

L

- Lafinur** (Juan Crisóstomo). Su biografía, p. 81.—A la muerte del general don Manuel Belgrano, p. 83.
- López y Planes** (Vicente). Su biografía, p. 1.—Himno Nacional Argentino, p. 3.—En la victoria de Malpo, p. 5.

M

- Mármol** (José). Su biografía, p. 233.—A Rosas, p. 235.
- Mitre** (Bartolomé). Su biografía, p. 249.—Al 25 de Mayo, p. 251.—A un Ombú, p. 272.
- Molina** (José Agustín). Su biografía,

p. 31.—La jornada de Maipo, p. 33.

R

- Rivera Indarte** (Juan). Su biografía, p. 181.—Melodías á Mayo, p. 183.

V

- Varela** (Florencio). Su biografía, p. 121.—A la libertad de la Grecia, p. 123.—Al 25 de Mayo de 1826, p. 130.

Z

- Zuviría** (José María.) Su biografía, p. 295.—A Güemes, p. 297.

EDICIONES DE LA CASA

<i>Ortega, Enrique.</i> —Una hora menguada.....	\$ 1 --
— La Vida Porteña.	" 1 --
<i>Padilla, Tiburcio</i> (hijo).—Guía Médica, 1890-1891. 1 tomo rústica.....	" 4 --
<i>Parody, Alberto</i> —Sistema métrico decimal.....	" 0 10
<i>Poyró, Roberto.</i> —Novelas y Fantasías, 1 tomo.....	" 1 --
— Scripta , 1 tomo.....	" 1 --
<i>Quesada, Ernesto.</i> —Un invierno en Rusia, 2 tomos.....	" 3 --
<i>Randall, Enrique.</i> —El Cultivo de la Oveja de lana fina.....	" 1 --
<i>Rider Haggard.</i> —La Aurora (Dawn), 2 tomos rústica.....	" 4 --
<i>Sácher Masoch.</i> —Novelas rusas.....	" 1 --
<i>Sansón Andrés.</i> —Tratado de Zootecnia, 4 tomos con muchas láminas á	" 3 --
<i>Smiles, Samuel.</i> —La Ayuda Propia.....	" 2 --
— El Carácter.....	" 2 --
— El Deber.....	" 2 --
— El Ahorro.....	" 2 --
Los mismos tomos encuadernados.....	" 2 10
— El Evangelio Social, 6 sean: EL CARÁCTER, EL DEBER, EL AHO-	
RRRO Y LA AYUDA PROPIA, edición de lujo con encuadernación	
tela dorada.....	" 20 --
Id. á la amateur.....	" 25 --
Id. maroquin.....	" 30 --
Id. pergamino.....	" 40 --
Id. cuero Rusia.....	" 50 --
<i>Sosa, Benito.</i> —Proyecto Nacional de Bellas Artes.....	" 2 --
<i>Storm y Coda.</i> —Plano catastral del Chaco Paraguayo, montado.....	" 14 --
Tabla métrica decimal, novena edición.....	" 0 10
Tablas de oro , tabla comparativa para calcular cualquier cantidad de	
moneda nacional oro á moneda legal, según el cambio del día.	
1 tomo cartonado.....	" 1 50
En tela.....	" 2 --
<i>Vaca Guzmán, Santiago.</i> —Días amargos.....	" 1 50
— Sin Esperanza!.....	" 1 50
<i>Van Gelderen y Bachmann.</i> —Nuevo Método para aprender el alemán:	
1. ^a parte.....	" 2 --
2. ^a parte.....	" 2 --
Clave para el mismo.....	" 0 80
<i>Van Gelderen y Sioen.</i> —Nuevo Método para aprender el francés.....	" 1 --
— Clave para el mismo.....	" 0 80
Venus retozona , un tomo.....	" 0 40
<i>Viigliani, Antonio.</i> —Flores á Italla.—Colección de autógrafos:	
Edición popular, encuadernado papel.....	" 5 --
Edición especial, encuadernado tela.....	" 10 --
Edición especial, encuadernado Amateur.....	" 18 --
Edición especial, encuadernado Maroquin.....	" 28 --
<i>Wetala.</i> —Los Caballeros de la Noche.....	" 0 60
<i>Zeballos, Dr. Estanislao S.</i> —Descripción amena de la República Argen-	
tina:	
Tomos I, <i>Viaje a'l país de los Aracanos</i>	" 6 --
" II, <i>La Región del Trigo</i>	" 4 --
" III, <i>A través de las Cabañas</i>	" 5 --
" IV, <i>A través de los Rodeos</i> (en prensa).	
" V, <i>A través de los Circos</i> " ".....	
— Calluencurá y La Dinastía de los Piedra. 2. ^a edición 1 tomo....	" 1 50
— Reimú ó la reina de los Pinares.....	" 1 50
— Palmé ó la Dinastía de los Zorros, 2. ^a edición.....	" 1 50
<i>Zaviria, Dr. José María.</i> —Obras poéticas completas.....	" 5 --
— Sarmiento. 1 tomo rústica.....	" 6 --